

11-6 9. Enero 1935

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



Este número  
contiene

UN ARTICULO DE  
Los HERMANOS QUINTERO

COMENTARIOS POR EL  
ALCALDE DE MADRID

UN CUENTO DE  
BENJAMIN JARNES

UN POEMA DE  
JOSE MARIA ALFARO

Dibujos de ARTECHE, M. ROSA  
BENDALA, HORTELANO,  
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS

O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid



# MÁS LUZ MENOS CONSUMO



*Los Tirolese*

AL COMPRAR  
IDENTIFIQUELA  
POR SU  
EMBALAJE-PRECINTO  
AMARILLO

## PHILIPS SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL





El Sr. Alcalde de Madrid inicia con esta "Tarea" del presente número su asidua colaboración en CIUDAD. Es una página de inflamado patriotismo, en la que llama al corazón de los españoles con voces de paz y de concordia.

Benjamín Jarnés, uno de los más pulcros y firmes valores de la nueva España, busca la inspiración del cuento que hoy publicamos en el Oriente lejano, fecundo en leyendas. Prosa de gran estilo y relato de exquisita finura argumental, que Arteché decora con dos ilustraciones magistrales.



"Barcelona" es el título genérico con que Eduardo Blanco-Amor, fervoroso amigo de Cataluña, rotula una serie de crónicas sobre la gran ciudad levantina, cuya publicación inicia con la presente. Se trata de uno de sus trabajos "de andar y ver", que han hecho de la firma de nuestro compañero una de las más cotizadas de la gran prensa argentina.

El Dr. Fernández Cuesta, nuestro colaborador médico, encara en su colaboración presente el tema de los niños en los espectáculos. De su excelente preparación para esta clase de trabajos habla bien claro el hecho de que, en estos días, le haya sido otorgado el Premio Nacional de la Asociación de Escritores Médicos al mejor artículo de divulgación médicosocial.

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

9 de enero de 1935

Núm. 3



Joaquín y Serafín Álvarez Quintero honran las presentes páginas con un delicioso propósito, que titulan "Ambiente de caricatura". La gracia natural de los célebres dramaturgos y su sano humorismo, sin rencores, están presentes en esta deliciosa página, de la más oportuna actualidad. Miguel Gómez, nuestro dibujante, glosa con su maestría habitual, este trabajo.

Angel Aracil contribuye a este número con su notable colaboración gráfica, ya presente en los anteriores. A través de CIUDAD, nuestro compañero está demostrando ser—y ésta es la opinión de nuestros lectores—el mejor periodista-fotógrafo de España. ¡Enhorabuena, Aracil!



## LA SEMANA



CUANDO un castellano rompe a adjetivar ternuras transforma la aspereza de las consonantes y endulza la acritud de la romanía de Castilla. Así cuando se refiere a niños y al paisaje nativo. No hay teoría de matices más sutiles que la que se encuentra en los villancicos populares. Para decir ternuras al Niño Dios, el poeta popular deshoja golosamente adjetivos que son una delicia del oído, un regalo oral para dioses.

El tosco romance naciente, resonante de fierros, rebotante de golpes, batallón y rudo, tiene de pronto senos cálidos de ternura. De pronto, el juglar que acaba de describirnos una algarra por tierra de infieles rompe la onomatopeya del combate con este modo:

*Ides vos Minaya a Castilla la gentil?*

Y la voz épica del que "en buen hora nació" se quiebra en el piropo a la gentil patria perdida. El vozarrón se hace balido, casi gemido enamorado sobre la pompa vegetal de las barbas jamás mesadas del caudillo. ¡Castilla la gentil!

Hace unas horas he oído un adjetivo de éstos. Se lo he oído a un hombre extrañamente original, conjunto de rarezas españolas, de contrastes casi brutales entre el frío y el fuego, la aspereza rupestre y la ternura inefable. Veinte quilates de español alojados en la breve y campesina arquitectura de César Jalón, cazador de perdiz, caminante empedernido, catador de sutilezas, polemista temible, excelente escritor y bastante ministro de Comunicaciones de la española República.

Era la mañana del jueves, una de esas mañanas que Lope llamó, con exactitud poética, aunque con evidente inexactitud científica:

*las mañanas floridas del invierno.*

Estaba Madrid bajo el fanal nítido de su luz. La geometría carolingia del Paseo del Prado, aun con la huella del cartabón de Ventura Rodríguez y de Villanueva. La pequeña selva colonial del Botánico. La fuente de Apolo. Faroles fernandinos. Veinte grados al sol a las once de la mañana. Y a César Jalón no se le ocurre decir más que esto:

—¡Qué mañanita más cariñosa!

Así no adjetiva a una mañana más que un español.

SI yo tuviera un bosque no lo talaría jamás, aunque se desmigaran de viejos los árboles y aunque cada tronco fuera una pura yesca. Ahora bien: si yo fuera alcalde de una ciudad cortaría sin piedad por el pie todos los árboles que amenazarán ruina o estuvieran enfermos. La diferencia de conducta nace del hecho de que mi vida es limitada, y la vida de una ciudad no. Yo no podría gozar de mi bosque si empezara a talarlo. Porque un bosque tarda cien años en hacerse. Pero la ciudad puede tener siempre el parque lozano y maduro, en toda la pomposa belleza de sus músculos vegetales.

Existen en Madrid paseos de árboles de madera vil, como tuberculosa, que se descascara, que no resiste, con su entraña quebradiza y caduca, el viento duro de la altiplanicie. Pero cada vez que el Municipio intenta una renovación, se desborda por la fácil grieta del lugar común un río de lágrimas.

Se trata de un Guadiana sentimental de ciertos madrileños llorones de por sí. Este Guadiana se oculta por temporadas, y de pronto aparece gesticulante porque derriban aquella birria de teatro Apolo o los caserones de Caballerizas: al fin y al cabo una cuadra.

Claro está que tampoco propugno un *tempo* epiléptico en el hacha municipal, ni me parecería bien que de la noche a la mañana los árboles tuberculosos fueran sustituidos por las tiernas varas de unos plantones. Pero un temperamento discreto se podía tomar. Lo primero que hay que hacer es estudiar de una manera científica y estética el problema de la flora urbana madrileña. Para esto se requiere algo más que un horticultor y algo menos que un poeta. Parece que este sujeto se llama un arquitecto de parques y jardines. Podría ensayarse la creación de este oficio municipal. Hay una pollada de arquitectos españoles maravillosamente preparada, capaz de devolver a Madrid su señorial fisonomía de una manera permanente.

Podría ocurrir que de la noche a la mañana ese deplorable jardinillo del Salón del Prado, que ha devorado fuentes bellísimas y bancos de piedra de finísimo dibujo, cobrara su naturaleza de jardín superurbano, mediante una tala inteligente e implacable de unas palmeras ridículas, escobillones sucios, limpiachimeneas, al lado de las hojas charoladas de los magnolios y los alamares de los mirtos. O frente a la severa y clásica solemnidad de los olmos castellanos.

Repito. Si yo tuviera un bosque para mí, aunque fuera de palmeras como escobillones, haría cualquier cosa menos talarlo: soltaría leones, por ejemplo. Pero ¡si yo fuera alcalde de Madrid...!







Es el que respiramos todos.

A no dudar, en los tiempos que corren, o vuelan, hay entre nosotros más y mejores caricaturistas que nunca. Circunscribiéndonos a España, ¿no es de admirar el plantel de ellos que alegran y amenizan con sus lápices las páginas de diarios y revistas, mostrándonos continuamente los vicios, deformidades y corruptelas de usos, costumbres y personas? ¡Benditos sean ellos, que así nos divierten con sus donaires y agudezas en medio de las preocupaciones y amarguras sociales, que a todos nos tienen en un ¡ay!, con el alma en la boca!

Y ¿a qué se debe el curioso y bienhechor fenómeno? ¿Por qué el caricaturista florece hoy en tan espléndida primavera, y surge en todas partes como duendecillo burlón y risueño? La respuesta salta en los puntos de la pluma antes de escribirla: porque el medio lo favorece; porque el medio lo da. Hoy, copiando o comentando la vida—y a pesar de las tragedias diarias y de los dramas desarrollados o latentes, que a nadie se ocultan y que ponen miedo en el corazón—con la pluma, con el lápiz o con el pincel, se da por fuerza en caricaturista.

Los dos aspectos más considerables de la *pandereta nacional* de siempre en España son la política y los toros. La política suele ofrecer trágicos perfiles, que los caricaturistas subrayan con gracia, con ironía o con sarcasmo. ¿Y el lenguaje, tan absurdo como desconocido, en que se escriben algunas revistas taurinas, no ha puesto un límite a lo cómico? ¿Qué héroe de la Humanidad, sabio, aventurero o artista, mereció nunca tan desaforados ditirambos, tan místicos arrobos, tal pedrea de neologismos inverosímiles como los que se le dedican un día y otro al lidiador H o al matador B? Pues ¿y las recompensas que la multitud enajenada le ofrece al héroe, con inaudito frenesí, en premio a su destreza, temeridad o arrojo? Bastaba antaño, para significar a un torero la admiración del público por una faena sobresaliente, llenarle el ruedo, en honor suyo, y durante el estruendo de las palmas y de la música, de cigarros y de sombreros. Y si la faena era por extremo excepcional, los blancos pañuelos de los espectadores, como que nevaban, agitándose gradas y tendidos para pedirle así al presidente de la corrida, como supremo galardón debido al héroe de la tarde, el precioso regalo de una de las orejas del cornúpeto. Hoy esto es poco menos



que una grito. Hoy se le da, primero, una oreja; y luego, la otra; y después, el rabo, y enseguida, una pata, y a continuación, otra pata... ¡Todo parece poco! ¿Qué va a pasar mañana si no se refrena o modifica esta costumbre? ¿Qué otra cosa se le va a cortar ya al pobre bicho para regalársela al matador? ¡Mucho más sencillo y bastante menos cruel sería que las mulillas lo arrastraran entero hasta la fonda y se lo dejaran en su cuarto!

¿No es esto, lector, imperio inconcebible de la caricatura?

Y como da la pícara casualidad de que en esta querida España la llamada fiesta nacional hace ley, y todo se juzga aquí a lo taurino, el teatro se ha contaminado ya de semejantes exaltaciones y exorbitancias, y es de ver cómo se pregonan algunos éxitos y en qué jerga brutal suele hablarse entre la gente del oficio.

Es frecuente oír en el ensayo general de una obra dramática, haciendo notar una bella frase:  
—Aquí van a rugir.

A rugir! ¡Nada menos! Y claro es que no se ha entendido ni saboreado la sublime frase si no se ruge. Pues cuando lo que se celebra es cosa de gracia, cuenten ustedes con oír:  
—¡En esto, se mondan!

NADA de reírse a mandíbula batiente ni de desternillarse de risa siquiera. ¡Es menester *mondarse*! Y si uno no *se monda*, es un envidioso. ¡Dios mío!, ¿qué género de carcajada hay que lanzar para perder hasta el pellejo?



## AMBIENTE DE CARICATURA POR

# SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO



Los éxitos ya no basta que sean extraordinarios o excepcionales. Hoy el éxito ha de ser *cumbre, bomba, apoteósico, de clamor, de escándalo*. ¿Qué menos?

El autor triunfante, o los autores, no han de salir a escena al final de los actos sino tres o cuatro veces en medio de la representación, como inesperados personajes de la obra. De no hacerlo así, aquello es un fracaso. Y si el hombre, o los hombres, se resisten a dar el espectáculo, porque les repugne la costumbre o por modestia, el cuadro que se ofrece a sus ojos es desolador: los intérpretes han abandonado la situación respectiva en que se hallan y corren en su busca afanosos, como en cumplimiento de un deber sagrado; el empresario llega sudoroso de la sala, poseído de extraña exaltación, a pedir angustiado que se comparezca en escena, con palabras por este orden:

—¡Salgan ustedes, por Dios, que si no, esto se enfía!

¡Así! ¡Se enfía! ¡Cualquiera enfía a la sala, según está!

Si lo que se estrena es una revista o una zarzuela, no es posible que las típles sean simplemente guapas, atractivas, elegantes; no, señor: han de ser *despiportantes, descacharrantes, desolipantes*; de las que *electrocutan*.

En cuanto a los números de música, como no se repitan todos, y varios se *tripitan*—que dicen algunos—, se compadece al compositor. ¡No ha estado feliz esta vez!

Y al final de la representación, encadenados de la mano, en guirnalda humana, que abarca de topes a arroyos, salen a saludar al respetable público los tres o cuatro ingenios, el pintor, el sastre, el director de escena, los apuntadores, el empresario, el electricista, el guardarropa y los bomberos.

¡O aquello no ha gustado!

Y como la locura es contagiosa, y las críticas se escriben todavía bajo los efectos de esa calentura, a lo mejor lee usted en un periódico:

“El primer acto es *definitivo*.”

## Ayuntamiento de Madrid



Así. ¿Para qué andarse por las ramas? Aquello es perfecto, incommovible. No hay que quitar ni poner una coma. ¡Señor, *definitivo*!

Y va usted a verlo ingenuamente..., ¡y lo definitivo es otra cosa!

A DÓNDE vamos a parar por este camino? Volvamos en sí, como dijo el otro, y restituyamos a los hechos y a las palabras que los definen su justo y exacto valor.

Y así, Dios nos dé en la actual temporada dramas y comedias que cautiven, emocionen y deleiten al público noblemente, sin que nadie ruja ni dé alaridos; obras cómicas que recocijen y diviertan, sin que ningún espectador *se tronche, se monde ni se descarrille*, ni menos necesite serrín en el piso; zarzuelas entretenidas e interesantes, de música inspirada y feliz, sea de elevados tonos, sea de aire garboso y popular. ¡Y no se tome la repetición de los números como única medida de sus quilates artísticos!

Y esos dramas, comedias y zarzuelas, que cobren vida sobre la escena merced al arte y al estudio de actrices bellas, inteligentes, expresivas, admirables por su palmito y su talento; y de actores finos, aplicados, amantes de su profesión, ingeniosos, de conciencia artística...

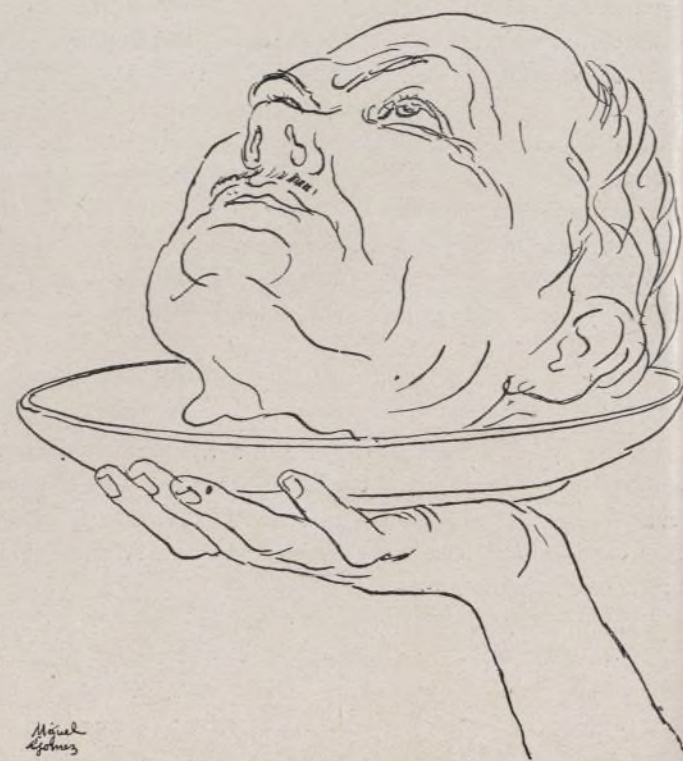
Y que el público que nos juzgue a todos sea culto, atento y bien intencionado, y no pida nunca, por contagio del circo taurino, la cabeza de ningún autor.

Ni la oreja siquiera.

HUYAMOS de la caricatura, y serán más y más positivos los triunfos de todos.

Y el mismo público no se llamará a engaño cuando la obra que se le ofrezca no responda al desmesurado y caricaturesco anuncio de ella, y se contentarán mil veces, sin necesidad de platos fuertes, terriblemente fuertes, con platos gustosos y suaves, de los que ahora parece como alejado o insatisfecho.

AUNQUE no vea nunca ninguna escena en que los espectadores *se pongan de pie*, ni oiga ningún número de música que quite la cabeza!







Final del Paseo de Gracia.



Panorama desde los jardines del Montjuich.

Barcelona se tendió desnuda y blanca de mármoles una mañana del tiempo, en la llanura caliza, frente a un mar de esmaltes y músicas, que tenía en la otra ribera el primor sereno del dorio y la solemnidad acompasada del latino. Frente a su reposo pentélico, el Oriente trenzó sus danzas y quemó páginas de epopeyas sin nombres, donde los periplos de velas rojas, al consumirse en llamas de leyenda, dejaban el aire para siempre pintado de púrpuras mesopotámicas y los penachos de las olas ilustres, aromados de ámbar y azahar. Las birremes de la noble especiería le trajeron sedas, cerámicas y menciones de mundos lejanos, bajo el vuelo de la canción hirsuta del navegante fenicio, coronado de pedrería, como un dios. Las quillas abrían el surco, rompiendo cristales verdes, bajo el aleteo de las velas rojas, como amapolas asustadas. Y por las estradas de espuma vino después una Roma de bronce a traerle la armadura de bronce de la ley. Y así fué desperezando anchuras lentas en magníficas calmas creadoras, hasta llenar con su cuerpo todo el lecho del valle. Luego vistió brinquillos de azulejos mudéjares. El tiempo románico la cubrió, con su coyunda bella y fuerte, de arcos de medio punto, y el ojival la rizó con morosas y finas orfebrerías de piedra. Y aun hoy conserva, centrada en su corazón, esa acrópolis cristiana, maravilla de suntuosidad y de primor, que no desequilibra ningún exceso ni envilece ningún remiendo. Los pomposos tiempos de la borbonería ciñeron a Barcelona con los graves corsés de aquella arquitectura neoclásicoadministrativa, tan cara a los encasacados alarifes que trajera el francés para que aplicasen a la arbitraria pelambrera ibérica los buenos modos cosméticos de los Trianonos gabachos. Mas después, la centuria décimonona—que se inauguró apilando muertos al pie de las murallas, donde vírgenes que “no querían ser francesas” electrizaron a los guerrilleros con el vino caliente de las jotas, y que acabó bailando cancanes y vales de las olas y organizando exposiciones universales donde se exhibían el “coche de fuego” y la máquina parlante—dió a esta ciudad sus traficantes, sus anarquistas, sus líricos, sus orfeones y su simpatía irresistible hacia las atracciones mecánicas, símbolo ocioso de su futuro maquinismo, su dialéctica federalista y su arquitectura caprichosa y literaria, acabando con ello de dibujarle su actual fisonomía en lo físico y en lo espiritual. Barcelona todavía es hoy un poco así muy siglo XIX: bonachona e iracunda; metódica y arbitraria; gran dama y zaparrastrosa. Pero todo le queda bien y todo es ella: la pringue del andrajo y el crujido del gros; la ambiciosa urbanización del ensanche, trozo de la mejor Europa posible y el rubor pintoresco del barrio chino, cochambre del oriente más imposible.



Entrada a las Ramblas.



# Barcelona

P O R

EDUARDO BLANCO AMOR

*Al náxer amazona, de mur te coronares,  
mes prone ta crexensa rompé l'estret cordó;  
tres voltes te'l cenyires, tres voltes lo trencares,  
per sobre el clos de pedra saltant com un leó...*

VERDAGUER.—“Oda a Barcelona”.



Paseo de Colón y Aduana.

Ayuntamiento de Madrid

Al finalizar el siglo se produjo en Barcelona un cataclismo estético, que a poco la sepulta: la arquitectura de Gaudí. Gaudí fué un magnífico alucinado, que se empeñó en poner todas las energías posibilidades del hierro y del cemento al servicio de un estética vernaria. Casas como montañas, llenas de cuevas; moles palaciegas con un odio personal y sostenido a la línea esencialmente arquitectónica, que es la recta; torres como volcanes en erupción; balcones de algas con balastradas de moluscos sobre paredes que semejan cascadas de barro y monumentos con figuras próceres, sentadas irremediablemente sobre coliflores de tres metros de diámetro. Estética comestible y bebestible. El rastro de Gaudí y sus imitadores resume una presencia de Barcelona, que nos habla de industriales fachendosos, más rápidamente enriquecidos de dinero que de buen gusto; de unos municipios vagamente ruskinianos; de un esteticismo de orfeones que cantan escenas de caza con trompas y ladridos. Lo pintoresco, elevado a dogma. Transición hacia ambiciones más estéticas, mediante universales a través de la lente francesa, desde luego, y patriótica terquedad nacionalista que aspira a imponer valores ajenos a la política, creados políticamente. Y sin embargo, con todo lo apriorístico y teorizante del arte de Gaudí—su gran ciencia no se discute—, hay que reconocerle un intento de asimilismo de aquellos modelos más racialmente clásicos y sentidos por el alma popular: el gótico mediterráneo, por ejemplo. Pero, sobre todo, de asimilismo del paisaje catalán; más exactamente, de la orografía catalana, a la que quiso dar representación y método en la arquitectura de las ciudades. Esto se comprende cuando se visitan las montañas señeras de aquel país, la de Monserrat, pongo por caso, que parece proyectada por el propio Gaudí, con las formas redondeadas y rítmicas de sus roquedos, cuya entraña está toda matizada de las consabidas conchas y caparazones. Pero si bien Gaudí, desde la perspectiva de nuestro tiempo, puede parecer estéticamente un equivocado, de lo que no hay duda es de que fué líricamente un gran catalán que puso todos los secretos de su saber al servicio de una idea tan generosamente peligrosa como es la de intentar traer las sierras a las calles. Y el hecho de que encontrase ayuda financiera para sus costosas fantasías nos sirve de clave para explicarnos una época bien interesante, por cierto, en la evolución del espíritu barcelonés.

Todo esto se suma en la unidad totalitaria de Barcelona. Dios puso a esta ciudad frente a dos coqueterías, como los pintores renacentistas ponían espejos en las manos de sus Venus. Que dos espejos son las colinas del Tibidabo y del Montjuich. Desde cualquiera de ellas, Barcelona se ve, limpia de anécdotas arquitectónicas, en los claros azogues elevados, en toda su fuerte y amplia presencia de gran ciudad del mundo.

## LAS RAMBLAS

Al intentar una parcelación más descriptiva que interpretativa de esta animosa Barcelona, es de justicia que pongamos a su frente, como un cartel, las Ramblas. O la Rambla, como se dice allí, con entrañable antonomasia. Porque la Rambla es la columna vertebral de Barcelona. Y rozamos este tópico para añadirle que es columna vertebral, pero con medula y todo, porque es osamenta y nervio, materia y vibración. Lo es en la topografía orgánica de la ciudad tanto como en su cometido funcional. La Rambla es el índice de toda la vida de Barcelona y el centro de reacción de todo cuanto desde el mundo acciona sobre Barcelona. Es su ágora política, su jardín galante, su mentidero deportivo. Cualquier acontecer ciudadano, regional, nacional o universal se refleja de inmediato en la Rambla, como las sensaciones periféricas en el sistema nervioso central. Lo que no pasa por la Rambla, es como si no sucediese. Y para que nada le falte, Europa y el mundo asoman allí sus cabezas de bocas abiertas en las titulares políglotas de los diarios que gritan en una garrulería de varios idiomas por medio de esos altavoces publicitarios de Europa y América, que son los quioscos de la Rambla.

La disposición de esta calle, práctica y original, realiza un ideal de urbanismo práctico. El centro lo ocupa una estrada de unos 15 metros, lisa y pulida como un salón, bordeada de grandes árboles y destinada exclusivamente a los peatones. El tráfico rueda a ambos lados por dos calzadas destinadas a este fin; luego, siguiendo la línea de la edificación, dos aceras para transeúntes. Como la gran vía central está aislada de las tiendas y enmarcada por los árboles, que en verano llegan a cerrar sus copas en forma de túnel, el público no va allí a otra cosa que a pasear. En el tramo principal de la Rambla, desde el mar hasta la plaza de Cataluña, hay gentes paseando a todas las horas del día, es decir, a las veinticuatro horas del día astronómico. A las cinco de la tarde, una muchedumbre; a las cinco de la mañana, unos cuantos vagos, cómicos y “bailones”. Pero a todas las horas del día y de la noche hay gente paseando por la Rambla. En verano, para tomar el fresco; en invierno, para entrar en calor; de noche, comentando lo que ocurrió en el día, y de día, pronosticando lo que sucederá en la noche. Si llueve un poco, no se hace caso y se sigue paseando, y si llueve mucho, se va a casa en busca de un impermeable... y ¡a pasear! Estos paseantes de la Rambla parecen los penados a unos trabajos forzados, sonrientes y divertidos; paseantes a destajo; concursantes de un insólito campeonato de postas paseantes, que durará cien generaciones; sacerdotes fanatizados de un culto giróvago y peripatético... ¡Vaya uno a saber!

Con el crepúsculo llegan, desde unos dónde totalmente misteriosos, nubes espesísimas de gorrones, que vienen a columpiar su descaro burlón en las ramas de los grandes plátanos. Son tantos, que los árboles, todavía desnudos por el expolio de la invernía, se encuentran de pronto cubiertos con una primavera nocturna de plumas inquietas. Los barceloneses aman a estos agradables golfllos de la pajarraquería y suelen referir, con pena, cómo algunas veces una granizada o un fuerte temporal deja la Rambla alfombrada de cuerpillos agonizantes. A veces cometen algunos irrespetuosos desahuisados, que suelen caer sobre las solapas y los sombreros de los paseantes. Entonces, el barcelonés “elegido” protesta y dice ferocidades acerca de los concejales, pero sigue amando a sus pequeños amigos vespertinos. Y total, ¿qué? Una descortesía que puede sacarse con un cepillo al llegar a casa no es motivo para desear que granele cada día.

Y la Rambla tiene también su momento mágico, exaltado, irreal: al mediodía, cuando los bordes de su calzada central desaparecen bajo los incendios versícromos de los puestos de flores—millones de flores—y de los tendales de vendedores de canarios. Entre el doble escándalo del trino y del pétalo—fiesta para los ojos y el oído—, las tiendas, las oficinas, los talleres y las fábricas vuelcan sobre las calles, en cuyos medios un sol con traje de luces hace su más dorada faena, una juventud animosa, optimista, clara, en cuyos labios se abre la risa con un rumor y un color también de trino y pétalo.

Y queden para otra ocasión los otros arpegios de esta alegría barcelonesa.



Litografía de

la colección



de Don Julio B. Me-

léndez, Madrid

Cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esta palabra suscita en la imaginación son el Prado y la Puerta del Sol. El Prado se compone de varias avenidas con una calzada en medio para los carruajes. Comienza en el convento de Atocha; pasa por delante de la Puerta de este nombre, y termina en la Puerta de Recoletos. Allí se encuentra un gran espacio, que se llama el Salón, rodeado de sillas, como la gran avenida de las Tullerías; al lado del Salón hay otra avenida, que se llama de París, y como la imaginación de los elegantes no brilla por su afición a lo pintoresco, han elegido el sitio más polvoriento, el menos sombreado, el menos cómodo de todo el paseo. La aglomeración es tan grande en este espacio estrecho, que a veces cuesta trabajo llevarse la mano al bolsillo para sacar el pañuelo; hay que acelerar el paso y seguir la fila, como en la cola de un teatro, cuando en los teatros se hacía cola. La única razón para que hayan elegido tal sitio es que se pueda ver y saludar a todos los que transitan en coche por el paseo. Los "trenes" no son muy lucidos: la mayoría van tirados por mulas, cuyo pelo negruzco, gran barriga y orejas puntiagudas son de un efecto poco gracioso; parecen los coches de duelo que siguen a los carros mortuorios. La misma carroza de la reina es de lo más sencillo y burgués. Lo encantador son los caballos de silla andaluces, en los que se pavonean los petimetres de Madrid. Es imposible ver nada más elegante, más noble y más gracioso que un caballo andaluz con su crin trenzada, su larga y espesa cola, que le llega hasta el suelo, sus arreos adornados de madroños rojos, su cabeza erguida, sus ojos brillantes y su cuello redondeado en forma de cuello de pichón. Recuerdo uno, montado por una mujer, que era rosa—el caballo, no la mujer—, como una rosa de Bengala salpicada de plata, de una belleza maravillosa. El golpe de vista del Prado es uno de los más animados que puede verse, y como paseo, de los más bonitos del mundo.

En el Prado se ven muy pocas mujeres con sombrero, a excepción de alguna que otra papalina amarillo-azufre, que en algún tiempo debió de adornar a borricos amaestrados; sólo se ven mantillas. La mantilla española es, pues, una verdad. Es de encaje negro o blanco, por lo general negro, y se coloca en la parte de atrás de la cabeza, sobre la peineta; algunas flores, colocadas sobre las sienes, y es de lo más encantador que puede imaginarse. Con una mantilla, tiene que ser una mujer más fea que las tres virtudes teológicas para que no resulte bonita. Por desgracia, ésta es la última prenda que se conserva del vestido español. El resto es, por completo, a la "francesa".

Existe en Madrid un comercio, del que no hay idea en París: los vendedores de agua al por menor. Su tienda consiste en

## MADRID HACE CIEN AÑOS POR Teófilo Gaudier

un cántaro de tierra blanca, un cesto de mimbre o una hoja de lata que contiene dos o tres vasos, algunos azucarillos y a veces un par de naranjas o limones; otros llevan a la espalda pequeños toneles rodeados de follaje, y algunos, a lo largo del Prado, tienen puestos iluminados y coronados de Famas de cobre con banderas. Estos vendedores de agua son generalmente gallegos jóvenes, con chaquetas color tabaco, calzón corto, polainas negras y monteras puntiagudas. También hay algunos valencianos con sus zaragüelles blancos, la manta al hombro, las piernas bronceadas y las alpargatas bordadas de azul. Por todos los rincones de la ciudad se oyen sus gritos agudos, modulados en todos los tonos: "¡Agua, agua! ¿Quién quiere agua helada?" Esto dura desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, y tales gritos han inspirado a Bretón de los Herreros, poeta muy estimado en Madrid, una canción titulada "La aguadora", que tiene gran éxito en toda España. Esta sed de Madrid es verdaderamente una cosa extraordinaria; toda el agua de las fuentes, toda la nieve de las montañas del Guadarrama no bastan a apagarla. Lo que Madrid necesita más, después del agua, es fuego para encender los cigarros. Así es que se oye el grito de "¡fuego, fuego!", mezclado incesantemente con el de "¡agua, agua!". Es una lucha encarnizada entre los dos elementos, a ver cuál mete más bulla. Vesta, la llevan unos pilluelos en copas llenas de carbón y de ceniza, con un mango para no quemarse los dedos. Pero ya son las nueve y media. El Prado comienza a despoblarse, y la multitud se dirige hacia los cafés y botillerías de la calle de Alcalá y otras vecinas.

Los cafés de Madrid nos parecen verdaderas tabernas de último orden, acostumbrados al lujo deslumbrador y mágico de los cafés de París; la manera como están decorados recuerda mucho a las barracas en que se exhiben las mujeres barbudas y las sirenas vivas; pero la falta de lujo está compensada crecidamente con la excelencia y la variedad de los refrescos que en ellos se sirven. Hay que confesarlo: París, tan superior en todo, va a la zaga en una cosa: el arte del horchatero está allí en la infancia. Los cafés más célebres son los de la Bolsa, en la esquina de la calle de Carretas; el café Nuevo, donde se reúnen los exaltados; el café de...—me he olvidado el nombre—, donde se reúnen los moderados, a quienes se llama canchales; el de Levante, muy cerca de la Puerta del Sol, y el café del Príncipe, junto al teatro de este nombre, que es punto de cita de los artistas y literatos.

La Puerta del Sol no es una puerta, como podría suponerse, sino más bien una fachada de iglesia, pintada de color de rosa y adornada con un cuadrante, que se ilumina de noche, y con un gran sol de rayos de oro, de donde le viene el nombre de la Puerta del Sol. La Puerta del Sol es el punto de cita de todos los desocupados de la población, y, al parecer, hay bastantes, pues desde las ocho de la mañana la llena una multitud compacta. Todos estos graves personajes están de pie, envueltos en sus capas, aunque haga un calor atroz, con el frívolo pretexto de que lo que defienden del frío lo defienden también del calor. De tiempo en tiempo se ven salir de entre los pliegues rectos de la capa un pulgar y un índice amarillos como el oro, que aprisionan un papelito y alguna pulgarada de tabaco picado, y a poco, de la boca del gran personaje se eleva una nube de humo, lo que denota que está dotado de respiración, cosa que podría dudarse a causa de su inmovilidad. A propósito del

"papel español para cigarrillos", notaremos de paso que no he visto ni un solo cuaderno. Los naturales del país utilizan papel corriente de cartas, cortado en pequeños trozos.

Las casas de Madrid están edificadas con maderas y ladrillos o mampostería, salvo las jambas, que son algunas veces de granito gris o azulino; todo ello, por supuesto, cuidadosamente revocado y pintado de colores por demás fantásticos: verde claro, azul ceniza, vientre de bicha, cola de canario, rosa pompadour y otros tintes más o menos anacreónticos. Las casas modernas se limitan a estar revocadas con cal o pintarrajeadas como las de París.

El Museo de Madrid merecería un volumen entero para describir su extrema riqueza. Los cuadros tienen muy buena luz, y la arquitectura del edificio no carece de estilo, sobre todo en el interior. La fachada que da al Prado es de bastante mal gusto; pero, en conjunto, la construcción honra al arquitecto Villanueva, de quien es la traza.

En cuanto a las costumbres de Madrid, no es fácil en unas pocas semanas penetrar el carácter de un pueblo. Sin embargo, me ha parecido que en España las mujeres tenían la manga más ancha y gozaban de más libertad que en Francia. La actitud de los hombres es sumisa y humilde con ellas. Cumplen sus deberes con una exactitud y una puntualidad escrupulosa y expresan sus entusiasmos en versos de todas las medidas, rimados, asonantes, sueltos y demás. En el momento en que ponen su corazón al pie de una beldad, no les está permitido bailar más que con las tatarabuelas. La única conversación que se les consiente es con las mujeres de cincuenta años y de una fealdad unánimemente reconocida. No pueden hacer visitas a las casas donde haya una joven.

Un visitante asiduo desaparece de repente y vuelve al cabo de seis meses o de un año. Su novia le había prohibido que fuese a aquella casa, y se le recibe como si hubiese ido la víspera. Por lo que puede juzgarse a primera vista, las españolas no son caprichosas en amor, y las relaciones que entablan suelen durar veinte años. Al cabo de unas cuantas veladas que se pasen en las tertulias, se ven perfectamente, y a simple vista, las parejas. Si se quiere que asista la señora A., hay que invitar al señor B., y viceversa. Los maridos son muy civilizados, y no tienen nada que envidiar a los maridos más bonachones de París. No se ve ni asomo de aquellos celos españoles, motivo de tantos dramas y melodramas.

(En nuestra próxima edición publicaremos "Madrid visto por un francés de hoy", por Camilo Mauclair.)





# TAREA

## PAGINA DE LA CIUDAD POR EL ALCALDE DE MADRID

Todos a la tarea en estas horas difíciles. Con el corazón en el pasado glorioso de nuestra Patria, con la mirada adelante, hacia un porvenir magnífico. No importen las voces enervadoras. No preocupen las fealdades. No cohiban los obstáculos. ¡Aúpa...! ¡Aúpa por España...!

Madrid saludó con emoción, en el Casal de Catalunya, a la región española de tan próspero abolengo. CIUDAD, revista de Madrid para toda España, renueva el saludo.

La ciudad del Dos de Mayo tenía que saludar a la región de Gerona, de los somatenes del Bonch, a los descendientes de los voluntarios catalanes.

En esa ansia de España que tienen los españoles, oyes el clamor de quienes, bañados por el Mediterráneo, conocen de sus grandezas y no olvidan sus peligros.

Aquí está a nuestro lado, sin fronteras, con ríos que unen, esa gran nación que se llama Portugal. Creció políticamente. Logró, con su idioma, excelentes poemas. Conquistó y descubrió mundos. Fué maestra de colonización. Ensayó hoy un sistema político que no es ni el mussolinismo ni el hitlerismo, sino algo propio (esta sección no es polémica), que hemos de seguir unos con curiosidad, tal vez otros con admiración, todos con respeto.

En medio del mar, nuestras islas Baleares. Cuentan los estadísticos que desfilan por ellas, para contemplar sus bellezas, centenares de millares de turistas. Quedan muchos, atraídos, dicen, por un paisaje maravilloso, por un clima sin igual. Atalaya de nuestro mar, parecen interrogar, inquietas, al genio de Blasco Ibáñez, en la noche sin

fin, en el mar sin costas, por donde navega el autor de *Mare Nostrum*.

En la playa de Alicante hay una fiesta. Nos acompañan marineros de nación amiga y de nuestra Armada. El político, que va dejando de serlo porque siente el deber de ser soldado, desgrana preguntas, muestra infantil curiosidad. Oye respuestas que no entiende y entiende respuestas que no se pronuncian.

Y abajo... Marruecos. Tierra regada con sangre española. Arbolitos de errores plantados, con cuidado, siglo tras siglo. Ansia también de hallar hermanos en este africano rincón de España.

Nos saludan con ceremonia dos naciones latinas: Versalles, maestra en cortesía; Roma, ducha en diplomacia. También nosotros somos cortes. Con rudeza, pero cortes. También sabemos de artes de diplomacia, y aun en otro tiempo las enseñamos.

Ellas, con sus agencias, nos traen el ruido de Europa. ¿Cómo andan por ahí las naciones mal avenidas! ¿Nos lo advierten? ¿Nos muestran con su silencio amor al contemplar nuestro propio estruendo?

Por si acaso, lector, si eres revolucionario, depón tus armas. Si eres político, actúa con ansia de superación y de coincidencia. Cuando vayas a discrepar, cuando en tus labios aparezca una palabra dura, una frase que interrumpa la amistad, sustitúyela por ésta: "¡Viva España!", y déjate perder por ese mar magnífico, incomparable, tranquilo, donde puedes encontrarte más español.

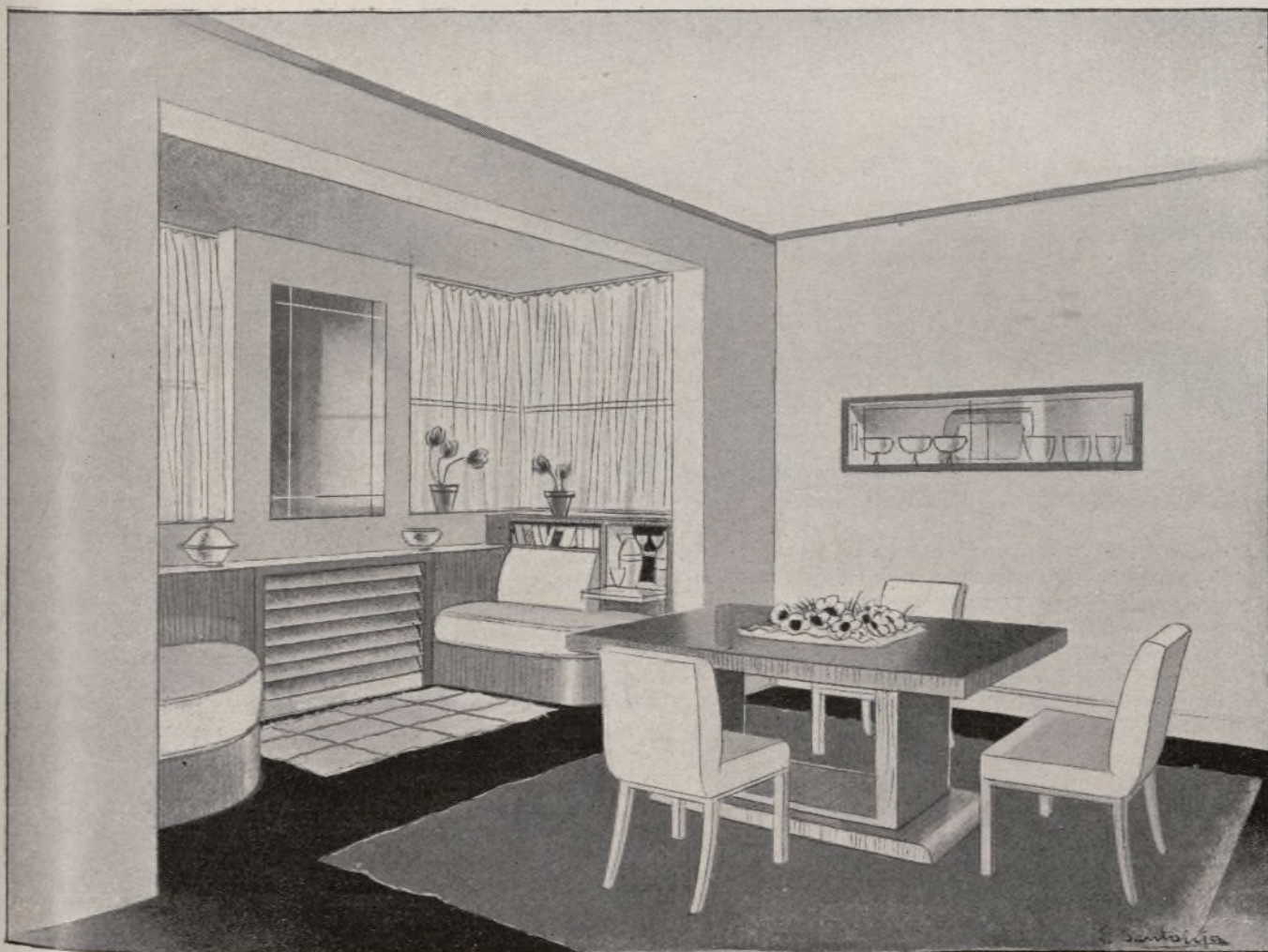
R A F A E L S A L A Z A R A L O N S O

### El Hogar MODERNO

Dibujo de SANTONJA

Texto de JEAN LAROCHE

(Modelo exclusivo para CIUDAD)



### COMEDOR PARA CASA DE SOLTERO

La mesa central, de líneas dinámicas, puede ser construida en una madera sólida, bien estacionada, para enchar en nogal floreado, erable o abedul sueco, en tonos oscuros y muy lustrado todo el mueble. Los cantos serán tratados con chapa decorativa de macassar o nogal del Cáucaso. La armazón de las sillas, en madera clara, marfil viejo, y sus tapizados, en cuero color, de un color liso, que puede ser un *chagrin* verde laurel.

Los muebles que forman el rincón de la galería deben responder a las chapas decorativas usadas en los cantos de la mesa, y el asiento y respaldo de los pequeños sofás—que deben formar un solo cuerpo con las bibliotecas—pueden tapizarse en un cuero similar al de las sillas, pero en tonalidades más vivas. El cubrerradiador es de metal cromado. El piso, encerado oscuro, y el rodapié bajo la mesa, de goma, en tonos brillantes, pero entonados con el ambiente.

La iluminación puede ser difusa, instalada en la cornisa o mediante una araña de luz indirecta, en metal niquelado. Un par de lámparas *mignon*, colocadas de forma invisible en la vitrina, que aparece embutida en el muro, y cuyo fondo y laterales serán de espejos, otorgará una fina nota de color colocando en ella un juego de cristalería para *cock-tail* en tonos alegres y líneas muy modernas.

Ayuntamiento de Madrid



### ELEGIA AL GALLARDETE DE UNA NAVE

La derrota del águila, en tus pliegues  
vivió el rumbo perdido;  
envidia del albatros, tus saludos  
fueron alas del sueño de ti mismo.  
Ancho el mar, ancho el cielo, tu caída  
destrenzó las escalas del abismo.  
Quilla de nube y tamar de aurora,  
para la gloria aliento de suspiro,  
perdiste de tus vuelos armilares  
ademán y alegría hilo a hilo;  
hilo a hilo, picados por los soles;  
hilo a hilo, quemados por los fríos;  
hilo a hilo, fugados con el viento;  
hilo a hilo, enredados en los gritos;  
hilo a hilo te fuiste... Los tambores  
del mar no señalaron tu martirio.  
Dejaste mástil libre, y ni siquiera  
serviste de sudario de marino.  
¡Adiós a las estrellas! Tu agonía  
con voz de trapo una mañana dijo;  
fuiste con el coral y los delfines  
a perderte en infiernos submarinos,  
a adivinar el viento de la ola  
reptando sobre el lomo de su rizo.  
¡Adiós al vendaval!, cuando curvado  
soñabas meridianos y solsticios,  
y te hacía la sed de la galerna  
capitán de la aurora del marino.  
¡Adiós al sol!, cuando la noche era  
un largo sueño de la mar de estío  
y los puertos tragaban a las naves  
como potros domados por su instinto.  
¡Adiós a los saludos de arribada!  
¡Adiós a los flameos del peligro!  
¡Adiós al aprender todas las flores,  
y que el mundo es redondo, y que envío  
azul no tiene dique, y que las olas  
engañan al navío!  
¡Adiós, adiós! Te recogió la nada  
metiéndote en los puertos del olvido.  
Tú, que supiste de la sal del trópico,  
has de llorar sin lágrimas, hundido;  
tú, que cantaste la mañana nueva,  
un estuario de sombras te ha comido;  
tú, que fuiste clarín en el combate,  
pólvora de algas sobre ti ha caído;  
tú, gallardete, tú... Sin ti la nave  
enhebra rumbos sin pilotos vivos,  
y un llanto de sirenas y tritones  
bate una estela de cristal y lirios.

J O S E M A R I A A L F A R O

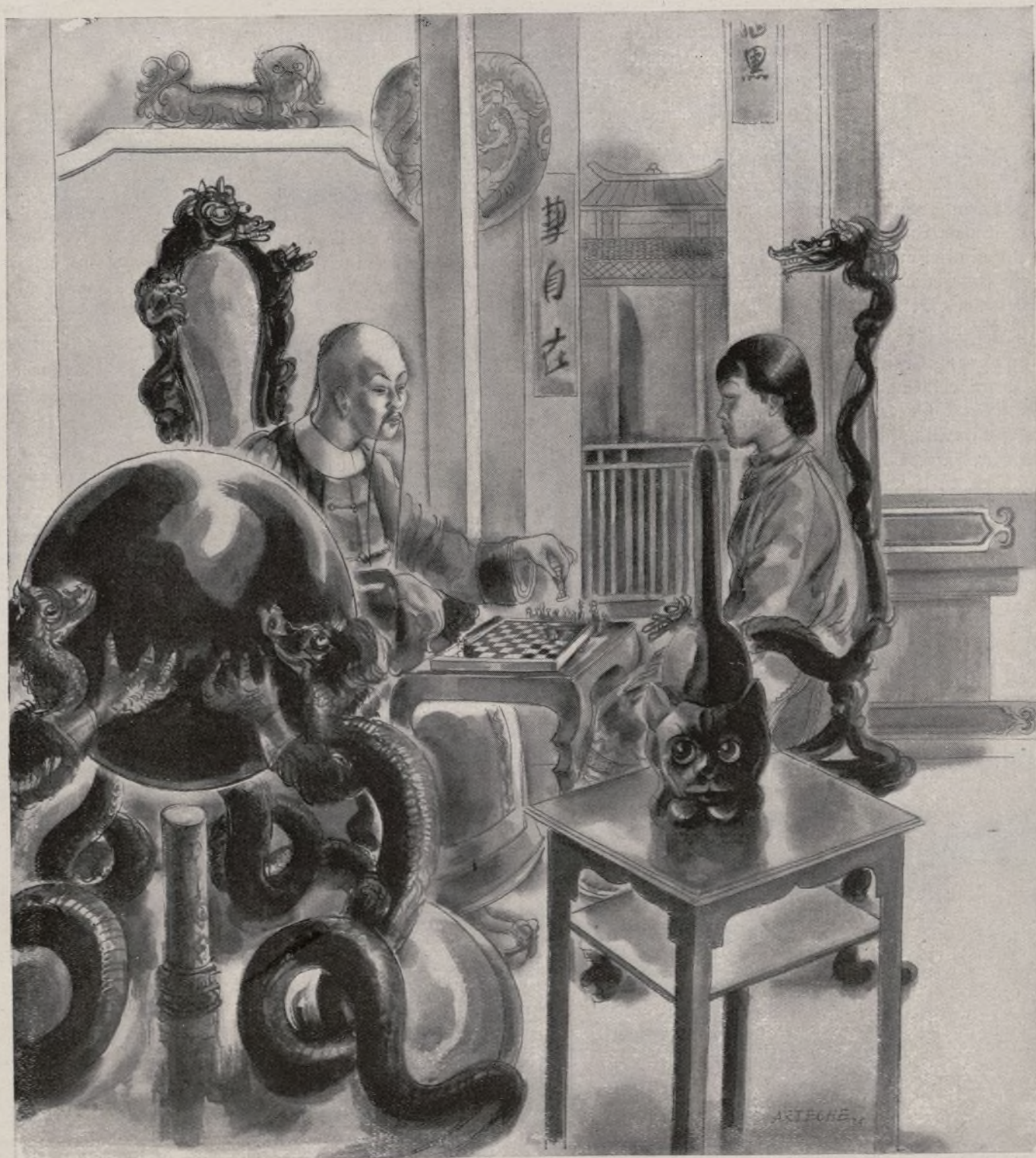




# LA NIÑA EN VENTA

## POR

BENJAMIN JARNES



...Ning jugaba con el donante una

partida de ajedrez y lo conservaba

mucho tiempo a su lado.

ILUSTRACIONES

DE

A R T E C H E

### I

Esto es algo más, mucho más que un cuento. Es un milagro, digno de ser pintado en preciosos biombos, en cartulinas y nácares, para ejemplo de retozonas doncellas. Es edificante, como todos los del viejo poeta Sung-Lin.

He aquí la deliciosa historia de la pequeña Ning, que nació en Hang-Tchen. Adolescente encantadora para quien su madre—envenenada por la codicia—pretendió encontrar el hombre más rico del país. No se encuentra en los anales chinos tal caso de avaricia.

Apenas cumplió Ning catorce años, ya su madre quiso iniciarla en las artes de seducir, para mejor encontrar la mina de oro. Ning comenzó a ser acosada por los donceles más ricos de la ciudad, y aun por los de ciudades circunvecinas. La madre, frecuentemente, organizaba fiestas, invitaba a gentes acaudaladas, a transeúntes de alto renombre; no perdía ocasión de organizar, hipócritamente, lo que pudiéramos llamar *subasta* de Ning.

Y todos, opulentos o humildes, ofrecían regalos a la preciosa adolescente. Si el regalo era muy costoso, Ning jugaba con el donante una partida de ajedrez y lo conservaba mucho tiempo a su lado. O le regalaba un primoroso dibujo.

Si el regalo era sencillo, de poco valor, Ning despedía pronto al joven, no sin ofrecerle, al menos, una taza de té.

### II

Creció mucho la fama de Ning. Diariamente acudían a la casa nuevos opositores a la encantadora muchacha. Con ella jugaron al ajedrez—o bebieron la taza de té—los más codiciables donceles de la ciudad y sus contornos.

También los más inteligentes, entre los cuales llegó Wang, de extraordinaria inteligencia, pero muy pobre. Wang adoraba a Ning; pero no podía soñar con tan venturoso enlace, porque entre los dos se abría la más negra zanja que separa a los hombres. Penosamente, logró reunir algún dinero para ofrecer a Ning un regalo insignificante, que de seguro pasaría inadvertido...

Pero no fué así. Cuando Wang llegó, Ning charló con él largo

rato, lo miró con más dulzura que al resto de los visitantes, le recitó un conmovedor poema de aventuras y de amores triunfantes... Y no hallaba el modo de separarse de él.

Wang creyó enloquecer de júbilo; Ning—estaba bien claro—sentía predilección por él! La más linda muchacha de la ciudad lo contemplaba con ojos encandilados!

Pero anunciaron a un nuevo y opulento doncel; y Wang, muy nervioso, como si a viva fuerza le arrancasen el corazón, tuvo que salir, dejándolo allí, tembloroso juguete, en manos de Ning.

Después, lejos de ella, continuó recitando el poema de aventuras de amor, repitiendo incesantemente el nombre de Ning, embesado y triste. Sin esperanza en volverla a ver.

### III

Un mes después, Wang no pudo resistir el deseo y volvió a casa de la muchacha en venta. Ning lo recibió llena de gozo, y muy bajito, toda encendida en rubor, le preguntó al oído:

—¿Es que no quieres tú llevarme, Wang?

Y el joven contestó:

—Soy muy pobre. En mi locura, sólo pretendí verte y hablarte. Debo contentarme con tu amistad. Ya ves: este pequeño regalo, que tu madre despreciará, sin duda, agotó mis recursos de un mes. Sólo deseo acercarme alguna vez a ti, contemplarte. ¿Cómo iba a pretender el pleno y sumo goce de tu deliciosa intimidad?

Ning quedó muy conturbada, y durante largo rato continuaron juntos, en silencio muy triste. La ancha zanja abierta por la codicia de la madre se abría cada vez más entre los dos.

Por fin, Wang salió frenético, decidido a arrostrarlo todo por lograr un minuto más de alegría junto a Ning, aunque luego tuviera que desaparecer del mundo. Pero, a fuerza de pensar en su mala fortuna, perdió energías, enflaqueció terriblemente, y no volvió a aparecer en casa de Ning.

Entretanto, la muchacha no podía encontrar joven alguno que le gustase. Su madre apenas podía ya contenerse. Tanto le irritaba lo que creía caprichosa tardanza.

### IV

Un día llegó un joven, en apariencia estudiante; dejó su regalo, charló con Ning y, al despedirse, pasó un dedo por la frente de la muchacha, mientras pronunciaba entre dientes una frase.

Salió aquel joven, y Ning se miró la frente, donde había quedado como un rasguño negro, de tinta. Y se lavó cuidadosamente aquella mancha, pero sólo consiguió extenderla más. Siguió lavándose, pero poco a poco la mancha invadió completamente el rostro. Acabó por ennegrecerse toda la piel de la cara, al punto de excitar la burla de cuantos la veían.

La infortunada Ning hubo de recluirse, de dejar de recibir a sus adoradores. El ídolo había perdido su culto. Languidecía, perdió la salud, esperaba la muerte.

Un día Wang la encontró toda desmelenada, pegado el rostro a la pared, sollozando. Y entonces Wang se acercó a la madre y le propuso:

—Quiero casarme con Ning.

La madre, vencida por la suerte, consintió. Wang salió a vender un poco de terreno que le quedaba y vació enseguida su bolsillo en las manos de la madre. Ning marchó con él. Aunque recelaba que el joven buscaría pronto otra mujer, y aun llegaba a desearlo, puesto que ardientemente deseaba verlo feliz. Pero él le dijo:

—Lo más valioso de la vida es el amor. Lo más difícil de encontrar. Tú me has querido en los días de tu gloria. ¿Qué voy a hacer, sino quererte, en los días de tu oscuro infortunio?

Y nunca pensó en otra mujer. Se burlaban de él, pero él era muy firme en sus propósitos.

### V

Pasó un año. Wang era feliz. Ning llenaba el hogar de canciones y de mimos. Su voz era dulce, como su cuerpo era suave y dócil al amor.

Un día Wang se encontró con alguien, al parecer forastero, que le preguntó por la famosa Ning, la más hermosa doncella de Hang-Tchen.

—Se casó—respondió Wang.

Ayuntamiento de Madrid





Un día Wang a encontró toda desmelenada, pegado el rostro a la pared, sollozando. Y entonces Wang se acercó a la madre y le propuso: Quiero casarme con Ning.

—¿Con quién?  
—Con un hombre de mi clase.  
—¿Qué cantidad llegó a exigir la madre?  
—Muy pequeña. Ning había sufrido un accidente, y no podía su madre exigir mucho. De otro modo, ¿cómo hubiera podido llevarse un hombre de mi fortuna?

El forastero se echó a reír. Y añadió:  
—Y ese marido ¿se te parece mucho? Mira, no quiero engañarte. Hace tiempo estuve en casa de Ning y sentí por ella una gran lástima. La vi condenada al tormento de la indecisión. Hostigada por su madre, iría a caer seguramente en brazos de algún viejo adinerado... Fué entonces cuando me propuse destruir su hermosura, y, con ella, toda intención de venta. En adelante cesaría aquella lamentable subasta. Ning amaría a quien su corazón había elegido ya... Ennegrecí su rostro para que su alma no perdiera la blancura. Sólo un gran amor sería en adelante su espejo. Y un gran amor no conoce, no ve, no podría ver huellas de tinta.

Wang replicó vivamente:  
—¿Y tú puedes borrar lo que hiciste?  
—Naturalmente—dijo, sonriendo siempre, el forastero—. Me basta con que ese hombre me lo pida con buena fe.  
Entonces Wang le confesó:

—El marido de Ning soy yo.  
—Ya lo sabía. Aquí en la tierra, sólo los hombres de espíritu son capaces de un gran amor, porque ellos no se rinden ante ningún encanto exterior, no sacrifican ante él su pensamiento... Llévame a tu casa.  
Wang obedeció, lleno de alborozo.

## VI

Ya en casa de Wang, los dos esposos querían obsequiar al forastero con algo de beber; pero el huésped replicó:  
—Quiero, ante todo, cumplir lo que ofrecí. Tráeme, Wang, una fuente con agua. Y déjame solo con Ning.  
Así lo hizo Wang. Cuando quedaron solos, el huésped hizo que Ning se lavase bien la cara, y lentamente fué desapareciendo la tinta. El rostro quedó tan terso y luminoso como antes.  
Llamaron a Wang, que creyó volverse loco de alegría. Abrazó a Ning en medio de los mayores transportes de gozo, hasta el punto de olvidar completamente al huésped.  
Cuando quisieron remediar la falta, cuando iban a caer de rodillas ante el bienhechor, ya el forastero había desaparecido. Nunca pudieron agradecerle tal felicidad. ¿Quién sería? De seguro, un mago. Quizá un ángel.

## Los dos sabios y los niños

Novcientos mil niños jugaban en las calles. Al vecindario de la ciudad venía llamándole la atención ese hecho desde hacía años. ¿Por qué razón habían de jugar los niños en la calle, donde a cada instante corrían peligro de caer bajo las ruedas de los automóviles o de los tranvías? Finalmente, surgió un Hombre Sabio, el cual recorrió la ciudad, comprobando el hecho alarmante.

—Los niños juegan en las calles—concluyó—, porque no tienen otro sitio donde jugar.

Entonces, el Hombre Sabio convocó a los padres de la ciudad y les expuso el plan, de acuerdo con el cual la ciudad podría contar con un sistema de parques y campos de ejercicios, de manera que todos los niños tendrían, cerca de su casa, un sitio seguro donde jugar. La empresa demandó años y años; pero al final se logró darle cima; y cuando los parques y los campos de ejercicios fueron librados al servicio, abiertos a los niños, el Hombre Sabio volvió a recorrer la ciudad.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.  
Una vez más, el Hombre Sabio convocó a los padres de la ciudad.

—Debemos dictar una ley—les dijo—por la cual se prohíba jugar a los niños en las calles.

Y la ley fué dictada, y cuando había entrado ya en vigor, el Hombre Sabio volvió a recorrer la ciudad.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.

Entonces surgió otro Hombre Sabio, más sabio que el anterior.

—Están ustedes errando el camino—dijo a las gentes—. La única forma de evitar que los niños jueguen en las calles es dictar una ley que les prohíba jugar en los parques y en los campos de ejercicios.

Como no carecían de ciertas nociones en materia de psicología de la infancia, los padres de la ciudad comprendieron de inmediato la profunda verdad de aquellas palabras, y la ley fué promulgada sin dilación. Y no bien se notificó a los niños que les estaba vedado retozar en los parques y campos de ejercicios, un gran clamor y un gran revuelo se hicieron en sus filas.

Entonces, el segundo Hombre Sabio invitó al primer Hombre Sabio a acompañarle en un aeroplano, en el que ascendieron hasta una altura desde la cual podían contemplar la ciudad entera.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.



Ayuntamiento de Madrid

## EL SALUDO DE LA PRENSA



### "Diario de Madrid":

Un nuevo semanario: CIUDAD

"La "ciudad" es Madrid, y "revista de Madrid para toda España" se subtitula muy atinadamente esta nueva publicación que acaba de ver la luz. Se trata de un hermoso semanario, de gran tamaño y lujosa presentación tipográfica, impreso sobre buen papel y originalmente ilustrado.

Pero sus excelencias—al contrario de lo que suele acontecer en revistas de tal naturaleza—no se quedan ahí, en la parte externa o formal. Abarcan también la orientación de sus propósitos y la calidad de sus textos. CIUDAD viene a continuar la línea tradicional de las mejores revistas ilustradas en España, y su mención de *La Esfera* no es impropio. Revista afirmativa y enaltecedora, tiende a presentar y a exaltar—según escribe—"lo que hay de positivo, bello y sano en España y en su circunscripción nacional, que no reside en una clase social determinada, sino en todas".

Este primer número de la nueva revista inserta, entre otros originales valiosos, un poema de García Lorca, un cuento de Concha Espina, otro de E. Blanco-Amor, un muy curioso relato del capitán Iglesias. Además, secciones animadas y diversas de interés general sobre la arquitectura, la moda, el teatro, el hipismo, los deportes, el cine. Merece mención especial una doble plana con fotografías de Madrid, por Angel Aracil, que nos muestra nuestra "ciudad" desde enfoques muy originales.

Dirige CIUDAD un escritor tan atildado y periodista tan experto como Víctor de la Serna, y es su redactor jefe Eduardo Blanco-Amor. Por sus excelencias y sus limpios propósitos, merece CIUDAD el pronto encuentro del vasto público a que se encamina, y que hará de ella su revista predilecta."

### "La Voz de Guipúzcoa":

CIUDAD

"Ayer apareció en España la revista CIUDAD, que se edita en Madrid para toda la Nación.

Dirige CIUDAD el insigne escritor Víctor de la Serna, cuyo talento de primer y esclarecido piloto de empresas literarias y periodísticas se ha perfilado admirablemente en una labor conocida por todo el público inteligente de España.

Aparece CIUDAD con un formato extraordinario, de revista lujosa, tan lujosa, que parece inconcebible que su coste no pase de los veinte céntimos por ejemplar. CIUDAD es un esfuerzo editorial de tan altísima calidad, que los profesionales lo recordaremos para siempre...

En su programa, suscrito por Víctor de la Serna, se dice, entre otras cosas, que tienen un gran interés y que no reproducimos por apremios de espacio: "Estimamos que España es un magnífico y bello país europeo occidental, engranado a una cultura y a una moral que forman la rueda maestra de la moral y la cultura universales." "Nos interesa, pues, de España y del sistema espiritual que rige, lo que es positivo, bello y sano, lo que constituye una esperanza para la Humanidad y lo que es ya una realidad en la Historia." "Cuando un mundo tiene un Dios, una lengua y un destino comunes, hay algo que hacer."

Figuran en el primer número de CIUDAD: Concha Espina, con dos magníficas páginas; Federico García Lorca, el maestro de la poesía contemporánea, y el capitán Iglesias, gran conductor de la expedición española al Amazonas.

Técnica y periodísticamente, CIUDAD es ejemplar, y señala una norma para la Prensa española.

Deseamos a la gran revista muchos años de vida."

### "La Libertad":

CIUDAD

"Se ha publicado el primer número de CIUDAD. Es una revista moderna que contiene uno de los más bellos trabajos de Concha Espina y una de las más admiradas poesías de García Lorca.

CIUDAD está dirigida por el brillante y conocido escritor Víctor de la Serna, el cual tiene el plausible deseo de hacer una revista nueva, como lo demuestra la novedad de los trabajos que se publican en su primer número.

CIUDAD, elegantemente confeccionada e impresa en magnífico papel couché, se vende al precio increíble de veinte céntimos.

Damos la bienvenida a CIUDAD, y felicitamos a la Empresa y a su director por el acierto y la oportunidad de la publicación, que, repetimos, es realmente bonita."

### "A B C":

CIUDAD

"Ha aparecido en Madrid este semanario, magníficamente editado en soberbio papel couché.

La interesante revista, dirigida por el notable escritor D. Víctor de la Serna, lleva, entre otras, las firmas de Concha Espina, García Lorca y capitán Iglesias, y contiene notables secciones, cuentos, modas, notas sociales, teatrales, deportivas, etc.

Saludamos a la nueva publicación, que verá la luz pública todos los miércoles, y le deseamos grandes éxitos."



# MOTIVOS DE LA CIUDAD

## POR MAESE BUSCON



### Miss Kattle en los espectáculos

Cuando miss Kattle entró al cinema de actualidades, después de comprar por el módico precio de una peseta la presunta hora de sensacionalismos ofrecida en los programas, y al encontrarse con que la butaca que, con su índice de luz, le señalaba el acomodador, hallábase en medio de la fila, pensó contristada en la molestia que iba a ocasionar a los diez o doce hidalgos españoles, que se levantarían simultáneamente, como impulsados por un resorte, para facilitarle el acceso, y quizás alguno de ellos desplegaría su capa bajo los borceguies turísticos, para cantarle aquello de *pisa morena, pisa con garbo...*

Pero no hubo tal. Todos continuaron muellemente sentados, y miss Kattle tuvo que hacer alpinismo sobre las pedestres durezas de los hijosdalgo, y aun le pareció oír al pasar alguien que aludía, gruñendo, a los camiones de la Campsa. Al fin pudo instalarse. Y cuando se disponía a contemplar el entierro del ilustre personaje de turno, que suele no faltar en esta clase de divertidos espectáculos, sintió que un chorro de resplandor plateado le arañaba las retinas. Era la linterna del acomodador, indicando los asientos vecinos a una pareja. Cuando pudo recuperar la visión normal, ya el cadáver había sido inhumado entre un fragor de badajos y marselesas. En la pantalla surgió entonces un rostro de dos metros, entre histriónico y grave, hablando en italiano con potente sacudimiento de mandíbulas. El público rugió como un vendaval: ¡Viva! ¡Muera! ¡Abajo! ¡Arriba! Desvaneciéndose el rostro y pasó el vendaval. La luz, encendida súbitamente, en averiguación de la escandalera, descubrió a la pareja vecina de miss Kattle, que debía ser una pareja de prestidigitadores, por el perfecto escamoteo de las manos, que no había manera de averiguarles el paradero. Nuevo apagón. Nueva proyección. Un pianista ejecutando un trozo clásico. Al cabo de veinte segundos, la gente empezó a removerse en los asientos. Segunda escandalera, esta vez a cargo de los pies, aunque miss Kattle pudo atrapar una misteriosa palabra dicha en varios registros: "Tostón, tostón", de la cual tomó debida nota en la memoria. A continuación, miss Kattle leyó en la pantalla, con dulce sobresalto: "La escuadra inglesa del Atlántico..." Y ya no pudo seguir leyendo. Un caballero acaba de situarse frente a ella, de pie, en la fila anterior. Con gran cachaza se quitó el sombrero, los guantes y, finalmente, el gabán, que se entretuvo en doblar cuidadosamente. Miss Kattle

alargó el cuello cuanto pudo para atrapar algo de lo que desfilaba por el telón. Imposible. Aquel caballero era más ancho que un biombo y muchísimo menos transparente. "¡Que se siente!", gritó alguien. A lo que repuso el biombo: "Ya me sentaré cuando me dé la gana. ¡A ver qué pasa!" Cuando se sentó, la pantalla reflejaba una documental sobre las costumbres genéticas de la zanahoria; y la escuadra, con los compatriotas de miss Kattle, había hecho rumbo al Brasil. Nuestra amiga se llenó de iracundos rubores íntimos y masculló para su potente esternón esta tremenda palabra del inglés latinizado: "¡Stupid!"

Se levantó. Repitió su sesión de alpinismo sobre los callos de los hidalgos y salió a la calle tan agitada, que no pudo evitar el tropezón con un ciego, que llevaba por todo lazarillo un grueso garrote.

—¡Oh, excuse me!

A lo que respondió el infeliz mendigo:

—¡Pa onde miras, so burra!

Aquella noche, al llegar al hotel, miss Kattle preparó su crónica, destinada al *Presbyterian Bulletin*, donde decía, entre otras cosas: "Los españoles consideran muy elegante el no sentarse en cuanto llegan a su asiento en el cine, y suelen buscar pretextos en el cuidado de su indumentaria para prolongar esta posición el mayor tiempo posible. También suelen llamar "pequeños cerdos asados", que esto quiere decir la palabra *tostón*, a los concertistas de piano. Y unos hombres que andan por la calle provistos de gruesos garrotes llaman a las extranjeras que tropiezan con ellos *hembra del pollino*."

### PLATERO Y YO

No, lector, no. No es el gran personaje cuadrúpedo del gran prosema de Juan Ramón el objeto de esta respuesta. Dicho queda que ésta es una respuesta, y falta por decir que va encaminada a un señor Evaristo González, "de oficio platero", que me escribe una carta destilando sentimientos matritenses, a propósito de ciertas afirmaciones que cubrían, a manera de pórtico de palabras, el inicial de estos "motivos". Declaro que esta reacción por parte de un lector que siente el orgullo de su oficio y que pone debajo de su Fulano de Tal la mención de su artesanía, me ha conmovido seriamente. Fuera el comunicante uno de esos amables jóvenes intelectuales capaces de demostrar, por medio de una sutil casuística, la existencia de pelos en el lomo de los batracios, y mandaríalo yo a freír bibliografías. Pero el señor Evaristo, "de oficio platero", es una cosa perfectamente seria, y conste que no lo digo por hábito de adulonería proletarizante, como es de uso entre los escritores que aspiran a predicamento político, sino porque en mis meditaciones sociológicas, muchas veces me doy a cavilar sobre cuánto ha contribuido a la triste confusión de nuestro tiempo la desaparición de los oficios nobles, con su categorización selectiva de los trabajadores, todo ello arrollado por el automatismo de las máquinas y por el automatismo no menos incivilizador de las ideas, con la anulación subsiguiente del espíritu continuador y creador de los gremios y de la iniciativa individual, etc., etc.

Como usted puede colegir, amigo González, "de oficio platero", por el conceptuoso párrafo que acabo de endilgarle, yo soy un espíritu conservador. Lo que pasa es que mi conservadurismo no llega hasta el de esos nobles bardos de la prosa elegiaca que han creado una respetable artesanía literaria a fuerza de lamentarse sobre las sombras de un Madrid desaparecido en las escotillas del pasado. No seré yo nunca quien me oponga al ingreso de Madrid en la vida moderna, en nombre de unos extinguidos lunares de pelos, *chulárganos* organilleros y faldas de percal *planchás*. Una cosa es lo antiguo y otra lo viejo. La añoranza de lo antiguo es una ociosa divagación inofensi-

va y por veces fecunda, para uso de estetas, arqueólogos y eruditos. La pretensa continuidad con lo viejo puede ser incapacidad para entender lo actual, y es negarse, en nombre de nada remediable, a servir de relevo en esta carrera de postas que es la marcha del tiempo. Y, si usted quiere, yo no tengo inconveniente en ponerle a esta "marcha" un inexorable, de esos que tanto visten la prosodia que se estima. Cuando aquí se habló de considerar a Madrid como una ciudad europea nos hallábamos tan lejos de la paradoja prefascista—*malgré lui*—de D. Miguel de Unamuno, cuando hablaba de españolizar Europa, como de la cursilería noventiochista de los que hablaban de europeizar a España. Y es que en el vivir de los pueblos, las cosas suceden y se suceden segregándose de una fluencia histórica que parece no obedecer gran cosa a las recetas que, como diques racionalistas, solemos ponerle delante nosotros los sabios. ¡Qué le va usted a hacer, amigo Evaristo! Lo moderno de hoy será lo típico de mañana, porque cada día deja de sí un hilo, y con todos ellos se va trenzando lo que para los hombres del mañana será el ayer mejor del poeta.

No venimos, pues, señor maese platero, a "ser uno de tantos que van a arrasár con lo poco castizo que va quedando". Ni creemos en la supervivencia artificial de lo típico, ni estamos dispuestos a sostener que la modernización de Madrid consista en andar a codazos y a puntapiés por las calles; en no ceder la acera o el asiento del tranvía a las mujeres y ancianos; en cariarse el hígado con los *cocktails* y en decir que un *chut* de Lángara vale por las nueve sinfonías de Beethoven. La grosería, la torpeza y la agresividad, como el buen tono, el atildamiento y la cortesía, no son de este ni de aquel tiempo, ni tienen nada que ver con lo castizo ni con lo "modernista", sino con la manera de entender cada uno sus deberes de solidaridad con el prójimo y su sentido de la urbanidad, es decir, de habitante de la urbe.

No creo yo que sea un elemento respetable de casticismo y de españolización el andar berreando fandanguillos alcohólicos por las calles, a las tantas de la madrugada, y el ponerse en las esquinas oscuras haciendo lo que aquel personaje de Teniers que aparece en los tapices de espaldas al espectador. Si el casticismo participa o depende de esos pequeños hábitos molestos, o si en su nombre se los añora, ni usted, "de oficio platero", aristócrata de la artesanía, ni yo, periodista, proletario del intelecto, podemos estar en desacuerdo.





Comentábamos en nuestras líneas anteriores lo que parece ser un invariable afán de los ideales de las emisoras al confeccionar los programas, "cuyo contenido es, casi siempre, poco atractivo". No son quejas infundadas, sino la consecuencia tenaz a que ha llegado la radiación de anuncios, en una progresión incontinente, como ostentación de una situación de privilegio, a que ha dado lugar la tolerancia del Estado.

En estos días, sustentadas por algunos periódicos, hemos leído lamentaciones de alguna empresa de radio que realiza esfuerzos, reforma sus organizaciones, etc., hasta hacer posible emisiones de mayor o menor interés, sin contar para nada con la ayuda del Estado. ¿Pero la merece? ¿Ha hecho algo por merecerla? ¿Se puede optar a ello con la organización de programas a base de discos? ¿Se han tenido en cuenta los progresos de la ciencia radiofónica, en los períodos en que se pudo y debió hacer, para llevar a la radio esos adelantos? ¿Es que esa rara amalgama de anuncios, discos, "charlas" de propaganda, etc., con un exponente de pesadez y atosigamiento, es mérito para que se alienten esperanzas y se requieran derechos?

Dijimos anteriormente que en los diez años que lleva Unión Radio usufructuando la concesión que caduca dentro de unos meses, había podido hacer algo más de lo que ha hecho en pro de la radiodifusión nacional; porque sus máximos esfuerzos se han dirigido a adquirir todas las concesiones posibles y establecer un monopolio, para asignarle ese valor indiscutible que tienen las cosas, cuando se las miden con cifras, que no marchan siempre de acuerdo con la práctica.

Nosotros, por el contrario, culpamos de nuestro atraso en materia de radiodifusión a esas apetencias de explotación y negocio, sin más acicate que la acción desarrollada para llegar a una monopolización del negocio, con absolutismo pretencioso, y constituirse en un factor preponderante de la vida nacional.

La radiodifusión—no vamos a hacer ahora descubrimientos—es algo más que eso; y por serlo, por constituir el eficaz medio de culturación moderna, de armonización de la vida nacional, de elemento de gobierno, hay que establecer muy inmediatamente cuanto hay ya en vigencia y votado por las Cortes, para que se establezca en España la normalidad radiofónica, con los fines sociales y precisos en la vida moderna de los pueblos, apartando de nosotros esas deficiencias en los servicios de radiodifusión, que "no resisten el parangón con los de ninguna nación europea, ni siquiera con las del Norte de África".

A petición de algunos lectores, que se interesaron por nuestra nota del número anterior, la ampliamos con las siguientes notas:

La descripción de montajes modernos de aparatos de radio es cosa que interesa solamente a aquella parte de los aficionados que sienten por las cuestiones de radio un interés comprensible no sólo por lo que de curiosidad tiene, sino por lo que incitan al estudio y al deseo de llegar a soluciones de problemas que están aún en el campo de la experimentación muchos de ellos.

Para la mejor comprensión, consideraremos en dos partes el fenómeno que queremos exponer: el de la emisión y el de la recepción.

### LA EMISIÓN

Todos los ruidos que ante el micrófono se producen constituyen una onda sonora, que es recogida por aquél.

La misión del micrófono es la de transformar la onda sonora, caracterizada por las frecuencias de las vibraciones y por su amplitud, en una corriente eléctrica variable, cuyas variaciones corresponden exactamente a las de la onda sonora. Esta es la primera transformación que sufre el sonido.

Antes de que el sonido emitido ante el micrófono llegue a la estación emisora, es amplificado convenientemente. Verificada la amplificación, el emisor transmite ya las ondas sonoras convertidas en ondas electromagnéticas. Pero esta transformación no se efectúa directamente.

Para que la onda sonora, transformada, como queda dicho, en onda eléctrica, pueda ser transmitida convenientemente, es preciso un apoyo, una protección, que la constituye en telefonía sin hilos, la *onda entretenida* (o sea una onda de amplitud siempre igual y no interrumpida), y que tiene una frecuencia más elevada.

Estas ondas entretenidas actúan, en radiotelefonía, como conductores o soportes sobre los cuales las ondas electromagnéticas pueden surcar el espacio; para ello entran en combinación la corriente de frecuencia acústica y la corriente de alta frecuencia que produce la estación emisora.

Llegado esto, la corriente de alta frecuencia es modulada por la corriente variable de frecuencia acústica, resultando de esta combinación una corriente compuesta, que determina en la antena un campo magnético y un campo eléctrico, que forman la onda radioeléctrica propiamente dicha.

La propagación de estas ondas radioeléctricas en el espacio es casi instantánea, porque su velocidad es de trescientos mil kilómetros por segundo.

### RECEPCIÓN

Se sigue en la recepción el proceso inverso al de la emisión, sufriendo las mismas transformaciones la onda radioeléctrica, pero en el orden inverso.

La onda circula por todo el espacio, pudiendo ser captada por todo cuerpo buen conductor de la electricidad convenientemente aislado. El mejor colector de ondas es la antena construida en las condiciones más aproximadas a la antena utilizada en la emisión.

Las ondas recogidas por la antena receptora son débiles y, por lo tanto, requiere amplificarlas, lo que se consigue por medio de una combinación de válvulas, convenientemente dispuestas, que constituyen el amplificador de alta frecuencia; y ello es preciso, porque si enlazásemos a la salida de este amplificador un auricular o un altavoz, no podría seguir convenientemente las variaciones extremadamente rápidas de la corriente, por consecuencia de la inercia de la membrana o placa vibrante; y aun admitiendo que la membrana fuera capaz de recoger todas esas rápidas variaciones de frecuencia, el oído sería incapaz de percibir la menor señal. Es preciso, pues, transformar esta corriente de alta frecuencia variable en una frecuencia acústica. Este es el objeto de la detección, cuya misión es la de hacer audibles a nuestros sentidos las oscilaciones de alta frecuencia recogidas por la antena.

El detector suprime casi enteramente las alternancias positivas o negativas de la corriente de alta frecuencia, resultando de ello una corriente variable, únicamente positiva o negativa, capaz de hacer accionar la membrana de un auricular. Se trata entonces ya de una corriente de baja frecuencia o de frecuencia acústica.

Esta corriente puede ser amplificada (amplificación de baja frecuencia), y de ahí transmitirse a un auricular o a un altavoz, en el cual la membrana produce un sonido que corresponde a la frecuencia de la corriente microfónica.

He aquí ya finado el ciclo de la corriente, porque hemos llegado a reproducir las ondas sonoras, exactamente análogas a aquellas que se producen en el estudio una infima fracción de segundo antes.

**RADIO WARNER**  
PLAZOS - CONTADO  
APARATOS DESDE 100 PESETAS  
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno

## NOTICIARIO RADIOTELEFÓNICO

### Presencia de espíritu

El trabajo en los Estudios exige una precisión muy grande. Las menores faltas y los más pequeños errores predisponen fácilmente al escucha a la crítica. Por ejemplo, la posición en que se encontró cierto día el anunciador de Berlín, no era, por cierto, envidiable. En efecto, en el preciso momento en que acababa de anunciar un vals, dejó caer el disco en el cual estaba registrado, pero como tenía gran presencia de espíritu, salió de apuros a las mil maravillas diciendo delante del micrófono: "Señoras y señores: el vals que acabo de anunciarles yace en el suelo hecho pedazos. Tomaremos, pues, otro."

### Los aficionados japoneses a la radiodifusión se han adelantado a la I. A. R. U.

La Asociación japonesa de los aficionados a la T. S. H. acaba de adherirse a la "Internacional Amateur Radio Union". Esta última Asociación comprende, en total, las organizaciones de 25 países, que disponen, juntos, de 60.000 instalaciones transmisoras.

### ¿Se reorganizará la radiofonía inglesa?

La licencia concedida a la Asociación inglesa de radiofonía expira a fines del año próximo. Según la "Funk Express", se preguntan ya los círculos interesados cuáles serán las nuevas condiciones para renovar y prolongar esta licencia. Parece que se designará una Comisión especial para discutir el asunto y para negociar las condiciones. Aunque ahora no haya aún nada de seguro, se espera, sin embargo, que la B. B. C. se atribuirá gran parte de lo que produce el impuesto sobre la T. S. H. En cambio, la Asociación de radiofonía deberá abandonar la explotación lucrativa de las revistas de programas.

### Un transmisor comercial en Dinamarca

Se desea en Dinamarca la creación de una nueva transmisora comercial para reemplazar la transmisora telegráfica, bastante débil, actualmente en servicio. Tal estación parece ser muy necesaria en Dinamarca, porque de esta manera se podrán transmitir los partes meteorológicos y varias informaciones a los numerosos pescadores daneses que se hallan en alta mar. Según se nos informa, la Sociedad danesa de radiofonía había ofrecido la estación de Copenhague para este fin.



**Después del deporte**

La ducha o el baño con Heno de Pravia es el verdadero complemento de cualquier deporte. El cutis, con los poros ya limpios, reacciona bien; y el cuerpo nota el halago de la suavidad y el «confort» de estar lavado con un jabón puro de espuma cremosa.

PASTILLA, 1,30

# HENO DE PRAVIA



# LA CIUDAD Y NUESTROS LECTORES

Recibimos continuamente la noción de haber acertado con CIUDAD a servir el interés de un número tal de españoles, que declaramos encontrarnos afortunados. Declaramos igualmente sentirnos con el noble temor de quien contrae una responsabilidad superior a la que pensó tener.

Pero de cuantas adhesiones recibimos, ninguna nos satisface tanto como la que viene del español medio, del ciudadano que en su bufete o en su taller o en su cátedra cumple seriamente su papel de español, que trabaja por la prosperidad de su país.

No daremos cabida en estas páginas a iniciativas ni a textos de espontáneos que entrañen arbitrio puro o chifladura. Ciertamente es que hasta ahora nuestra revista no ha llegado a manos de ningún arbitrista, y en cambio ha recibido testimonio de adhesión de lectores

de lo europeo y mundial que de lo viejo. Ese modo de encarar la revista es el conveniente. Hay en el extranjero, por culpa nuestra principalmente, una idea borrosa de España, y especialmente de Madrid: los mismos españoles emigrados no le conocen.

Aprovecho esta ocasión para sugerirle algo que, si cree útil, puede ponerse en práctica, y Madrid no habrá de arrepentirse. Es esto: que el Ayuntamiento decida colocar placas de esmalte, o, mejor, de cerámica, en los edificios modernos, con una inscripción que dijera, poco más o menos: "En mil setecientos tantos (por ejemplo), existía aquí tal o tal cosa", y una viñeta del edificio, conjunto de edificios, parque, etcétera, que allí existiera. Así se vería a la vez la ciudad nueva y la desaparecida. Vi esto en algunas ciudades de Norteamérica y me pareció una idea delicada y de buen gusto."

*La iniciativa del Sr. Dalmáu nos parece bellísima y se la trasladamos al Sr. Alcalde de Madrid. Otras iniciativas, igualmente interesantes, nos expone nuestro amable corresponsal, y le prometemos tenerlas en cuenta.*

*Creemos poder adelantarle que la Escuela de Cerámica tiene un proyecto parecido al que expone en su carta, y aun que existe algo ya realizado en este sentido. La Junta del Madrid artístico y monumental tiene también el encargo de algo semejante: que es restablecer la antigua y sugestiva nomenclatura de las calles de Madrid, al menos emparejada con la moderna, para que tenga el mismo valor oficial designar a la calle del Turco con su viejo nombre que con el moderno de Marqués de Cubas. El pueblo, con su gran sentido, irá eliminando las nomenclaturas modernas. Con ese gran sentido que permite que muy pocos madrileños sepan cuál es la calle de Nicolás María Rivero y todos sepan cuál es la calle de Cedaceros.*

De D. Cayetano Ortiz, Director del Grupo Escolar "Concepción Arenal", de Madrid (Puente de Toledo):

"Este Centro lleva cuatro años viviendo y nutriéndose de los mismos ideales que ustedes exponen: confianza en el trabajo para reparar los males, sin perder el tiempo en exhibirlos o en lamentarlos; orientación decidida hacia un porvenir más risueño.

Suman ya docenas los escolares que han saboreado aquí las mieles del triunfo en becas, certámenes y otras actuaciones felices; juntos, somos una demostración de lo que puede dar de sí una barriada humilde—la del Puente de Toledo—, con chicos y chicas resueltos como pobres, agudos como madrileños, nobles como españoles; y juntos queremos alentar a usted en la empresa acometida.

Vengan ustedes a esta casa cuando quieran ver reflejado el optimismo en gente menuda, capaz de continuar la historia gloriosa de esta gran Patria, como la sentimos usted, los escritores de CIUDAD y su afectísimo, Cayetano Ortiz."

*Esta conmovedora y hermosa carta del Sr. Ortiz, uno de los más ilustres maestros españoles, colma nuestra satis-*



inteligentes cuyas sugerencias aceptamos e iremos haciendo públicas.

He aquí dos cartas de evidente interés:

De D. José Dalmáu Montaña, Hermosilla, 26, Madrid:

"Señor Director de CIUDAD. Muy Sr. mío: He leído el primer número de su revista, y le felicito. Madrid necesita de una revista como ésta, con el espíritu que a usted anima ya, de ocuparse más de lo nuevo,



facción interior y nos da la medida de que es certero nuestro sentido afirmativo y optimista de la vida española. Hay muchos hombres como él en Madrid y en España. Es cierto, como hemos dicho, que lo bello, lo noble y lo afirmativo de España reside en todas las capas económicas de nuestra sociedad, y más en la más numerosa. Prometemos al Sr. Ortiz y a toda la ciudad infantil, que rige como un patriarca risueño en un borde de la ciudad, una visita detenida y afectuosa. La mejor pompa gráfica de nuestras páginas será para esos madrileños y para su maestro.

## S E D E R I A S L Y O N

Carrera de San Jerónimo, número 30

COMENZARA EN BREVE A PUBLICAR EN ESTAS MISMAS PAGINAS, CADA SEMANA, UNA FOTOGRAFIA DE LAS PIERNAS DE UNA FAMOSA ARTISTA DE NUESTROS ESCENARIOS, CALZADAS CON LAS FAMOSAS MEDIAS "SELY"

"SEDERIAS LYON" ENTREGARA A CADA CLIENTE UN BONO, CON UN ESPA-



CIO EN BLANCO, PARA QUE EN EL PUEDA ANOTAR EL NOMBRE DE LA ARTISTA A LA CUAL CREA QUE PERTENECEN LAS PIERNAS A TODOS LOS QUE ACIERTEN, "SEDERIAS LYON" REGALARA UN PAR DE SUS FAMOSAS MEDIAS "SELY"

LEA USTED EN LOS PROXIMOS NUMEROS LAS CONDICIONES DE ESE SINGULAR E IMPORTANTISIMO CONCURSO

## S E D E R I A S L Y O N

Carrera de San Jerónimo, Ayuntamiento de Madrid, número 30



# TREN DE ONDAS

P O R

ALFONSO REYES

U N A F I R M A M E X I C A N A

## PADRE AMATEUR

(EXPLICACIÓN: El padre profesional se preocupa por su hijo, se amarga a sí mismo la vida y se la amarga a su hijo. El padre *amateur* goza de su hijo, y lo hace feliz.)

Hay días en que mi hijo está como inspirado. Crece sobre mí, y yo le pertenezco y lo sigo. Un tono voluntarioso, con mucho de mala educación, pero también con algo de certeza divina. He querido hoy mostrarle la posada de mala muerte, la cuadra en que Artagnan dejó casi reventada su jaca, y, mudando cabalgadura, salió otra vez a todo correr, arrancando chispas a las piedras. He querido ser su *cicerone*—¡y él es quien me guía!

La posada del Compás de Oro se encuentra en la *rue de Montorgueil*, junto a los mercados. Conserva su aire novelesco, sucio, despeinado, viejo-París. Hombres con zuecos, almohazan, caballos de doble alzada. Los últimos coches de alquiler se refugian por los rincones. Mirase algún auriga de charolada chistera, que rebrilla con la humedad. El patio es una llaga gris en el corazón de una manzana de viejas casas. Y esas ventanitas de otro tiempo, tan inesperadas, por donde parece que nos espían.

—De modo—observa mi hijo—, que cuando Carlos saltó sobre su caballo...

—¿Carlos?

—¿Si hombre, Carlos!

—Me dice con una impaciencia ya de erudito: ¡Artagnan se llamaba Carlos!

Y el bibliotecario que hay en mi corazón agradece, embobado, esta bofetada filial.

De allí, mi hijo me arrastra hacia la fonda, a pocos pasos, porque ha llegado la hora de almorzar. Un vistoso caracol dorado alarga los cuernos sobre la enseña, que dice: "Al Escargot." Lugar conocido de prudentes, frecuentado de gente sabia. En la vidriera, unos caracoles, y unos letreros humorísticos que abren el apetito: "Caracoles criados con biberón."

Mi hijo es quien ordena la minuta, ante mi admiración y mi éxtasis:

—Caracoles, sopa de cebolla, venado con puré de castañas, suflé al kummel.



Y yo añado con timidez:

—Y media Cortón, cosecha del quince.

Los caracoles tardan; ellos saben lo que hacen. Desde la cocina nos llega ese ruido peculiar, como de castañuelas de España. Y mi hijo formula su impaciencia en manera de refrán árabe. Dice el refrán: "Oigo el ruido de la aceña, pero no veo la harina."

Y mi hijo:

—Los oigo aplaudir, pero nos los veo salir a escena.

Y yo me acuerdo—¡oh maestro Rivas!—de la única fábula de Fedro que acerté a aprender en lengua griega, la del hijo del campesino que asaba caracoles y los oía chirriar: ¡Oh, kákista zóoa!

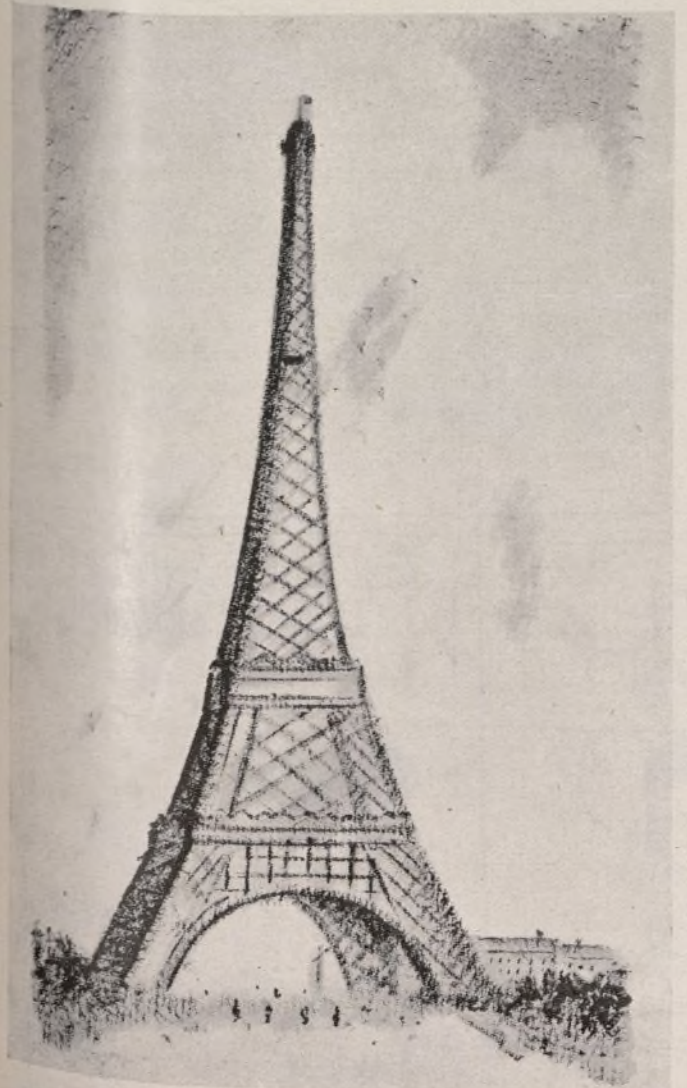
¡Oh perversos animalitos que cantan, como el incendiario fraudulento, mientras sus casas se están quemando!

## M A T R I C U L A

Cosas y personas de una edad, contemporáneas ni en saber ni en gobierno, algunas conozco.

El poncho que todavía tiendo de sobrecama vino a casa cuando yo nací, y ha sido objeto mío desde entonces. Acompaña mis fortunas y viajes. Tan raído se va quedando. Tan calvo está como yo mismo, y de igual humor. Suele servirme contra el frío de las excursiones en *auto*. Me hace de cama rústica o de mantel improvisado en el campo. Tiene un color de tigre, dorado y enrojecido a fuego. Lo veo como parte de mi epidermis, cónyuge de mis costumbres. Ni lo quiero ni lo aborrezco; no lo siento ya. Se prepara a morir conmigo, y así acelera solícitamente su ruina, porque los hombres nos quemamos más de prisa que nuestras mantas. En él he escondido intentos y pecados. Por él se dijo: "Debajo de mi manto, al rey mato." El es mi capa, de que hago, cuando quiero, un sayo. El es mi capa que todo lo tapa. El es todo lo que dicen de él los refranes. Y hasta se llama *Poncho*, como yo mismo en el diminutivo de mi tiera natal.

Asegura Jean Giraudoux que él y la torre Eiffel son contemporáneos. Cuando nacieron no los entendían ni los apreciaban en los justos los sentimenteros de aquel entonces. Parecían demasiado geométricos, demasiado ideológicos, demasiado precisos. Poco a poco se fueron llenando con la música de las esferas, vibraron estelarmente por todos los huesos del armazón, e inventaron la telegrafía sin hilos, la antena, el anuncio Citroën. Rectifico a Jean Giraudoux, que aquí se me quita siete años de una vez. Paul Morand, Waldo Franck y yo sí que nacimos con la torre. Y yo sí que puedo afirmar que hubo un tiempo—aunque ahora nadie



D I B U J O S

D E

E S P L A N D I Ú

me lo crea—en que la torre Fiel y yo éramos de la misma estatura.

Hoy no puedo hombrearme con ella ni con ellos; pero nos ata la cifra y estamos sembrados en la misma capa geológica del tiempo.

## LOS CALLADOS

"Nihil me mutum potest delectare", decía en sus "catilinarias" (III-II) el facundo Cicerón. Sólo le agradaba lo gárrulo. Por su parte, Casanova, con toda su experiencia, encontraba que la palabra y el amor son inseparables, y confesaba que él no hubiera podido amar a una mujer muda. Grande es el riesgo, para esta especie de amantes, de incurrir en la afición a las marisabidillas, las bachilleras, la peor fauna que se encuentra en todo el jardín de las caricias. Pero el siglo XVIII palabreaba mucho en torno al amor, llegaba al éxtasis empujado por una columna de razonamientos y trepaba hasta el frenesí por la escalera de una sorites. El placer de la persuasión iba mezclado con el otro. En "Les liaisons dangereuses", la gente se tiende lazos con discursos.

Don Juan Valera, que sabía mucho, aseguraba que en aquello del Arte Amante tanto entiende el último gañán como el Aretino. Y parece—lo he oído decir—que el último gañán las prefiere siempre calladitas ("cierra la boca y abre los ojos"), porque "ansina se gastan menos", como comentan los vaquerizos de mi tierra. Supo bien lo que hacía el que se desposó con una muda.

El hablar de sobra es al hablar preciso lo que el ruido es al sonido: una agitación irregular, una energía pobre. Y el hablar preciso se corresponde con el callar como se corresponden en la ondulación perfecta los senos con los nodos. Maurois, en su "Disraeli", dice que este joven de frases cabales contrastaba con cierto vicio del coloquio inglés que por aquel tiempo daba en sustituir con un gesto el verbo esencial de las oraciones. En el "Calendario" ("Tópicos de café") he caricaturizado ciertos vicios y vaguedades semejantes del coloquio madrileño. Por contraste, Ramón Gómez de la Serna encontraba muy precisa la conversación de los mejicanos recién llegados a Madrid, Martín Luis de Guzmán entre ellos. Acaso esta precisión sea el premio de cierta tendencia a callar que está en la raíz de lo mejicano. Véase, en efecto, cómo lo entendían nuestros indios, hijos predilectos del pudor:

El obispo de la Puebla de los Angeles, D. Juan de Palafox y Mendoza, dice en sus "Virtudes de los indios" (siglo XVII) que era tanto el mutismo de los antiguos mejicanos, "que así estuvieran dos horas aguardando audiencia y se juntaran treinta en la sala de espera, ninguno rompía el silencio. Entre ellos el hablar es preeminencia tan grande, que es señal de superioridad, como lo es de inferioridad y obediencia el callar. Para decir a uno "superior", le llaman "tlatoni", que quiere decir "el que habla", "el que tiene jurisdicción para hablar".

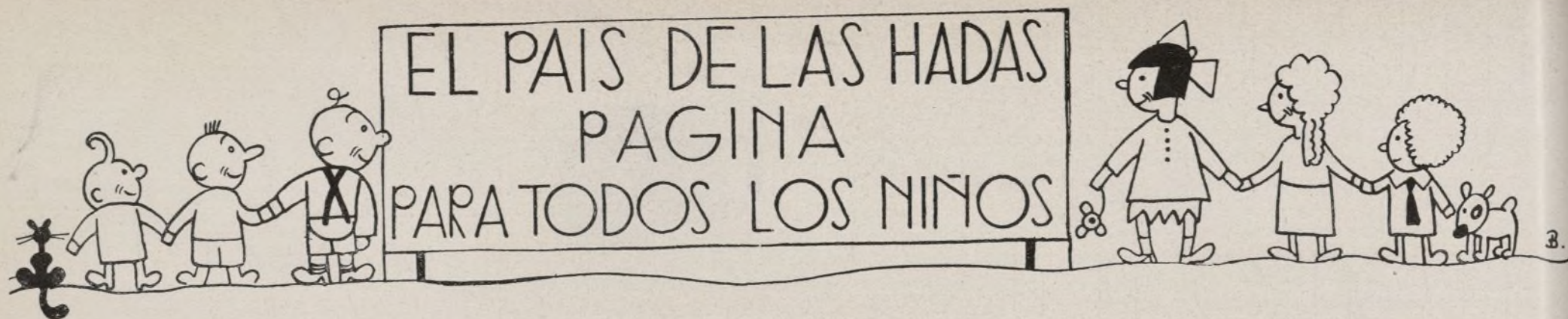
No sé qué pensarían los antiguos griegos, que desconfiaban tanto de la gente callada. El indio, según Palafox, es callado hasta para declarar sus sentimientos amorosos, lo que parece un colmo: "El indio mexicano mancebo que pretende casarse con alguna doncella india, sin decirle cosa alguna, ni a sus deudos, se levanta muy de mañana y le barre la puerta de la casa. Y, en saliendo la doncella con sus padres, entra... y limpia todo el patio; y otras mañanas les lleva leña, otras, agua; y, sin que nadie le pueda ver, se la pone a la puerta. Y de esta manera va explicando su amor y mereciendo, descubriéndose cada día más en adivinar el gusto de sus suegros, obrándolo aun antes que ellos le manden cosa alguna. Y esto, sin hablar palabra a la doncella ni concurrir en parte alguna en su compañía, ni aun osar mirarla al rostro, ni ella a él. Hasta que los parientes les parece que ha pasado bastante tiempo y que tiene méritos y perseverancia para tratar de que se case con ella. Y entonces, sin que él le hable en ello, lo disponen."

Galantería del silencio, que todavía encontramos en la urbanidad de los "tarahumaras". Cuando el "tarahumara" visita a su vecino, no se anuncia, no entra, sino que se sienta a la puerta de la casa, de espaldas y haciendo que mira a otra parte. El vecino, que lo advierte, sale como de casualidad, "como quien no quiere la cosa". Se saludan, hablan del tiempo, dejan pasar un rato ceremonial. Al fin, el vecino se atreve a insinuar: "¿Por qué no entras a casa, para que sigamos conversando?" Y el visitante, con un suspiro de timidez: "¡Vaya! Entraré..."



Ayuntamiento de Madrid



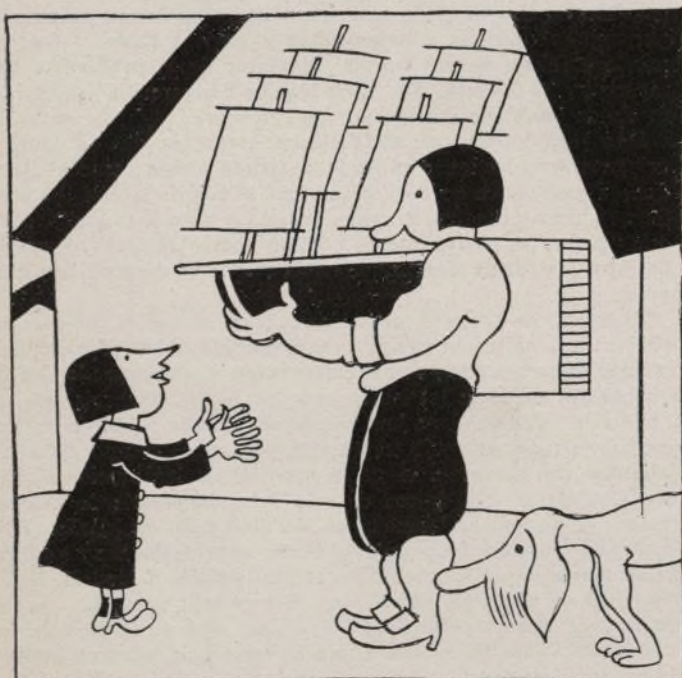


# RIP VAN WINKLE

Por WASHINGTON IRVING

(Continuación.)

Lo cierto es que era el favorito de todas las comadres de la aldea, que, como las demás de su amable sexo, tomaban parte en todas las querellas domésticas y nunca dejaban de censurar a la señora Van Winkle. Los chicos de la aldea le aclamaban también alegremente cuando se presentaba. Tomaba parte en sus diversiones, les fabricaba juguetes, les enseñaba a jugar y les refería largas historias de aparecidos. Fuera como quisiese, rodeábale una turba de pillue-



los colgándose de sus faldones, y ni un solo perro del vecindario se habría decidido a ladrarle.

El gran defecto del carácter de Rip era su aversión insuperable a toda clase de labor provechosa.

Declaraba, en efecto, que resultaba inútil trabajar en su propia alquería: era el más endiablado trozo de terreno en todo el país; cualquier cosa que se emprendiera salía mal allí, y saldría siempre, a pesar de sus esfuerzos. Los cercos se caían en pedazos continuamente; su vaca se extraviaba o se metía en las coles; la mala hierba crecía de seguro más ligero en su finca que en cualquiera otra parte; llovía justamente cuando él tenía algo que hacer a campo abierto; de manera que si su propiedad se había desmoronado acre por acre, hasta quedar reducida a un pequeño trozo para la siembra de maíz y de papas, debíase a que era la granja de peores condiciones en toda la comarca.

Sus chicos andaban tan harapientos y selváticos como si no tuvieran dueño. Su hijo Rip era un rapazuelo vaciado

en el mismo molde. Veíasele ordinariamente trotando, como un potrillo, a los talones de su madre.

Rip Van Winkle era, sin embargo, uno de aquellos felices mortales de disposición fácil y bobalicona que toman el mundo descuidadamente, comen con la misma indiferencia pan blanco o pan moreno, a condición de evitarse la menor molestia, y preferirían morirse de hambre con un penique a trabajar por una libra.

El único aliado con que contaba Rip en la familia era su perro Wolf (lobo), tan maltratado como su amo, pues la señora Van Winkle censuraba a ambos compañeros de ociosidad, y aun miraba a Wolf con malos ojos, considerándole culpable de los frecuentes extravíos de su dueño. La verdad es que, desde todo punto de vista, era Wolf un perro honorable, y valeroso como el que más para correatar por los bosques; pero ¿qué valor puede afrontar el continuo y siempre renovado terror de una lengua de mujer? Apenas entraba Wolf en la casa, decaía su ánimo, y con la cola arrastrando por el suelo o enroscada entre las piernas, deslizábase con aire de ajusticiado, mirando de reojo a la señora de Van Winkle, y al menor ademán de la dama de blandir un palo de escoba o un cucharón, volaba a la puerta con quejumbrosa precipitación.

Las cosas iban de mal en peor para Rip Van Winkle a medida que transcurrían los años de matrimonio. El carácter despacible nunca se suaviza con la edad, y una lengua afilada es el único instrumento cortante que se aguzza más y más con el uso continuo. Por algún tiempo trató de consolarse en sus escapadas fuera de la casa, frecuentando una especie de club perpetuo de los sabios, filósofos y otros personajes ociosos del pueblo, que celebraban sus sesiones en un banco a la puerta de un pequeño mesón que ostentaba como enseña un rubicundo retrato de su majestad Jorge III.

Las opiniones de esta junta se sometían completamente al criterio de Nicholas Védder, patriarca de la aldea y propietario del mesón, a cuya puerta sentábase de la mañana a la noche, cambiando de sitio lo justamente indispensable para evitar el sol y aprovechar la sombra de un gran árbol que allí crecía; de manera que los vecinos podían medir la hora por sus movimientos con tanta exactitud como por un cuadrante. Verdad es que rara vez se le oía hablar, pero, en cambio, fumaba su pipa constantemente. Cuando le disgustaba algo de lo que se leía o refería, podía observarse que fumaba con vehemencia, lanzando frecuentes y furiosas bocanadas; pero cuando estaba satisfecho, arrancaba suaves y tranquilas inhalaciones, emitiendo el humo en nubes plácidas y ligeras.

Pero aun de esta fortaleza se vió desalojado el infortunado Rip por su agresiva mujer, quien atacó repentinamente la paz de la asamblea, volviendo polvo a todos sus miembros; y ni la augusta persona de Nicholas Védder quedó a salvo de la atrevida lengua de la terrible arpía, quien le acusó de alentar a su marido en sus hábitos de ociosidad.

El pobre Rip vióse, al fin, en los umbrales de la desesperación, siendo su única alternativa, para escapar del trabajo de la alquería y de los clamores de su mujer, coger su fusil e internarse entre los bosques. Sentábase allí, a veces, al pie de un árbol, y compartía el goce de sus alforjas con Wolf, con quien simpatizaba como compañero de

miserias. “¡Pobre Wolf—acostumbraba a decir—, tu ama te da una vida de perro; pero no te importe, compañero, que mientras yo viva no te faltará un fiel amigo!” Wolf movía la cola, miraba de hito en hito al rostro de su dueño; y, si los perros pudieran sentir piedad, creería yo verdaderamente que experimentaba en el fondo de su corazón un sentimiento recíproco al que expresaba su amo.

En un hermoso día de otoño, en que llevaba a cabo una de sus largas correrías, trepó Rip, inconscientemente, a uno de los puntos más elevados de las montañas Káatskill. Proseguía su distracción favorita, la caza de ardillas, y aquellas soledades habían retumbado varias veces al eco de su fusil. Fatigado y jadeante, echóse, hacia la tarde, a descansar en la cima de un verde montecillo cubierto de vegetación silvestre y que coronaba el borde de un precipicio. A través de un claro entre los árboles, podía dominar toda la parte baja del terreno en muchas millas de rica arboleda. Veía a la distancia, lejos, muy lejos, el majestuoso Hudson, deslizándose su curso potente y silencioso.

Por el otro lado, hundía sus miradas en un valle profundo, salvaje, cuyo fondo estaba sembrado de fragmentos amenazadores de rocas alumbradas apenas por la refracción de los rayos del sol poniente. Por algún tiempo reposó Rip, absorto en la contemplación de esta escena. La noche caía gradualmente; las montañas comenzaban a tender sus grandes sombras azules sobre el valle; Rip comprendió que reinaría la obscuridad mucho antes de que pudiera regresar a la aldea, y lanzó un hondo suspiro al pensar que afrontaría la temida presencia de la señora Van Winkle.

Cuando se preparaba a descender, oyó una voz que gritaba a la distancia: “¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!” Miró en torno suyo, pero sólo pudo descubrir un cuervo, cruzando la montaña en vuelo solitario. Creyó que hubiera sido una ilusión de su fantasía, e iniciaba de nuevo el descenso, cuando llegó hasta él idéntico grito: “¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!” al mismo tiempo que Wolf, erizando el lomo y lanzando un ladrido concentrado, refugiábase al lado de su amo, mirando temerosamente al valle. Rip sintió que una vaga aprensión se apoderaba de su espíritu; miró ansiosamente en la misma dirección, y



advirtió una figura extraña que avanzaba con dificultad en medio de las rocas, inclinándose bajo el peso de cierto bulto que llevaba en sus espaldas. Sorprendióse Rip de ver un ser humano en aquel lugar desierto y aislado; pero, juzgando que pudiera ser alguien del vecindario necesitado de su ayuda, se apresuró a brindarle su asistencia.

(Continuará en el próximo número.)





DIBUJOS DE  
ENRIQUE  
HORTELANO



ESPECIALES  
PARA  
"CIUDAD"

Ya no trabaja como trabajaba antes la mujer madrileña. Trabaja tanto, pero de otra manera. Trabaja más alegre y graciosamente. Y, además, se viste mejor y ha afinado su materia.

En muchas cosas, Madrid ha cambiado su fisonomía. Treinta años de zarzuela, de la "cuarta de Apolo" y de casticismo provinciano han sido barridos en poco tiempo por el aire de la Sierra. Esta Sierra, que era como un misterio y un monstruo cuando la hacía versos Enrique de Mesa y llevaba a ella sus chicos D. Francisco Giner. El Pardo estaba, para los madrileños, tan lejos como Arequipa. Tan lejos, tan lejos, que ir allá significaba emprender un viaje peligroso. Por eso había tres ferrocarriles en el mundo que, de vez en cuando, sufrían unas terribles crisis económicas y acababan por parar. El Transandino, el Transiberiano y el de Madrid a El Pardo. Los dos primeros, mal que bien, han podido resistir. El de Madrid a El Pardo sucumbió a los gastos de explotación. El Pardo estaba lejísimo.

Como una de las cosas a que menos resiste el "casticismo" es al olor de nafta quemada, es la nafta quien ha espantado, con su vuelo lento como de avutarda, al último pañuelo para la cabeza y al último chal "alfombrado". Parece que este vuelo les ha sido muy grato a las modistas madrileñas, que unas pocas veces al año transigen con el mantoncillo de crespón, tan semejante al de sus colegas venecianas.

La modista madrileña va a la Sierra, se maquilla bien y se viste con discreción y buen gusto. No tiene que envidiar nada; antes bien, da muchos motivos de envidia a sus compañeras de la rue de la Paix y de la Avenue des Champs-Élysées.

Por encima de todas estas prendas externas, puede, además, la modista española, que trabaja en talleres limpios y claros, abiertos sobre geometrías modernas de pequeños ras-cacielos y luces de neón, exhibir su constitu-

## LA MUJER ESPAÑOLA TRABAJA

POR

" K I M "

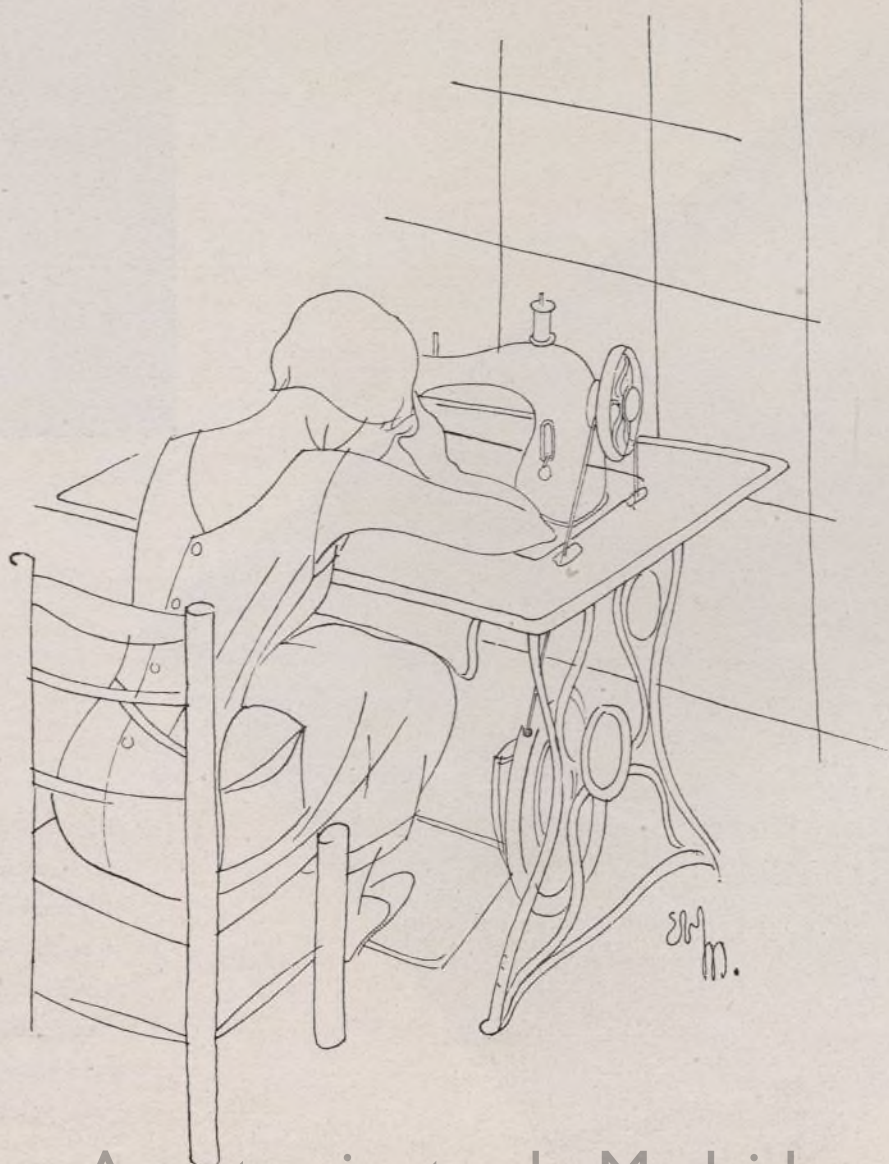
ción moral admirable. Ha resistido con una sonrisa, detrás de la cual muchas veces se escondía, si no el hambre, algo parecido, la ola de materialismo y de chabacanería que azotó al mundo después de la guerra. La grande reacción moral que se observa en la sociedad europea ha cogido a la trabajadora del obrador español, dueña de sí, sin haber perdido una sola de sus prendas morales de heroísmo, abnegación y virtud. El agua, el jabón, la pizca de colorete, la media fina de malla, el figurín más moderno, el aire deportivo y el gracejo, saben ellas muy bien que no daña, sino realza el fuerte espíritu inmaculado de la mujer española.

La Gran Vía de Madrid, las anchas calles arboladas del barrio de Salamanca o del barrio del Museo se decoran con las gentiles figuras de las artesanas elegantes. Ellas son una prueba más de lo que es el orgullo de nuestras páginas: haber afirmado que un signo señorial preside el destino de los españoles en cualquier capa económica.

Mala época, pues, para los bailes cerrados, donde todo miasma moral y material tenía su cultivo. Mal año para las verbenas y las aperturas urbanas. Mal año para bandolinas y zaragatonas. Mal año para los corsés de ballenas y para el café con media. Estas chicuelas que han acercado a Madrid la Sierra han acabado con el piropo zafio, porque un empaque señorial, el agua de espliego, una frente despejada y un corazón limpio espantan la polla y el pecado.

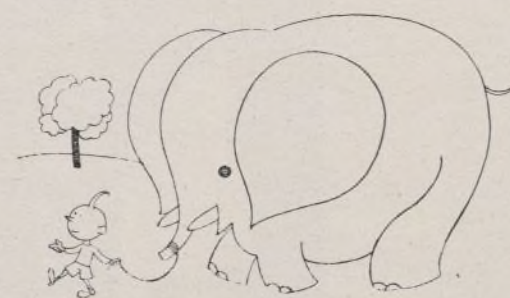
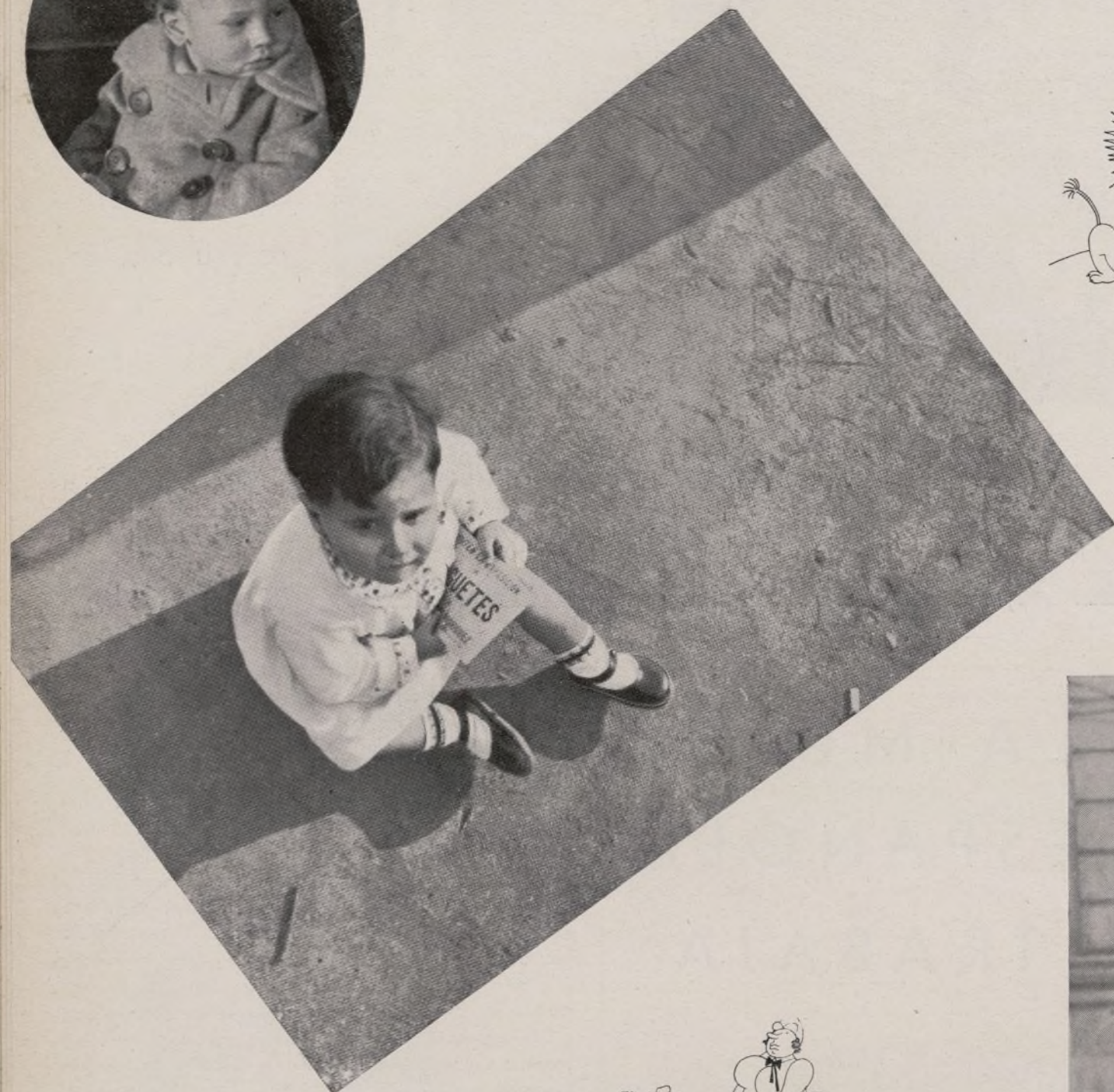
La modista madrileña, artesana europea, tiene su pareja. El artesano que hace músculos, compra libros, visita exposiciones y empieza a discurrir por su cuenta y riesgo como tal artesano español. Hay otro viento propicio que empieza a barrer de frentes varoniles muchos lugares comunes. Ya hablaremos de esto.

Cada uno de esos mozos que lleva el "mono" de mecánico con la dignidad de un peplo o de una toga, cumple una gran misión.



Ayuntamiento de Madrid





F O T O S D E A G E L A R A C I L



## NIÑOS DE ESPAÑA

Los niños de Madrid siguen llamando al Parque Zoológico con su nombre feroz de "Casa de Fieras". Poco a poco se van convenciendo de que el elefante es un pacífico sujeto que admite terrones de azúcar y cacahuètes; de que el león no es tan fiero como le pintan, y de que la pantera es poco más que un gato.

El "guignol", viejísimo entretenimiento de niños latinos, está exhibido en esta página a humo de pajas y como una incongruencia. Porque en España el teatro de marionetas, con su torero bufo, tuvo como su más insigne empresario a aquel adorable Malleu, domador de fieras en su juventud. Hace pocos años, aún Malleu hacía el "Currito" por las soleadas plazas madrileñas, con su gran mostacho, su pelo atlético y su garbosa y elegante pobreza de español.

Ayuntamiento de Madrid





Srta. Pilar Calderón

El auto corre veloz por entre dos filas de árboles que presentan armas. La ciudad ha quedado atrás, y las llanuras que achican a la villa de Madrid, pero que, a la par, la agigantan con su perspectiva, todo horizonte, se abren a nuestra vista.

Voy hacia Puerta de Hierro, nuestro gran Club, donde se dan cita todas las tardes bellísimas damas y distinguidos caballeros, que pasan las horas practicando su deporte predilecto en los magníficos *links*. Es digno de aplauso el celo con que las autoridades de esta institución cuidan los campos de donde han salido campeonas que, como la señora de Gandarias, han alcanzado una técnica particular en el *golf* que la coloca entre las primeras aficionadas de Europa.

Minutos más tarde se detiene el coche. Magnífica vista. El paisaje, encantador. Todas las bellezas de Madrid se realzan desde aquel mirador, donde nuestro cielo, siempre poético, aparece en toda su riqueza de matices.

En dirección a los *courts* de tenis veo pasar a nuestra campeona Pepa Chavarrí. Me informan que es frecuente ver en ellos intere-



# Gran Mundo



Srta. Monteagudo

Una de las más entusiastas concurrentes a los "links" de Puerta de Hierro

## NOTAS SOCIALES

santes partidos, de los cuales son sus más destacadas figuras la señora de Bárcenas, Arris Alonso y el marqués de Mariño.

En los jardines encuentro varios grupos de damas a cual más bella y distinguida. Admiro a la condesa de Velayos, San Damián, la marquesa de Córdoba, Mariño, Cabeza de Vaca y a la señora de Silvela.

Luego, ya internada en los campos de juego, voy encontrando sucesivamente a todas estas simpáticas y elegantes aficionadas: nuestra campeona, señora de Gandarias, la condesa de Yebes, Pura Santos, Lucía Álvarez de Toledo, Pilar Portugaleta, María Orgaz,

Por LA MARQUESITA DEL VELO BLANCO

Pilar Álvarez Calderón, Beatriz Aguilar, Patricia Bondad Real, Fernán Núñez y Arróspide Monteagudo.

Y entre ellas, ellos. El marqués de Portago se dirige rápidamente hacia el edificio. Atleta, jugador de polo, "clubman", excelente jugador de *golf*, artista de cine, no es posible elegir, entre tan diversas actividades, cuál es la que mejor ejecuta el arrogante presidente de la institución: en todas está bien, tan bien o mejor que el mejor. Luego voy saludando al conde de Címera, al marqués de las Palmas, conde de Sierra Magna, marqués de Villa Isidro, don Pedro Gandarias, marqués de Cabeza de Vaca, conde de Velayos, marqués de Córdoba, Fernández Palacios, conde de Liniers, conde de Fontanar y al vizconde de Altamira.

Sobre Puerta de Hierro se ciñen las primeras sombras. Los socios retornan comentando la suerte del juego. Se incendia el cielo de Madrid, mientras que suena la bocina de mi coche llamándome a otras visitas rápidas. Visitas que os prometo contar en los próximos números...



## LOS NUEVOS ELEMENTOS DE LA MODA

POR

MARIA ROSA BENDALA

Los olvidados sombreros de noche vuelven por sus fueros: el azabache y las plumas rivalizan en la confección de estas tocas, que las señoras acogen con agrado.

Las flores vienen también a formar un elemento imprescindible del adorno: en el vestido, en la cabeza, en los brazos, son profusamente utilizadas; y los antiguos camafeos, cinturones con cariátides, botones tallados, velitos y cintas nos hablan de una feminidad que renace y que nunca debimos dejar desvanecerse.



Para acompañar a los trajes nocturnos, las capas enteramente de piel o en complemento con el vestido se generalizan cada vez más. A título de prueba, se ha lanzado para esta hora un modelo de zapato sin tacón, inspirado en la clásica sandalia, aunque no creemos que perdure esta modalidad, que modificaría por completo el eje de la silueta femenina actual.

Las túnicas en toda clase de tejidos y para todas las horas del día o de la noche, combinando colores claros sobre faldas oscuras o, por el contrario, colores oscuros sobre faldas claras, disfrutaban de gran favor entre las elegantes.

No podemos pasar por alto la observación de que los audaces cosacos rusos emigrados, con su pintoresco uniforme, siguen siendo inagotable cantera de inspiración para exóticas creaciones. Su influencia se hace notar, no tan sólo en los altos gorros de piel, que tanto favorecen y que se llevan mucho, sino que han sugerido encantadores conjuntos lo mismo para el día que para *toilettes* nocturnas.

Al fin, la moda parece abandonar la mezquindad característica de los últimos tiempos, para dirigirse abiertamente hacia la riqueza de elementos que, empleados con sencillez, en cuanto a su forma, constituyen el verdadero camino a seguir por toda dama elegante.



su romántico encanto ó 1900 quien nos deslumbra con su aparatoso brillo.

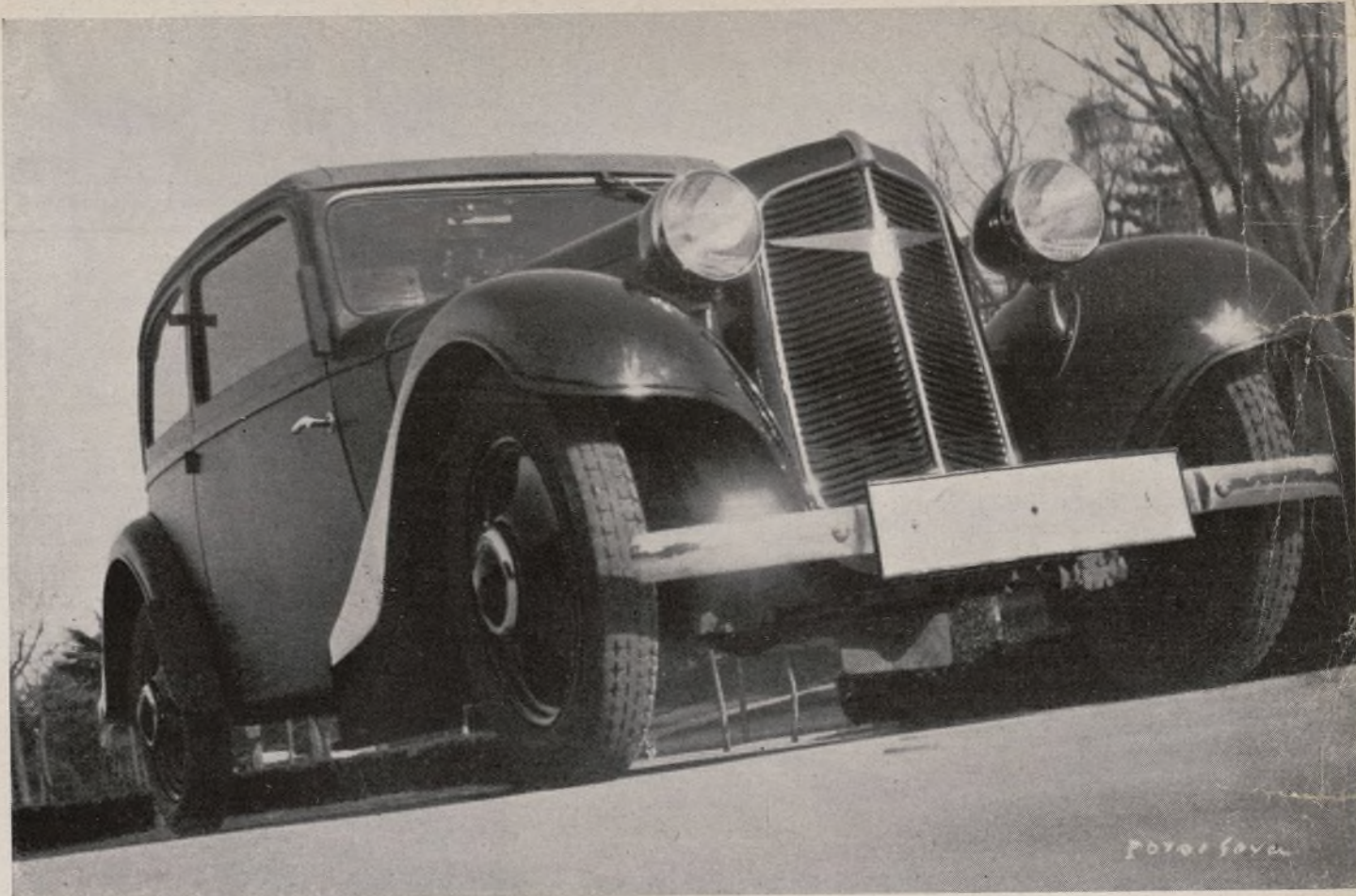
La moda, hoy, es casi toda esclava absoluta de antaño: se inspira en viejas épocas, sin delimitaciones, resucitando el sutil perfume de tiempos pasados, que nos parecen más bellos a través de su difusa lejanía.

Vuelven otra vez a emplearse las telas ricas, suntuosas, como ya apenas se usaban: telas tejidas con oro, plata, *lámés*, terciopelos y *moarés*; y los bordados en canutillo, perlas y lentejuelas se utilizan, no sólo para los trajes de noche, sino a veces también para los de tarde, a la hora del *cock-tail*.



"Es la realización de los últimos adelantos técnicos alemanes en la industria del automóvil. Por un precio sorprendentemente módico, ofrece características que parece increíble puedan incluirse en un coche de tan bajo precio como el ADLER.

Tracción delantera. Cuatro ruedas independientes. Cambio sincronizado con cinco marchas, y en el árbol de la dirección. Amortiguadores hidráulicos. Consumo de siete y medio litros por 100 kilómetros. Adherencia perfecta a la carretera, debido a su bajo centro de gravedad. Amplias carrocerías descapotables, con maleta trasera. Potencia fiscal: 8 HP. Velocidad: 100 kilómetros por hora."



A D L E R 8 H . P .

Salones de venta:

Distribuido por  
S. E. I. D. A., S. A. Pi y Margall, 14 - Plaza de la Independencia, 5 - Génova, 11 y A. San Román, Miguel Angel, 14  
Espronceda, 36 - Madrid

Agentes en todas las provincias

A U T O M O V I L I S M O

### El nuevo "Airflow Chrysler Eighth"

Se anuncian dos modificaciones sensacionales para el nuevo Chrysler "ocho". Según las informaciones que se reciben de la fábrica, los "cuatro puertas" y los "dos puertas", de distintos modelos, tendrán una distancia entre ruedas de 118 pulgadas, y los modelos cerrados tendrán 122 pulgadas.

Chrysler crea el nuevo "Airflow G." de ocho cilindros y de un tipo completamente nuevo. El "Airflow Chrysler" es el resultado de varios años de experiencias en el problema de la redistribución del peso del automóvil y la eliminación de los inconvenientes del roce del aire.

Estos coches son los primeros automóviles realmen-

te de motor científico desde que se inventó el motor de explosión.

El interior está calculado para el máximo confort, de modo que los pasajeros se encuentran en él como en cuarto de estar.

Los modelos "coupé", con capacidad para cinco pa-



BARNEY STAPERT, CAMPEON MUNDIAL DE ESCRITURA EN MAQUINA, con la bellísima secretaria que controló el tiempo de su última proeza.

### UNA CURIOSIDAD

Barney Stapert, un campeón mundial de velocidad escribiendo a máquina, acaba de establecer un nuevo record en esta última semana: llegó a escribir 131 palabras por minuto en un coche que iba a 82 millas por hora.

Este artista de la máquina, que se presenta en una exposición de Industria, logró este extraño record en un "De Soto Sedan Airflow". Hizo dos copias sobre su "Underwood portable", mientras el coche volaba sobre la carretera.

Stapert tenía la máquina sobre sus rodillas cuando batió el record. Durante todo el tiempo que duró el camino, fué dictado por la señorita M. Hogan, una chica de Detroit, que tomó el control de la velocidad del artista.

—Observé muy poca diferencia entre mi trabajo en la oficina o en un "Airflow" a toda marcha—declaró el campeón cuando descendió del coche—. Había tan poca vibración en el coche, que podía leer el escrito sin ninguna dificultad. La velocidad del coche no influyó sobre la velocidad de teclado. Al contrario, creo que me estimuló para trabajar más rápidamente. No supe que íbamos a tal velocidad hasta que alguien me dijo que habíamos pasado las ochenta millas.

Stapert tiene veintinueve años. Ganó el campeonato internacional amateur en el año 1924, antes de hacerse profesional. Su mejor record es de 129 palabras de cinco sílabas por minuto, y esto durante una hora.



LOS ASIENTOS DEL NUEVO DE SOTO AERODINAMICO están contruidos en acero con un baño especial de cromo. La colocación de los mismos ha sido hábilmente dispuesta para facilitar la acción del que maneja.



sajeros, constituyen una originalidad en el arte de la carrocería.

En ellos, el asiento suplementario cierra sobre los costados del coche, y permite el transporte de equipajes en el departamento trasero.

Ayuntamiento de Madrid



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¡Estoy abrumado, amigo mío! La equivocación del miércoles pasado destrozará por completo mi crédito de sabihondo. ¡Maldición!

—Vamos, vamos, serénele usted; la cosa no es para tanto.

—¿Le parece poco haber confundido *Papirusa* con *Caimanes*? ¿Qué va a decir de mí la Enciclopedia Espasa en el apéndice que me dedica?

—¿Tan importante ha sido el error?

—¡Terrible! Figúrese usted que, al hablar de los planes artísticos que desarrollarán en Eslava Pepita Díaz de Artigas y Manuel Collado, dije que el clou de la temporada sería *Papirusa*.

—¿Y qué?

—Que *Papirusa* no será clou de la temporada de Eslava.

—¿De cuál entonces? Porque *Papirusa* no tiene más remedio que ser clou de alguna temporada.

—De la que en el Victoria llevarán a cabo Irene López Heredia y Mariano Asquerino.

—¿Entonces, Pepita Díaz y Manuel Collado no tienen obra de los señores Navarro y Torrado?

—Claro que sí. ¡Hasta ahí podían llegar las equivocaciones! Una comedia, que aun teniendo idénticas calidades dramáticas que *Papirusa*, se llama, sin embargo, *Caimanes*.

—¿Buena?

—Amigo mío, la interrogación ofende. ¡Bonísima! No hay más que ver el título.

—A propósito: ¿Cuándo debuta la compañía Artigas-Collado?

—Pues verá usted, los planes de esta inteligente pareja de actores hubieron de variar hace algunos días.

—¿Razones?

—La comedia de don Jacinto Benavente.

—¿Que al fin llegó?

—Justamente; llegó a manos de Pepita y del señor Collado con tiempo de poder asentar sobre ella los pilares de la temporada madrileña. Para los mentados comediantes era cosa fundamental prestigiar sus carteles con un estreno de don Jacinto. Y ya lo tienen: *No juegues con esas cosas*.

—¿Título simbólico?

—A lo mejor...

—¿Y se presentarán con esta comedia en Madrid?

—Si así no fuera, la estrenarían inmediatamente.

—Acerque usted la oreja.

—¿Para qué?

—Para comunicarle un secreto: En cierto teatro—a pesar de mi irresponsabilidad quiero ser discreto—con empaque de aristocracia hay parsimonias inquietantes al cumplir los designios rigurosos de la aritmética.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que los sueldos más importantes de la compañía se abonan casi siempre cuatro o seis fechas después de los días de nómina.

—¿No será una galantería de la Empresa para distinguir así a las primeras figuras de su elenco?

—Tal vez; pero le doy mi palabra de honor que las primeras figuras declinarían gustosísimas esta gentileza.

—Hombre, ¿no sabe usted...?

—¿Qué?

—Lenormand, el gran Lenormand, también ha pasado sus horas amargas, como cualquiera de nuestros escasísimos dramaturgos inteligentes.

—¿Qué me dice!

—Lo que oye, amigo mío; Lenormand, puntal firme de las nuevas orientaciones del teatro universal, terminó de escribir su última obra, *Crépuscule du théâtre*, y vivió días de dolorosa decepción al comprobar cómo los directores artísticos de los coliseos parisienses hacían el vacío más cruel a su producción, so pretexto de que era perjudicial para el teatro.

—Por lo visto, también en los "cerebros del Mundo" se cuecen habas de estupidez.

—Por lo visto. Y ello puede ser un consuelo para los actuales potajes dramáticos españoles.

—Pero *Crépuscule du théâtre* llegó a estrenarse...

—Sí; gracias a la inteligente valentía de René Pocher.

—¿Y qué?

—Un éxito literario y económico magnífico. ¡Si la habían rechazado diez o doce directores de compañías!

—¡Pleito a la vista!

—¿Dónde?

—En el Ideal.

—¿Pues qué pasa en el Ideal?

—Superficialmente, nada; pero en el fondo... ¡Menuda hay armada entre la Empresa del teatro y la de la última compañía lírica que allí actuó!

—¿Causas?

—La existencia de un contrato.

—¿Y la existencia de un contrato puede ser motivo de un pleito?

—Naturalmente. Para que nazca un pleito lo primero que se necesita es que exista un contrato en el que apoyar la reclamación judicial.

—Pues tiene usted razón... ¿Y no tendrá arreglo la cosa?

—Posiblemente, sí. Tal como están los asuntos teatrales actualmente en España... ¡ni los pleitos pueden prosperar!

—Hace algunos días, *Heraldo de Madrid* publicó una extensísima encuesta sobre temas teatrales. ¿La leyó usted?

—¿Cómo no? Yo leo siempre cuanto se escribe relacionado con el teatro: es mi pasión.

—¿Y no se emocionó?

—Le juro a usted que no.

—Pues no me lo explico. A ella respondían todas o casi todas las figuras eminentes de la escena española. Y ¡hay que ver las cosas que de-

cían! Porque no me negará usted que en cualquiera de las respuestas aludidas había material sobrado con el que reconstruir los perdidos fueros de nuestro teatro.

—Eso sí; es cierto. Y tengo la esperanza de que esa encuesta pueda servir a algún ministro de Instrucción pública y Bellas Artes para documentarse sobre las inquietudes dramáticas de nuestros comediantes y abordar el problema de la decadencia del arte teatral.



F E D E R I C O



Y E R M A

EN EL

ESPAÑOL



F E D E R I C O

G A R C I A

L O R C A

En el año 1848, y en un prefacio a las obras de Calderón, todavía Hartzenbusch tocaba esta zampaña: "En la jerarquía poética, el primer puesto pertenece a lo épico; el segundo, al cómico, y el tercero, al lírico." Y es que cuando estas palabras fueron estampadas, el romanticismo estaba todavía verde en España, no tanto como teoría, sino como legitimidad sentimental cómodamente compartida. Privaban la inercia de las inmovilidades clásicas; norma y canon; armaduras y cinturones de castidad para las formas; áreas bien determinadas, y mucho cuidado con sacar el cuello por entre las rejas de la Preceptiva—que aún era Retórica y Poética—y ponerse a desgañar gritos y novedades. Pero, al fin, el romanticismo acabó por encaramar los pájaros encima de la jaula, y todo el aire nuevo se pobló de venturosas anarquías, que dieron por resultado final una nueva jerarquización, con la subsiguiente higa a los popes letrados, y una dictadura lírica, sin permiso de nadie. La epopeya se convirtió en retaguardia, como convenía a un tiempo de alcobas y levitones, y se puso a hablar en prosa por la ancha boca de los novelorios. Y el teatro y la lírica se amancebaron en fecundo connubio que aún nos perdura a pesar de las paparruchas de las obras de tesis, de los cuadros de historia y las inocentes evasiones a un supramundo de extranjis, imitado de extinguidos Maeterlinks o de maniáticos burgueses, vendimiados de las barbas de Ibsen.

Distinguimos dos torrentes líricos, ignorados en la geografía crítica de los clasicistas. Dos brazos de aquella cuantiosa riada romántica: uno se nos hizo imaginaria, cacharros relucientes de la metáfora, pura autonomía de la palabra-color (superando o, simplemente, diferenciándose de la palabra-sonido, matiz y alusión del simbolismo), que aspiró, como los otros cristales y cerámicas, a ser arqueología desde el punto mismo de nacer. Y el otro brazo, sostenido a puro esfuerzo nórdico—y de esto ya hablaremos con calma y oportunidad—, el otro brazo aprisionó en su carne caliente, en su ner-

vio sensible, la corriente viva que sale del corazón y anima, es decir, da alma y es materia-vehículo de alma.

La evolución natural de esta lírica exigente, el desemboque final de esta torrentera es el ancho estuario del teatro, y debe serlo. El lírico animado, con ánima, con alma, juega primero con símbolos antropológicos de su particular invención, que saca del vientre de trapo de las palabras. Pero terminará, si es de ley, hincándolos en la carne del corazón vivo de verdaderos seres vivientes.

Entonces acontece que los versos se ponen de pie, se truecan en gente—y, por veces, en cada uno de nosotros—y hablan para la gente con palabras que todo el mundo lleva desde siempre en la caracola de sus oídos de carne.

Federico García Lorca, cuando dejó de ser tierra y anduvo jugando a ser teoría, estuvo a perderse por estos andurriales. El viaje era en la góndola de asfalto de los modos y las modas. De su viaje por los turbios meandros surrealistas trajo una cosecha confusa, en la que él resplandecía de vez en cuando, pero destinada a los irremediables sepulcros de los cajones autocríticos de esa mesa voraz y discreta que todos, gracias a Dios, tenemos. "El público" y "Así que pasen cinco años" fueron la discontinuidad inédita, y la continuidad estaba en "Don Perlimplín, con Belisa en su jardín". "En la zapatera prodigiosa" y en las "Odas", anchos escenarios también y grandes teatros del mundo, con un solo hombre o un solo dolor en medio. Pero el torrente donde remansó por vez primera su ancho caudal lírico fué en "Bodas de sangre", donde los símbolos rompieron a hablar sin titubeos, aunque con rosas, con duro acento humano. También el gran americano, cabalgando en los arcos de su puente ("The Bridge"), desembocó en las selvas y en los puertos astrosos y en las tabernas tatuadas, donde los versos están también de pie, van y vienen fumando su pipa, sufren, aman, rien, lloran y reventan, y sólo la muerte pudo impedir su llegada inminente a la escena.

"Yerma" apareja una madurez. Casi diría más una madurez moral, de disposición ética ante el arte, que estética o madurez de lo accesorio. De todas formas, eliminación de superfluidades. Lo implícito de la forma, ya superada y sin el esfuerzo visible del trance. "Yerma" es el alarido sin episodios; un grito telúrico donde los hombres, ya descarnados del símbolo, no son sujeto, sino objeto. El drama va a cumplir su sino atropellando todo.

Madurez anticipada quizá o demasiado antigua—y esto tiene que ver con lo circunstancial de la representación, y no con lo substantivo del poema—para sintonizar con estos públicos, macerados en vacuidades mantecosas, en colores coloraos con criadas filósofas, vilipendias de salón, falsos glebarios de guardarropía, "hábilas situaciones", gárgaras de lo bonito para oídos fáciles, y luego, a embozarse y a roncar. "Yerma" es todo lo menos eso que puede ser, a Dios gracias.

Apunta la tragedia, antes de hablarse, en los extraviados silencios de una mujer que acaricia lienzos que nunca han de latir con la carne dispersa del hijo. Ella es todo. Los escenarios se suceden en torno de ella y las gentes, en adecuado ritmo de "orchestra", como en las tragedias-molde de la primavera del mundo. Dios aprieta, pero no afloja, para que el destino no halle la curva donde el drama pueda echarse a descansar. Ningún personaje tiene nombre, y ella tiene el de su dolor, porque todas son fuerzas coadyuvantes que rompen su penacho de ola contra ella, que es seca cima, de entrañas mudas y conscientes. El crescendo sube, partiéndose las manos en las anfractuosidades líricas, algunas de tan alta belleza como el "scherzo" de las lavanderas, que se empalma a la acción por medio de un somero gesto obscuro de dos personajes que no hablan. (Y es aquí donde García Lorca enseña a hacer teatro a "los del oficio", que sonríen dadivosamente ante las "audacias" del poeta.) Y al final, el do de pecho homicida, las uñas y los dientes que buscan la vena tacaña que no quiso hacerse carne de hijo, perpetuación, en la sangre del hijo.

¿De qué sirven los criterios habituales para enjuiciar obra tal? Es el arte en novedad quien

Y E R M A



Escena del primer acto.

segrega su propia normativa. ¿Qué sabemos de esto? García Lorca canta aquí fuera del pentagrama: se ha salido, venturosamente, de tono, y el diapason habitual no contiene la vibración que sirva de punto de referencia a su módulo intuitivo. La obra ha sido principalmente bien enlazada por el pueblo-pueblo, por el que no tiene el ánima llena de cascotes, acolchonada y defendida contra todos los posibles asombros que no estén exactamente "programados". Nos explicamos cabalmente las espeluznas y falsos rubores de alguna prensa que, por lo visto, no conoce las prosas del Antiguo Testamento...

¿Y los intérpretes? Si hiciésemos crítica profesional tendríamos que hablar de ellos, y diríamos que la señora Xirgu—a quien veíamos por vez primera aquella noche—llega hasta la hondura de su rol, en cuanto se olvida de estar en su rol de "actriz ilustre". Entonces, su acento es adecuado, y la dirección de García Lorca halla su plasticidad casi exacta. El resto de los actores, sometidos a los resabios de este resabiado teatro de España, uno de los peores del mundo en la hora actual, sin ningún género de duda. Agradecemos su sobriedad al Sr. López Lagar en el papel de "Juan", y al Sr. Alvarez Diosdado en su "Víctor", un poco demasiado ausente, tal vez. Y su buena intención estudiantil al Sr. Guitart, en "Macho". Y un aplauso sin regateos al conjunto de lavanderas, que han hecho cuanto han podido, y han podido mucho.

Fontanals, el escenógrafo... Bueno, ya se hablará de Fontanals con la holgura que le es debida.

Y E R M A



Escena del segundo acto de "Yerma".

Ayuntamiento de Madrid

E.

B.

A.





CONTROL

CINEMATOGRAFICO

## Cine

Por GABRIEL GARCIA ESPINA



## Reverencia

al

## "Cameraman"

Desde los primeros pasos del cine, hasta nuestra época, pródiga en frutos maduros y jugosos del arte del siglo, fueron encaramándose sucesivamente, en los primeros rótulos explicativos, los nombres de gentes diversas del cine. Primero los actores. Primero y durante mucho tiempo, porque aquellos figurones absorbían para sí, concretamente, los escasos metros de celuloide destinados a la parte expositiva.

Esto duró mucho tiempo: todo el tiempo invertido por el cine en dejar de ser un pasatiempo, el penoso interregno consumido poco a poco en la noble tarea de convencer a la gente de que aquello era algo. Después, al final de esta etapa educadora, y como feliz resultado de la extensa jornada pedagógica, comenzaron a asomarse a la pantalla, mezclados con otros muchos, los nombres de unos caballeros que figuraban allí con el calificativo de "director". La gente, al principio, no se daba cuenta. Ni le interesaba mucho tampoco. Pero ha llegado un momento en nuestros días ya, de franca exaltación, muy justa además, para los cerebros que presiden la realización de un film. Ahora nos fijamos muchas veces, y antes que en ningún otro nombre, en el del director.

Sin embargo... Todavía no se le ha dado la enorme importancia que tiene al personaje, muchas veces anónimo, que está detrás del tomavistas: al que fué hombre de la manivela en los tiempos heroicos del cine, aunque ahora haya sustituido aquella profesión de organillero con la más perfecta de controlar el automático aparato de impresión.

El estilo de una obra en el cine depende tanto del valor gráfico de sus imágenes como del ritmo creador que la inspira. Por eso el maestro de la luz, lo mismo en el estudio que en los exteriores, no es el director, sino el cameraman.

Después de asimilar el criterio del *regisseur*, es él quien manda en los reflectores y dosifica la iluminación del ambiente, determinando los contrastes y organizando los juegos sutiles de las medias tintas y de la penumbra. Este arte, a la vez de creador y de intérprete, requiere sobre todo un conocimiento profundo de las posibilidades de la técnica; pero tampoco se concibe sin una inteligencia pronta a adaptarse a las imperiosas necesidades de los asuntos, a menudo ingratos, y sin una sensibilidad exquisita de las que no suelen adquirirse.

Es injusto, pues, el anonimato de la mayor parte de los *cameramen*, cuyos nombres debieran ser exaltados siempre hasta la vanguardia luminosa de sus grandes obras. He aquí una zona casi virgen en la geografía del cine. Hay que fomentar "expediciones científicas" para descubrirla y explorarla, logrando como se pueda el conocimiento de cada uno de los grandes maestros operadores de España y América, cuya celebridad no rebasa casi nunca las reducidas fronteras de su propio mundo cinematográfico.

El Perineal de *La sangre de un poeta* y *El millón* y de los grandes films históricos de Alejandro Korda; el Tissé de las obras maestras de Eisenstein; el Lee Garmes de *Sublevación en el Zoo*; el Rudolf Matté de *Lillion*; el Planer de *Liebele*; el Kruger de *El lago de las Damas* y otros, que no recordamos en este momento, merecen algo más que una sencilla mención en el anuncio breve que precede a sus películas.



○ "ALTO".—Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO".—Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA".—Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *El Pelirrojo*.—Excelente película. El hondo drama está tratado por un director hábil y de sano concepto de los problemas humanos. En la interpretación, basta decir dos nombres: Bauer y el niño Lynen, el admirado intérprete de *El pequeño rey*. Fotografía en todo momento interesante.

○ *Voragine*.—Es de lo mejor que hemos visto en documentales. Un resumen objetivo y siempre sugestivo de la vida norteamericana desde 1917 hasta 1934. Es una crítica acerba contra los grandes vicios de los Estados Unidos, para proclamar luego, veladamente, el nacimiento del espiritualismo a través de la figura de Roosevelt.

○ *La isla del tesoro*.—Película espléndida para chicos y grandes. Jackie Cooper, Wallace Beery y Lionel Barrymore, en los papeles principales. Fotografías de gran belleza, dirección acertada. Las reconstrucciones, de fidelidad absoluta. Es de las pocas veces en que el cine norteamericano se ha ajustado al original.

○ *Sucedió una noche*.—Uno de los mejores sucesos puramente cinematográficos de esta temporada. Gracia y dinamismo por todas partes. Claudette Colbert y Clark Gable llevan sus papeles con inimitable personalidad. Franz Capra tiene en esta película uno de sus mejores logros.

○ *Guerra de vals*.—Traemos aquí este nombre, aunque ya no es muy nuevo, para significarle respetuosamente nuestra devoción. Es un buen modelo de película musical. Uno de los mejores en su género. Si ustedes no le vieron aún, por ahí le tienen, fragante como el primer día, en esas salas de reestreno, innumerables y felizmente prósperas, aunque "rabien" un poco los solemnes locales de nuestro Broadway.

○ *El último vals de Chopin*.—Buena película en todas sus dimensiones. Admirable interpretación, y música... de Chopin. Es posible que el ambiente desenvuelto en el film tenga cierta textura circunstancial. Esto suele suceder en casi todas las películas de "época", y no es un grave pecado cuando el conjunto armónico reúne, como en este caso, tantas bondades. La dirección, de Geza von Bolvary, excelente.

⊕ *Volga en llamas*.—Un film de Tourjansky que no es, ciertamente, todo lo que debió ser. Lentitud y hasta casi premiosidad en algunos momentos. Nada nuevo, en general. Interpretación discreta. No es una mala película, pero tampoco lo es buena. En fin, ustedes ya comprenden...

● *La Dolorosa*.—No nos ha gustado. Y casi nos atrevemos a asegurar que no nos gustará nunca ninguna zarzuela injertada al cine. El hecho de que una partitura musical determinada sea popular o ilustre no basta para justificar una película de este tipo. Creemos, por otra parte, que el film es comercial y que dará dinero. Y esto, de por sí, ya es interesante...

○ *Crisis mundial*.—Una buena película española, graciosa y bien resuelta. No queremos ponerle peros. Parece que, paso a paso, va saliendo de su marasmo el cine español. Nos alegra mucho el poder decir esto.

○ *Las cuatro hermanitas*.—Katherine Hepburn interpreta su papel en este film de manera portentosa. Sólo por ello es recomendable la película, que tiene, además, otras magníficas cualidades.

● *Noches moscovitas*.—Granowsky, el ex director del teatro judío de Moscú, realizó esta película sobre el asunto de una novela inédita de Pierre Benoit. Algo irregular ha sido el resultado como cine, dentro siempre de un decoro estimable. El pie forzado del asunto literario de Benoit, seguido con demasiada fidelidad por la cámara, habrá tenido la culpa.



## "Sin familia".

La famosa obra de Héctor Malot ha sido llevada a la pantalla por Marc Allegret, teniendo como protagonista a Robert Lynen, el niño artista genial creador del *Rey niño* y del *Pelirrojo*. Le secundan artistas tan famosos como Vanni Marcoux, Dorville, Berangere y Madeleine Guitty.

## "La pimpinela escarlata".

Se acaba de filmar en Londres, bajo la dirección del gran artista Alejandro Korda, la famosa novela de la Baronesa de Orczy, que hace ya tiempo fué llevada a la escena, donde logró un éxito

## "SIEMPRE EN MI CORAZON"



Barbara Stanwyck y Otto Kruger en una escena del film "Siempre en mi corazón".

inmenso. Sus principales personajes están incorporados por Merle Oberon, Leslie Howard, Raymond Massey y Nigel Bruce. Como la *mise en scène* ha sido llevada a cabo con todo lujo de detalles, el éxito de esta película puede darse por descontado.

## La pareja ideal del cinema.

En un concurso celebrado últimamente en Francia para elegir la pareja ideal designada por mayoría de votos, han sido triunfadores, en primer lugar, Jean Murat-Annabella; después vienen, por orden: Henry Garat-Janet Gaynor; Maurice Chevalier-Jeanette MacDonald; Charles Boyer-Florelle, obteniendo Clark Gable-Joan Crawford el octavo lugar y John Barrymore-Greta Garbo el oncenso.

Sin duda, la seducción de Barrymore es menos accesible a las aficionadas al cine que la de Jean Murat, y tal vez la mayoría de los hombres prefieren la juventud y el encanto de Annabella al atractivo morboso de Greta Garbo.

## Viaje a Hollywood.

El famoso director-actor Willy Forst ha firmado un contrato con la Universal, comprometiéndose a dirigir un film para esta Casa el año actual. También ha sido contratada por la misma

## "EL ARRABAL"



George Raft, Jackie Cooper y Wallace Beery, excelentes intérpretes de la película "El Arrabal", de próximo estreno en Madrid.

Empresa, Paula Wesseley, que se hizo famosa con su primera película *Mascarada*.

## Un film Anny Ondra y Max Schmeling

Están filmando ambos conocidos personajes una película, cuyo título no se ha dado aún a conocer y en la que figuran los dos como protagonistas.

## Futuros planes de Lilian Harvey.

Según comunican de Londres, Lilian Harvey ha firmado un contrato con la Columbia. Representará el papel principal femenino de *Siempre caballero*.

## Invitación al vals.

Después de los films sobre episodios de la vida de Schubert y Chopin, se está rodando actualmente otro sobre el famoso músico alemán Carl Maria von Weber. El argumento es el siguiente: La joven actriz Carolina Brandt ha sido contratada por el compositor Carl Maria von Weber para su teatro de Praga, y hace despertar los celos en la hasta entonces primera actriz de dicho teatro, Teresa Brunetti. Weber está enamorado de Carolina; pero ésta, que sabe que la Brunetti, con su gran influencia, puede ayudar a Weber en su carrera, renuncia a su amor y huye misteriosamente: no quiere estorbarle en su camino. Su sacrificio se ve recompensado, pues Weber, por su amistad con la Brunetti, es contratado para Dresde, donde logra un éxito inmenso. Durante un concierto que da Weber en Zwinger, descubre a Carolina entre los espectadores. Ambos se dan explicaciones y reanudan su amor.

## El barón de los gitanos.

La Ufa está rodando actualmente, en Neubabelsberg, dirigida por Karl Hartl, esta famosa ópera de Johan Strauss, cuyos principales intérpretes son: Adolf Wohlbrück (no olvidemos su creación en *Mascarada*) y Gina Falckenberg. Será un trozo real de la vida romántica y ardiente de los gitanos de Bohemia, con sus danzas típicas, las zardas, sus vestimentas pintorescas y sus costumbres.

## El club del abanico.

Bajo este título se ha fundado en Hollywood un Club, del que son miembros principales las artistas siguientes: Jean Harlow, Mae Clarke, June

## "PADRE DE MICKEY"



Walt Disney, el genial dibujante norteamericano, "padre" de Mickey y autor de todas esas maravillosas películas de dibujos, que son la mejor gloria del cinema en nuestros días.

Clyde, Ginger Rogers, Norma Shearer, Bette Davis, Francis Lederer y otras.

## Regalos que han recibido algunas artistas de Hollywood.

Claudette Colbert: Un retrato de ella, hecho totalmente con alas prensadas de mariposa.

Ginger Rogers: Una proposición formal de casamiento de un potentado persa.

Victor MacLaglen: Un huevo de dinosaurio que cuenta un millón de años.

Gloria Stuart: Una estatuilla de Mahatma Gandhi.

Richard Dix: Una perrera, copia exacta de su propia casa.

## La "vedette" en el cinema

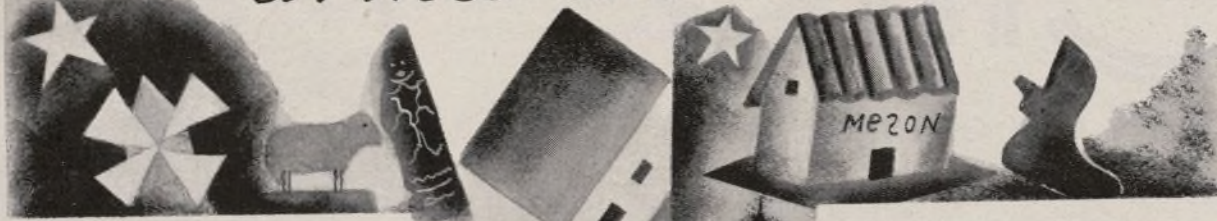
Son las ocho. Cada uno está en su puesto. La decoración representa una buhardilla de Montmartre. Sólo se espera a la "vedette" para "rodar" una de las primeras escenas del film: la seducción de la modistilla. A las once llega, por fin, en traje de noche, acompañada de dos galgos, seis periodistas y su doncella. La pobre creía que iban a "rodar" el desenlace. No se va a decir que una "vedette" se entere en la tablilla la víspera, como un "modesto empleado cualquiera". Un silencio de muerte reina entonces en el Estudio. El director, lívido, se ha levantado de su asiento. ¿La estrangulará?

La "vedette" sonríe a derecha e izquierda, ofrece bombones a los maquinistas, a los electricistas, a todo el mundo.

El director la besa la mano, y con voz imperceptible la pregunta si ha descansado bien...



# Relato verídico con moraleja Alejandro Lerroux y García arma un belén



Que un político arme un belén no es cosa que pueda extrañar a nadie. Entre las obligaciones del más modesto político rural entra ésta, y la suelen cumplir todos con escrupuloso sometimiento a tan estrepitoso designio.

Alejandro Lerroux y García era un chava andaluz, grandote y peleador, que vivía en Madrid hace cincuenta y tantos años y que tenía unos hermanos más pequeños, a quienes, además de algún "cate" fraterno, suministraba todas las Navidades la alegría milenaria de festejar el nacimiento del Hijo del Hombre.

Parece que no andaba muy bien la pecunia en casa de Alejandro. Ni siquiera los cuatro cuartos para comprar unas figurillas de barro en la plaza de Santa Cruz podían distraerle de la faltriquera materna. Entonces, Alejandro se daba grandes garbeos de espectador frente a los puestos adorables de la plaza madrileña. Había aprendido a distinguir perfectamente los matices de calidad de las inefables creaciones, del arte popular. Sabía que las figurillas murcianas y las de Almería eran las mejores: una tradición de buena imaginería religiosa—y esto lo supo Alejandro más tarde—tenía la culpa de esta preferencia.

Alejandro tomaba nota, y luego, en su casa, con cartón y barro, hacía "tías Gilas", y "Batos", y "Salicios" y "Nemorosos". Los "peques" le contemplaban como a un pequeño dios que, a cambio de unos cariñosos coscorriones, les suministraba aquella primitiva representación del Gran Misterio de paz, de igualdad y de fraternidad. Reyes y pastores, princesas de Oriente y lavanderas, caminaban bajo el signo de la estrella hacia el Portal. Luego, Alejandro,

a quien le nacía un bozo, proyecto de gran mostacho, dirigía, con su incipiente voz baritona, unos villancicos:

*No sé si será el amor,  
no sé si serán tus ojos,  
que cada vez que te miro  
me pareces más hermoso...*

Pero a Alejandro le ocurrió una pequeña catástrofe "geológica". Las rocas del nacimiento eran de papel de estraza. Sobre esta entraña tan liviana había asentado su pequeño mundo.

Y el musgo sudaba de su entraña vegetal un rocío oleoso, que ablandó la frágil estructura. Una mañana, Alejandro vio que se había subvertido el orden de las cosas. La armónica fraternidad de reyes y pastores, princesas y lavanderas, que caminaban tan en paz hacia la Verdad y la Vida, era un conjunto anárquico. Yacían los castillos; la lámina de papel de estaño, que simulaba un río, había inundado la cima de un monte. Todo andaba de cabeza abajo, y el Niño Dios tenía la carita muy triste y manchada. Alejandro se desoló. También se había derrumbado su prestigio ante los pequeños. Alejandro lloró y pensó... Porque era un muchachote que le había visto a la vida muchas aristas amargas.

Don Alejandro Lerroux, árbitro hoy de los destinos de España, sabe, desde entonces, desde hace más de medio siglo, que nada se puede levantar sobre estructuras livianas, que nada se puede montar precipitadamente. Sabe que la entraña de un monte tiene que ser de roca, para que se tenga, y que la entraña de un pueblo tiene que ser de siglos, para que se yerga.

DIBUJO DE ESPLANDIU



## CON EL MEDICO

Por el Dr. FERNANDEZ CUESTA

### El peligro de los espectáculos para la salud de los niños

No hay en el mundo un ser más débil, más a la merced de cuanto le rodea y que necesite más cuidados que un niño.

ROUSSEAU.

El médico, y sobre todo el higienista, está obligado, por imperativo de una profesión elegida libre y voluntariamente, a velar por el normal desenvolvimiento de la salud de los niños, en la medida de aquellas fuerzas que, por exigencia de un conocimiento que no puede excusarse y menos pretextar ignorancia, constituyen los medios defensivos contra el ataque de los elementos extraños que, solapadamente, esperan el instante propicio para disminuir las reservas orgánicas y ya, en un plano de evidente inferioridad, ganar el baluarte de la delicada economía infantil y producir en sus mallas sutiles la etiología de la enfermedad, final de una serie de fenómenos latentes, puestos de manifiesto al encontrar abonado terreno, para exteriorizar el padecimiento que debilita y consume.

Estos fenómenos, que el higienista debe prever en evitación de su llegada, forman la legión de enemigos que el

dica y violenta el desarrollo psíquico y somático de los niños.

No es descubrir nada nuevo si decimos que, en general, la vida de los pequeños transcurre en un medio nocivo y atentatorio para su salud: cuando no son las transgresiones alimenticias las que ponen en peligro su existencia, son los consejos de parientes y amigos, que *siempre saben más que el médico*; cuando no se pretende imponer métodos curativos fantásticos o remedios de taumaturgia



en el tratamiento de una afección, surgen indefectiblemente las comparaciones con *este o aquel caso* que sanó sin necesidad de médico ni auxilio de farmacia.

Así viven los chicos, en este ambiente disparatado y absurdo, dirigido y fomentado por los mismos que después, ante la catástrofe ya inevitable, se lamentan y lloran lo que nunca debieron llorar.

"La risa es salud, y los niños deben reír siempre", ha dicho Gautier.

Este prologuillo intrascendente nos lleva, de manera insensible, al comentario triste que sugiere la presencia de los niños en los espectáculos. El cuadro que se muestra, con toda su ingenua alegría, a la contemplación del higienista y del médico no puede presentar más facetas patológicas ni matices más distintos de una indudable gravedad morbosa.

Los niños en los espectáculos—concretados éstos a los que tienen lugar en locales cerrados y mefíticos—son, de modo evidente, receptores magníficos para toda clase de enfermedades. Negar este axioma, dictado por la práctica, sería negar la esplendorosa luz del sol. Nada hay más perjudicial ni que produzca más víctimas en el delicado orga-

nismo de una criatura que la permanencia durante dos o tres horas en aquella atmósfera viciada por el ácido carbónico y saturada por los productos de combustión de mucha gente reunida. Nada que más disponga a la debilitación fisiológica de una economía de por sí, y por ley natural de organización, apta a la rápida captación de cualquiera de los muchos agentes causales de trastornos patológicos, que la reacción eléctrica de origen nervioso que altera el funcionamiento normal del cerebro y la contextura de sus células. Pocas cosas más nocivas para el necesario equilibrio indispensable para existir que la privación de los impulsos naturales a que se obliga a los chiquillos durante el tiempo del espectáculo.

Los niños, en aquellos lugares de *recreo*... para los padres, no obtendrán ninguna enseñanza provechosa ni acorde con sus edades. No obtendrán tampoco nada que sea beneficioso para su salud, y casi siempre—por no decir siempre—la final resultante no será otra que la adquisición de una enfermedad producida por cualquiera de los muchos factores que, directa o indirectamente, contribuyen a causarla.

Posiblemente alguien juzgará mis palabras en exceso pesimistas y exageradas. Cada uno es dueño de opinar y juzgar a su manera. Mi obligación es escribir claro y aconsejar higiénicamente, porque lo cierto es que nada perjudica tanto a la salud del niño como esos espectáculos conceptuados inocentes y en los que el peligro está principalmente en las circunstancias que tiene que rodearse por razón de su misma existencia.

Voces de alarma, repito, son mis palabras para quienes, con la mejor intención, pero con la más supina ignorancia de lo funesto de sus consecuencias, llevan sus hijos—a los



que de tantos peligros hay que apartar siempre y en todas las épocas de su niñez—al lugar donde muy poco provecho higiénico han de obtener.

De la infección y el contagio no les salvará la peregrina teoría, tan española, de la "buena fe". Para evitar a los pequeños las muchas complicaciones del variado cuadro clínico de la patología infantil, no puede bastar la disculpa del cariño que se les profesa. Sería absurdo y lamentable. Porque, en el fondo, los niños a los espectáculos van para satisfacer una ridícula vanidad de los mayores.

El cambio brusco de temperatura que forzosamente han de sufrir al salir a la calle es uno de los peligros que acechan a las criaturas. Este, desde luego, con ser grande, puede en parte disminuirse o evitarse. Pero ¿cómo se evita que el niño, durante las horas del espectáculo, respire mal, en un ambiente de mefitismo, escaso en oxígeno y saturado por la natural hiperreacción de muchas personas? ¿Cómo impedir que un cerebro, más susceptible que en ninguna otra edad a las emociones, esté en una verdadera tensión nerviosa y funcionamiento anormal durante un tiempo excesivo, en aquella atmósfera viciada y enrarecida?

Esos *magníficos colores* que ofrecen a vuestro orgullo de padres los niños en los espectáculos, ¿no habéis pensado nunca puedan ser un estado de salud artificial, congestiva y falsa, trágico *preludio* de una invasión pulmonar que acecha traicionamente?

No querer comprender esto y muchas cosas más que podría escribir como derivación de estas líneas, es pretender vivir a espaldas de la realidad patológica infantil con todas sus terribles consecuencias.

No olvide nadie la afirmación, aparentemente monstruosa, pero que encierra una gran verdad, dictada por la plena consumación de hechos, de los que el médico tiene que ser testigo de mayor excepción: "¡La mitad de los niños que se mueren no deben morirse!"

La tristeza de la práctica cotidiana carga mi estilografía con tinta de pesimismo.

Y a los niños, desde que nacen, hay que proporcionarles las mayores alegrías. Y no puede haber alegría sin salud, ni salud sin higiene.

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



niño encuentra en su camino por la vida, y que acechan la existencia de las criaturas. Los que vemos a los pequeños como algo más que muñecos de distracción y adorno estamos en el deber de dar la voz de alarma, para hacerla llegar hasta los lugares de la ignorancia y el cariño mal entendido; a esas zonas donde, por absurda incompreensión de lo que debe ser una racional crianza infantil, se hace, de manera y modo lamentables, cuanto más perju-

Ayuntamiento de Madrid





va, en una colina que servía de intérprete del suelo con el cielo siempre azul de Malaya, un templo. Es una iglesia de piedra, cuya simple estructura y dimensión tiene una magnitud de símbolo que emociona—aun hoy—a tantos siglos de camino andado. Es el primer gran puesto que en aquella parte del mundo asienta, no ya una raza, sino toda una futura armonía continental. Los portugueses son la representación del Dios Blanco en aquel escenario virgen de la selva malaya. Primeros intérpretes de todas las gestas subsiguientes.

Pero las envidias cortesanas minan el pedestal del capitán inmenso. Y Albuquerque baja. Pero en su declive lo acompaña su patria. Y a Portugal suceden, en las indagaciones de mar y tierra de aquellas latitudes, los holandeses, que, repuestos ya del dominio español, comienzan a fijar en las proas de sus naves los vigías de nuevas tierras. Y así, se apoderan de Ceylán. Luego de Malaca.

Los dos virreinos portugueses con que se divide en 1560 su potencia colonial caen en manos de Holanda. Y se tiñe, en bermejo cielo, mar y tierra para los grupos malayos. Una desgracia aqueja a la península y los archipiélagos adyacentes. Es que "La Compañía de las Grandes Indias" sella en sangre—en sangre aborigen—la posesión de sus dominios.

Los holandeses estampan sobre el verde de la selva el rojo de ladrillos sin revoque de sus edificaciones: un fuerte amplio y severo, con sobriedad holandesa y mala entraña de accionista de "La Compañía de las Grandes Indias". Pero allí quedan, muy por encima de los nuevos tejados, los muros, que el musgo comienza a dignificar, levantados por el tesón, la intuición y la voluntad ejecutante de Albuquerque. Es un fuerte con grandes ojos abiertos por la metralla; por ellos mira al mar y la falda de la colina en que se apoya. Tuvo un sombrero, y también lo voló la batalla. Pero hasta él bajan en las noches redondas nubes, que lo cubren suavemente, como algodones encargados de la custodia de una reliquia.

Pero la Peste Blanca tiene un pecho de goma, que se dilata y dilata y, por más aire que aspira, sus pulmones piden más. Y es entonces cuando Inglaterra resuelve que sea hora de despojos. Y en quites, botes y rebotes, se queda, entre dos lunas llenas, con lo que tenía Holanda.

¡Ah Malaca, mansa ciudad que me tendiste una luna tan decorativa como un farol chinosco! Tu suerte es la de otras grandes ciudades del mundo grande a quienes Moloch se les acercó para adoptarlas y exprimir las. Los ingleses arriaron un pabellón. Pero no derrumbaron las casas de Holanda. Y mirando a la playa y cobijando a las furtivas parejas nocturnas, las piedras enclavadas por Albuquerque seguían en la cima de la mayor colina.



Barrio chino de Malaca.

Después de Calicut y Goa, cuando hubo acorralado a los moros y asentado su genio sobre el emporio de Ormuz, Albuquerque dirigió sus miradas hacia la milenaria ciudad malaya donde los musulmanes habían enclavado la estación de todo tráfico entre los dos mundos de Oriente y Occidente. Allí estaba la ciudad de Malaca, de la cual cantó asombros Marco Polo al describir su potencia mercantil, lograda por los buenas mercedes de las especias, almizcle y piedras preciosas. Asomada sobre la playa mejor tendida del estrecho estratégico en la navegación de Este a Oeste y viceversa, Malaca era el emporio interior de la India. Marco Aurelio y Comodo hablan de ella en una ley que figura en el *Digesto*, y bien que habían de mencionarla siempre que en los labios de los occidentales que proyectaban hacia Oriente su gran aventura racial se planeaba un magno gesto. Así, tocóle en suerte a la más grande personalidad portuguesa del tiempo aquel en que Portugal rivalizaba con España en tender por la esfera geográfica la noble codicia de horizontes de sus navegantes y capitanes, Albuquerque, tener—y obtener—su posesión. Y planta bandera con arcabuces. Y ele-

## EL OJO VIAJERO MALACA POR RAMON MUÑIZ LAVALLE



Vista de la catedral desde el río.

rey de Portugal, un príncipe de la Real Casa de Borgoña—1143-1185—. Conquistador de cinco reinos moros en la batalla de Ourique o Castro Verde—1139—. Este escudo fué hallado en las excavaciones de la colina de Malaca.

Y unos pasos hacia adelante:

"Vereenic de Oost Indie Kompanie (United East India Co.), the servant and pioneer of Holland in the East—founded 1662—dissolved 1795."

Y la fatídica marca de "La Compañía de las Grandes Indias" sobre el rojo muro.

Entretanto, siempre mirando al cielo con sus mil ojos abiertos por la metralla, sigue en pie el fuerte portugués. Y se mantienen la maravillosa catedral, y la iglesia de San Pablo, y tantas puertas y edificios más. Mientras que, a todo esto, los chinos, malayos, burmanos, indúes y javaneses de Malaca se llaman Pereyra, Souza, Carvalho y tienen siempre a flor de labios un risueño:

—Moito obrigado...



El fuerte San Juan.

Estiré los músculos...; la espalda volvió a la rigidez normal. Tras ella había cerrado sus fauces la selva malaya, que acompaña a quien la cruza con el silbido perenne de las víboras mortales y el aullido de las fieras. La selva inacabable, sólo vejada en los rincones en que los obreros, a sueldo de hambre, sacan para Singapore la goma de los árboles, acababa de tenderme su último reduto de árboles, maleza e inquietud. A mi frente delineábanse las colinas, en cuyas faldas, acostándose sobre las playas, vive Malaca.

Llegué al paso medido de la caravana. La ciudad comenzaba a arroparse. En la premura de las últimas horas, era preciso buscar un refugio para la primera noche.

—¡Eh, *risca!*...

El *coolie* se aproximó sonriente; dejé caer mi cansancio sobre el frágil carrito y ¡a volar cuesta abajo hacia el primer albergue de cutis rosa!

Un *cottage* de puerta entreabierta, encuadrado por filas de palmeras, detuvo el trote del chinito. Al descender volqué en su mano huesuda un puñado de monedas.

—*Moito obrigado!*...

¡Bendito Albuquerque!... ¡En 1934, un chinito puro recibe el precio de su carrera con una gentileza en portugués!

Y otro asombro. Y otra satisfacción.

"Do Souza". Y bien: el Sr. Do Souza es un malayo ciento por ciento.

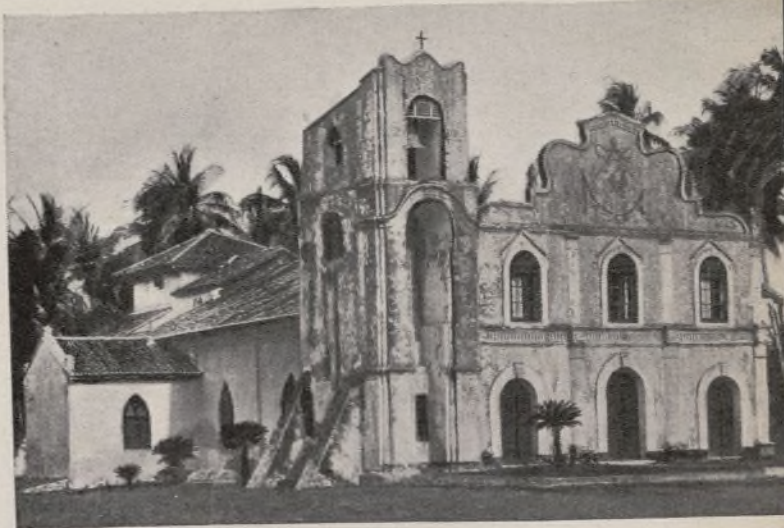
Y apellidos y palabras portuguesas se cruzan en mi inspección de Malaca sobre la humanidad y en los labios de asiáticos... de orientales que tal vez no sepan quién fué Albuquerque, pero que no olvidan quiénes fueron los de "La Compañía de las Grandes Indias"...

Malaca, ciudad milenaria, no es ni sombra de aquel emporio que rivalizaba con Ormuz. Su fama de hoy la hacen, sobre la cubierta de los trasatlánticos que pasan por Singapore, los vendedores de varitas y bastones.

Nadie viene hasta Malaca. Los que atraviesan la selva prefieren llegar pronto a la isla de Penang, a descansar en la explanada del Runnymidy-Hotel. Yo, empero—tan lejano del turista sajón—, voy aplicando mis ojos a todo hueco de la ciudad y a todo trecho de su panorama circundante. Busco a Portugal. Y no en vano, ni es afanoso el intento: Portugal está en todo, más que Holanda o Inglaterra. Así es que, luego de mi visita a las ruinas de la colina donde hoy, sobre el viejo templo, descansa un faro fijo, vuelco mi vista sobre el murallón del fuerte holandés.

Y así, encuentro un escudo: "Las armas de Alfonso Enríquez I,

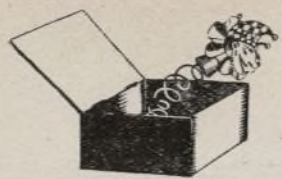
VENEZAS DE BILIKEN  
Ayuntamiento de Madrid



Iglesia de San Pablo.







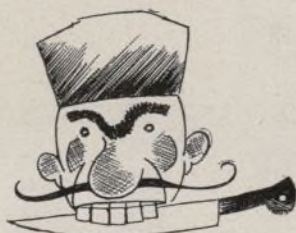
# LA CAJA DE SORPRESAS



## Las organizaciones secretas de los Balcanes y sus actividades.

El reciente asesinato del rey Alejandro de Yugoslavia ha hecho fijar nuevamente la atención en las sociedades secretas del Este de Europa. Algunas de esas entidades misteriosas se habían opuesto a la dictadura del monarca desaparecido.

Para comprender la Hrvatski Ustasha, la organización casi por completo integrada por croatas, y que aparentemente no niega su responsabilidad en la muerte de Alejandro, sería necesario retroceder en la historia de Bulgaria al año 1912, cuando este país era el más poderoso de los Balcanes. En 1918 perdió su fuerza y prestigio, y debió contemplar impasible la anexión de Macedonia a los serbios en 1913. Y aunque en mayo de este año se hicieron energías



tentativas en Bulgaria para reprimir las actividades de los extremistas macedonios, éstos han proseguido sus pendencias y atentados contra Yugoslavia por intermedio de sus poderosas organizaciones secretas, entre las cuales la Hrvatski Ustasha es la más aguerida, dentro de la Imro (Organización nacional macedonia), que dirige por encima las actividades de cada una de las secciones que la componen. El secreto que reina en las filas de la Imro es impenetrable, hasta el punto de que hay hermanos que militan en la misma, pero que se ignoran el uno al otro. La organización se sostiene con donaciones hechas secretamente, aunque se asegura que, a veces, los dirigentes obtienen fondos por medios ilícitos.

## Están en boga los casamientos raros

En Atlantic City, durante la última estación, se produjeron una serie de casamientos raros, dignos de comentarse.

Uno de ellos se realizó en el agua, yendo el sacerdote en una lancha, que conducía un acuaplan, en el que se habían situado el novio y la futura esposa, él sosteniéndola a ella y ambos conservando el equilibrio necesario para que el acuaplan no zozobrara. Llevaban las ropas tradicionales, exponiéndose al peligro de un buen remojón. Parte del cortejo que los seguía también se mantenía haciendo equilibrios en acuaplanos. Al terminar la ceremonia, y como es usual, el novio tenía que besar a la novia, y olvidando éste donde se encontraba, al ir a realizarlo, cayó al agua, mientras que la romántica esposa tenía que tenderle los brazos para ayudarlo a subir. El casamiento terminó con un almuerzo, en el que todo el mundo estaba contento, hasta el mismo novio, que tuvo que cambiar sus ropas; pero habían logrado lo que deseaban: que los periódicos comentaran la boda.

En Cumberland se realizó hace poco un casamiento en medio de la calle. Según afirmaron los contrayentes, no buscaban publicidad en esto; lo hacían porque allí se habían conocido unos meses antes, y pretendían llevar a cabo la ceremonia en el mismo sitio en que Cupido les había clavado sus dardos.

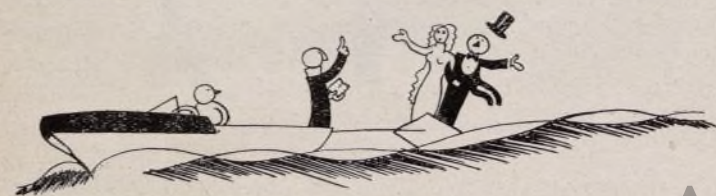
Uno de los más pintorescos matrimonios es el que se efectuó últimamente en Berlín. El novio, la novia y los invitados de honor fueron a la iglesia en altos monociclos—porque pertenecían a una "troupe" de circo que realizaba espectáculos en esta clase de vehículos—; sólo el sacerdote, que no podía realizar tan arriesgadas proezas, se contentó con subir a una tarima para poder realizar la ceremonia.

Todos desfilaron por las calles de la ciudad, causando una cómica expectación. Miles de personas estaban detenidas en las esquinas para presenciar el paso de tan raro cortejo.

En San Francisco, otro extraño casamiento se realizó hace poco entre James Early y Mildred Kunk; ambos formaban parte de un circo, y se casaron dentro de la jaula del león. No quisieron dar a conocer las causas que motivaron ese raro capricho, y sólo afirmaron que no lo hacían por sensacionalismo.

En Austria se realizó un singular enlace en una prisión. La novia estaba presa, acusada de participar en un asesinato, y el novio era un ladrón común; se casaron en el refectorio de la prisión, y luego se separaron, para unirse al cabo de tres años, cuando ambos terminaron su condena. Hace poco se realizó en Boston el primer casamiento sobre patines de rueda. Helen Dee y William Canavan se casaron en la pista de Revere. Como ambos eran expertos patinadores, consideraron el lugar apropiado para realizar su matrimonio. Intentaron convencer a las personas que asistían al casamiento para que se pusieran también ellos patines; pero como los resultados fueron desastrosos y los invitados no estaban dispuestos a romperse un hueso, tuvieron que desistir de ello.

En Los Angeles, no hace mucho, miss Roxana Valentine y William H. Whiteley decidieron que su casamiento había de ser algo inolvidable y nunca visto. Se procuraron personas para el cortejo, dispuestas a vestirse como ellos lo deseaban; y así fué como penetraron en la iglesia, todos vestidos de muñecos, las chicas con las caras pintadas en las mejillas con colores vivos. Con lo cual se demuestra que no vivimos en una época modelo de sensatez.



## Supersticiones de los recién nacidos

En todos los países existen supersticiones relativas a los recién nacidos, restos muchas de ellas de los ritos paganos y del fetichismo.

En Cockney, la madre pone un libro bajo la cabeza del recién nacido para que aprenda pronto a leer, y en el agua donde le dan el primer baño echan unas monedas como garantía de su prosperidad futura.

En Irlanda ponen a los recién nacidos un cinturón de cabello de mujer para que no les suceda nada malo.

En Welsh colocan en las cunas unas tenazas y un cuchillo para evitar el mal de ojo.

Al nacer un niño, en Bretaña, los amigos de la madre lo lavan, le hacen crujir las coyunturas y le frotan la cabeza "para que se peguen" los huesos del cráneo; además le untan con aguardiente los labios.

Las madres griegas, antes de echar a los niños en la cuna, les dan tres vueltas alrededor del fuego, cantando determinadas canciones para evitar el mal de ojo.

Las turcas cargan de amuletos a los niños apenas vienen al mundo y les ponen en la frente un pegote de barro caliente y previamente preparado con determinados sortilegios.

Con el fin de evitar desgracias a los niños rumanos, les atan a los muslos unas cintas rojas.

Los aldeanos de los Vosgos creen que los niños nacidos en el período de la luna nueva tienen la lengua mejor prendida que los nacidos en luna llena, los cuales carecen de elocuencia, pero, en cambio, poseen mejores facultades de raciocinio. Según las gentes de dicho país, los niños nacidos en la luna llena son más precoces que los demás.

En muchos países se considera de mala suerte pesar al niño y cortarle las uñas con tijeras, y, por lo tanto, se las cortan con los dientes. También es muy común la creencia de que si se mece una cuna vacía no tarda en nacer un nuevo niño en la familia.

Según otra superstición no menos extendida, el niño, al salir por primera vez del cuarto donde nació, debe subir escaleras antes de bajarlas. Cuando la habitación está en lo alto de la casa, se resuelve la dificultad poniendo una silla en la puerta, para que la persona que lleva al niño en los brazos tenga que subirse en el obstáculo antes que bajar. En los pueblos primitivos, cuyas casas no tienen más que un piso, levantan en alto al recién nacido, lo tiran al aire suavemente, o trepa a un árbol un hombre con la criatura. Esto es una especie de dedicatoria: "El Gran Espíritu, que vive arriba, debe ser el primero a quien se muestre el niño."



## EL NOVIO DE AURELIA

P o r M A R K T W A I N

Los hechos siguientes me han sido narrados en una carta que me ha escrito una joven que habita en la linda ciudad de San José. No la conozco ni de vista ni de oídas. Firma, sencillamente, Aurelia María. Puede ser que se trate de un seudónimo; pero no importa. La pobre chica tiene el corazón destrozado por las desventuras que sufre.

Está tan desorientada por los contrapuestos consejos de los amigos malévolos y por las insidias de los enemigos, que no sabe lo que debe decidir para desenredarse de la red de dificultades en que parece hallarse prisionera, perdida toda esperanza. En su tribulación, recurre a mí y me suplica que la dirija y aconseje, con una elocuencia sentimental capaz de conmover a una estatua. Escuchen su triste historia:

Tenía diecisiete años cuando encontré y amé con todo el ardor de un alma apasionada a un joven de Nueva Jersey llamado William Breckinridge, que tenía y sigue teniendo seis años más que ella, pues todavía ésta no se encuentra en edad de quitarse ninguno.

Se prometieron con la aprobación de sus padres y amigos, y por algún tiempo su vida pareció que debía ser caracterizada por una ausencia total de desgracias verdaderamente insólitas en la humanidad.

Pero un día la fortuna les volvió el rostro. El joven William fué atacado de viruela de la especie más cruel, y cuando recobró la salud, su rostro estaba agujereado como un cernedor de trigo, y su juvenil belleza había desaparecido para siempre.

Aurelia pensó de momento romper su compromiso de boda; pero, cediendo a la piedad que le inspiraba aquel desventurado, se limitó a postergar el matrimonio hasta la próxima estación, dejando al pobre algunas probabilidades de mejorar el semblante, porque se le fuesen achicando los agujeros.

El día anterior al que la boda debía efectuarse, William, mientras seguía con la mirada un globo, cayó en un pozo y se rompió una pierna, que debió serle inmediatamente amputada sobre la rodilla. Aurelia tuvo de nuevo la tentación de librarse del compromiso; pero el amor triunfó sobre aquella nueva desgracia, y el matrimonio se demoró para el año próximo, con objeto de que pudiera restablecerse el novio por completo.

Otra nueva desgracia cayó sobre el pobre novio. Perdió un brazo por el estallido inesperado de la carga de un cañón que se iba a disparar con motivo de la fiesta nacional, y tres meses después perdió el otro, alcanzado por una máquina de cardar.

El corazón de Aurelia quedó casi deshecho por estas últimas desventuras. No podía eximirse de sentir una profunda aflicción al ver que su enamorado la iba dejando poco a poco por aquel sistema de continuas reducciones. Dentro de poco no le quedaría más, y no sabía cómo detenerle en aquella funesta disipación de sus miembros.

En su terrible desesperación, Aurelia estaba próxima a arrepentirse (como un negociante que se obstina en un negocio en que cada día va perdiendo más) de no haber aceptado a William al principio, cuando todavía no había sufrido tan terribles deprecaciones. Pero su corazón se sobrepuso a todo, y se decidió a intentar nuevamente la prueba de las deplorables disposiciones de su prometido.

William enfermó de erisipela, y acabó perdiendo completamente el uso de un ojo.

Los parientes y los amigos de la muchacha, considerando que ella había manifestado una generosa resignación, mucho mayor que la que se podía exigir, intervinieron empeñosamente, intimándola a que se desvinculase definitivamente. Pero, después de haber titubeado un poco, Aurelia, con toda la excelcitud de sus caritativos sentimientos, dijo que había reflexionado con calma sobre el caso y que no encontraba en su prometido motivo de vituperio. Demoró nuevamente la fecha; pero pocos días después William se rompía la otra pierna.

Fué un día muy triste para la pobre joven aquel en que vio a los cirujanos llevar solemnemente la valija cuyo uso ya había aprendido en casos precedentes, y al verles salir de casa del operado con otro envoltorio, se dió cuenta, con profundísimo dolor, de que algún otro pedazo importante de su prometido había desaparecido para siempre.

Pero una vez más respondió negativamente a las exhortaciones insistentes de los suyos, y renovó su compromiso.

En fin, pocos días antes del último plazo acaeció una nueva desgracia. En todo el año, los pieles rojas del río Owen no atacaron a nadie más que a William Breckinridge, de Nueva Jersey. Se dirigía, lleno de gozo, a casa de su amada, cuando, asaltado por los indios, perdió para siempre los cabellos y la piel en que aquéllos estaban plantados. En aquella hora infortunada, el desgraciado casi maldijo la irónica fortuna, por la cual había escapado con vida milagrosamente.

Actualmente, Aurelia está completamente perpleja sobre lo que le resta por hacer. Me escribe que ama todavía a su prometido, es decir, a lo que queda de él; que le ama verdaderamente, con todo su corazón; pero que la familia se opone al matrimonio con la máxima energía.

Por otra parte, William no posee ningún medio de fortuna, y, como es natural, no puede dedicarse a ningún trabajo. Ella, por su parte, tampoco dispone de los suficientes recursos para la vida sino a costa de muchas privaciones.

"¿Qué debo hacer?", me pregunta, cruelmente desorientada. La cuestión es muy delicada.

La respuesta a esta pregunta puede decidir para toda la vida de la suerte de una mujer entera y de casi la mitad de un hombre. Yo creo que responder con algo más que un simple sugerimiento sería asumir una responsabilidad muy grave...

¿Cuánto costaría la reconstitución de un hombre completo?... Si Aurelia puede sufragar los gastos, que compre a su amado los brazos y las piernas de madera, un ojo de cristal y una peluca, para hacerle presentable. Que le conceda noventa días improrrogables, y, si en este espacio de tiempo no se ha desnucado definitivamente, que se arriesgue a casarse. Esto le he dicho.

"No creo—he terminado—que haciéndolo así se exponga a un riesgo excesivo. Porque si el novio insiste en la mala costumbre de romperse alguna cosa cada vez que va a casarse, supongo que la rotura de lo poco que ya le queda será definitivamente fatal, y entonces Aurelia, casada o no casada, quedará tranquila. Si está casada, las piernas, los brazos y el ojo y la peluca postizos, de propiedad del difunto, quedarán íntegros para la viuda, y así no perderá más que el último pedazo vivo del marido honesto, pero desgraciado; él trató toda la vida de portarse lo mejor posible, pero tuvo constantemente en su contra sus extraordinarios instintos de destrucción.

"Intente usted la fortuna, Aurelia—le digo al final de mi carta—. He meditado largamente sobre la pregunta, y esto que le aconsejo me parece la única solución natural que puede tomar. Verdaderamente, William hubiera sido más sabio si hubiera empezado de primera intención por romperse la crisma. Pero no creo que pueda reprochársele el haber elegido el método de irse prolongando todo lo posible, porque es ley natural que cuantas más partes del cuerpo va uno perdiendo, va sintiendo más amor por las que le quedan."





# CAMPO ANDALUZ ESTAMPAS

Los Molinos, Casablanca, El Pescante... Y nombres de toros y caballos, muchos nombres de toros, de toros bravos: *Almejito, Rabicano, Bravio, Mandarin* y muchos nombres más.

## EL ESCENARIO

*Llanuras sin confín, lagos de plata,  
rizados por los vientos marineros,  
horizonte soldado con luceros  
a la bruma de ocaso escarlata.*

Perspectivas y horizontes sin límites, inmensas planicies como un mar callado, silencioso como un desierto, sin más obstáculos a la vista que alguna columnita de humo de algún vapor que remonta perezosamente el Guadalquivir; o unos extraños signos musicales, escritos en el pentagrama de las alambradas de las cercas de toros, y en el que las estacas de olivos y azebuches que las sostienen bailan una zarabanda gitana de fusas, semifusas, corcheas y calderones...

*Soledad marismeña, serenata  
de silencio dormido en los esteros;  
una cuerda de cisnes viajeros,  
al cielo con la tierra, en plumas ata.*

## IMAGINATIVOS

*Sólo con mi caballo en la llanura  
—punta de imán mi voz—encuentro en el cielo,  
a un andar con la tierra, la finura...*

Doctrinas novisimas, recogidas de lecturas mal leídas y de propagandas peor digeridas, acogidas por muchachos demasiado jóvenes, cuya fe turbulenta se nutre de griteríos, y que son los hermanos apenas mayores de los que se excitan jugando a "contrabandistas y carabineros" y a "ladrones y civiles", y cuyas imaginaciones, entre fantasiosas, rencorosas y fanfarronas, encuentran en las propagandas anarquistas el mismo excitante que antes encontraban otros mozos de esta misma marisma en la historia de los toreros célebres o en las leyendas generosas de los bandidos famosos que robaban a los ricos para socorrer al pobre.

*... del lubricán deshila la camisa  
de los ángeles todos, y un revuelo  
de nieve, el orto en alas blancas frisa.*

## LAS FATIGAS QUE SE CANTAN

¡Marismas andaluzas! Paramera en verano, cuando no río desbordado que arrasa leguas de llanura en invierno. ¡Marismas del Guadalquivir! ¡Cuánta bella mentira literaria se ha escrito de tus márgenes floridas y fecundas! ¡Qué pocos han sabido ver la tragedia de tu vega! ¡Tan pocos!... Fernando Villalón, en esta su "To-



Sólo con mi caballo...

riada", en la margen de "acá" del río; José María Izquierdo, Pepe Más; y en la de "allá", Federico Cortines de Murube y muy pocos más.

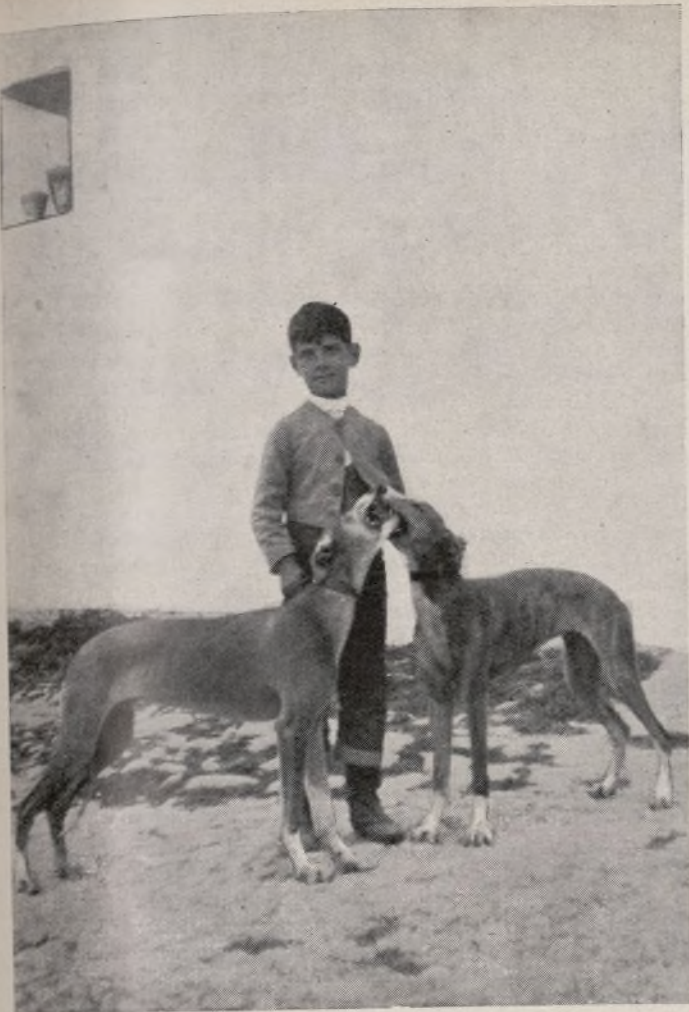
Tragedia barajona en la soledad y el sol, cegador, de infierno, pone en las imaginaciones tintes rojos de cafard del desierto, más fuerte, más trágico, más sentido en esta raza visionaria, fantasiosa y milagrera, que ve la vida, la sociedad y el orden social a través del culto al toro bravo; no en lo que tiene de noble y generoso en su bravura, sí en lo que tiene de bicornio fiero y destructor.

Esta es, en breves trazos, la tierra donde se crían los toros bravos, finos, majestuosos y elegantes, de pelo negro lustroso como terciopelo de seda, y de testuzes altaneros, coronados por buidas y retadoras astas, orgullo de su especie.

Tragedia de Andalucía, que empieza en el folklore, y que, según se avanza, convierte a los hombres en misántropos, místicos o turbulentos, enfermos de una especie de delirio, como atacados del "cafard" de la Marisma", que ahora se resuelve en un triste afán de violencia y destrucción y antes en una copla, que era a la vez poema y gritos de rebeldía; poema de dolor de una raza víctima de las injusticias sociales, del clima y del suelo...

*Las fatigas que se cantan  
son las fatigas más grandes,  
porque se cantan llorando  
y las lágrimas no salen.*

C R I S T O B A L B E C E R R A



Perros galgos: "La Verdina", "La Careta"...

## DEL FOLKLORE

Gente que habla como canta. Fandanguillos en la palabra y letra de fandanguillos en las conversaciones. Perros galgos: la *Verdina*, la *Careta*; liebres y pájaros.

Nombres conocidos de caminos, pueblos y dehesas; conocidos sin haberlos visto, y cuyos nombres nos son familiares a través del "cante jondo" y de ese canto singular que Pepe Pérez de Guzmán nos legó con el nombre de fandanguillos de Huelva: Benacasón, Aznalcázar, Pilas, Aznalcollar, Sanlúcar, Los Palacios, Lebrija, Villamanrique de la Condesa, Trebujena, Bollullos, La Palma...

Y con los nombres de los pueblos en fuerte mezcla fandanguera, nombres de mujeres que el aura popular hizo famosas: Rosario la del Molino, Ana María, Rocío..., y nombres de vírgenes milagrosas, tratadas llanamente, como por un nombre familiar: La Blanca Paloma, La Dolorosa, la del Refugio..., en profana amalgama de nombres cortijeros: La Marmoleja, Partido Resina, La Cigüeña,

## Banco de Crédito



## Local de España

Esta Institución contrata créditos y préstamos amortizables con las Corporaciones locales—Ayuntamientos y Diputaciones—para la realización de obras y servicios rápidamente reproductivos, estando asegurados los contratos con garantías suficientes y fácilmente realizables.

En representación de sus operaciones, el Banco emite **Cédulas de Crédito Local** con la garantía de todas las anualidades contratadas con las Corporaciones, e indistintamente de todos los derechos, acciones y bienes, con hipoteca o sin ella, afectos por aquéllas al cumplimiento de sus obligaciones con el Banco; todos los bienes y valores que forman el activo de la Institución garantizan también las Cédulas en curso.

Las Cédulas son cotizadas diariamente como efectos públicos en las Bolsas oficiales; son pignora en el Banco de España y en el emisor, siendo además utilizables para la formación de reservas de las Compañías de seguros y para la constitución de fianzas y depósitos en Diputaciones y Ayuntamientos.

Las Cédulas de Crédito Local Interprovincial y los Bonos Exposición Internacional, valores emitidos también por este Banco, tienen la especial característica de estar **directamente garantizados por el Estado**, y de ser admitidas las primeras por su valor nominal en las fianzas que haya que constituir en las Diputaciones Provinciales.

## SERVICIOS ESPECIALES DEL BANCO

### NEGOCIACION:

El Banco facilita directamente la adquisición y venta de los títulos por él emitidos, así como por medio de los Bancos, agentes de Bolsa y corredores de Comercio.

Los títulos se remiten a los adquirentes debidamente asegurados.

### DEPOSITOS:

Los adquirentes de títulos pueden dejarlos en depósito en las Cajas del Banco, **sin satisfacer derechos de custodia.**

### CUPONES Y AMORTIZACION:

Todos los valores emitidos por el Banco devengan cupones trimestrales, y la amortización de aquéllos se verifica anualmente.

Los cupones de los títulos depositados en el Banco pueden hacerse efectivos desde el día de su vencimiento en las oficinas de aquél, o encargándose el Banco de girar o situar su importe a comodidad de los depositantes.

El Banco revisa cuidadosamente las amortizaciones, avisando a los interesados.

### PIGNORACION DE CEDULAS:

Las Cédulas de Crédito Local son admitidas por el Banco Emisor y por el Banco de España en garantía de préstamos y cuentas de crédito.

### OPERACIONES Y CONSULTAS:

Para realizar operaciones sobre Cédulas de Crédito Local y demás valores emitidos por el Banco, lo mismo que para resolver consultas relacionadas con aquéllos, dirigirse personalmente o por correspondencia a las Oficinas del Banco.

Dirección abreviada: **CREDILOCAL** Oficinas: **SALON del PRADO, 4**  
Teléfonos 12848 y 12850



EL PADRE

LOA DE MADRID  
CIUDAD MODERNA

S A D O W A D A

## ④ 旅の牙班西



マドリツの公団

昔は「漢の都」と呼ばれ、それで甘んじてゐたマリツツドの對の觀を呈するものにならず、ヨーロッパのニューヨーク、或は「ヨーロッパ」の新都とまでは稱して、名實共に世界の注目を集めてゐるものも無い。

アルゲダスの堆からロンドンの渋谷を華へて行く地方、コルド沿道で古カタルへの十數分の道の隔たる古カタルの大部分の國大に荒地を見え、昔々は、この今日までこの政府が、たゞ々々國を以てかへ持ちこたへて來たものだと思想に思つた。しかしマリツツドに落ちつてしまふと、その考えは稍飛越へて見ると、その力、この意氣に氣、むしろ六に高く買ひ入つてしまつた。

マリツツドは隣接した鐘飾上、その雄略公園の遊び方、乃主は公の建築形式が、フアン・スの影響を受け、ウイニペグに似た意味の小川の面を

**GRAN QUINCENA  
BLANCA**  
DEL 15 DE  
ENERO  
EN  
ADELANTE

**FUENCARRAL 14**

# Eleuterio



Y gruesas lágrimas empezaron a correr pesadamente sobre mejillas arrugadas.

BJOERNSTJERNE BJOERNSO



# EN EL PROXIMO NUMERO

EL  
MIERCOLES  
16



PORTADA DE NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

LA SEMANA.—Comentarios de actualidad, por Víctor de la Serna.

TAREA, por el Excmo. Sr. Alcalde de Madrid.

EL SEÑOR DIRECTOR, cuento de Carranque de Ríos, ilustrado por Arteche.

EL MANANGETE, cuento filipino de Benigno del Río, ilustrado por Billiken.

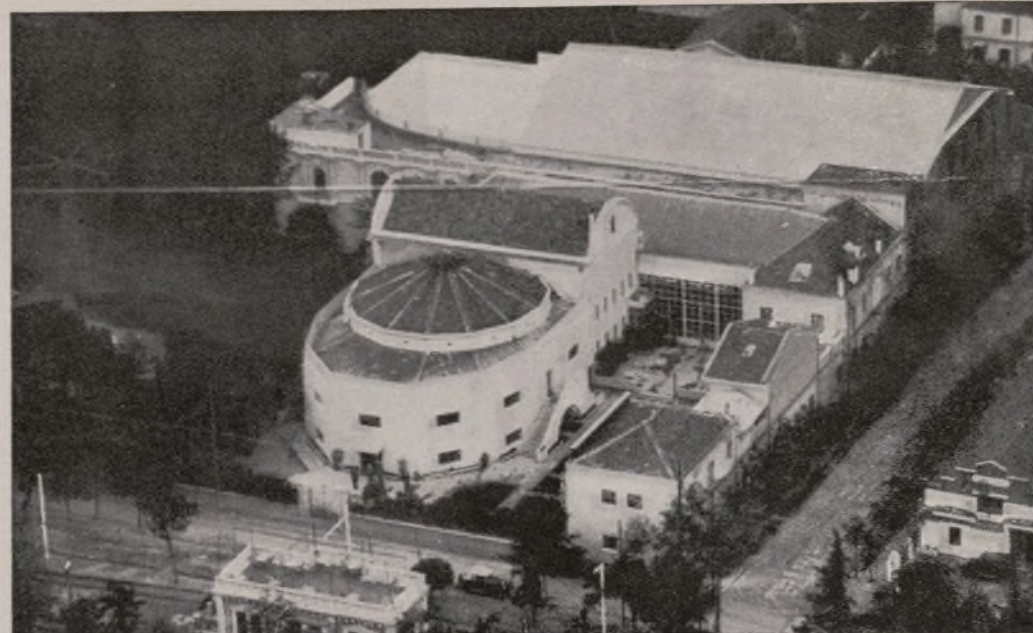
NUEVA GUIA DEL ARTESANO: SANTOS EL GUITARRERO, reportaje de Eduardo Blanco Amor, con un apunte al natural de Arteche.

VIEUX CARRE, crónica de viaje de Ramón Muñiz Lavalle, con apuntes del natural del autor.

PLANO LIRICO DE BURGOS, por Antonio Otero Seco.

CINE, por Gabriel García Espina.—TEATRO, por Alfredo Muñiz.—CON EL MEDICO, por el Dr. Fernández Cuesta.—MODAS, por M. Rosa Bendala.—EL HOGAR MODERNO, por Jean Laroche y Santonja.—DEPORTES.—HIPISMO, por "El Pájaro".—Fotografías de Angel Aracil.—Además de nuestras secciones habituales, numerosas notas y cuentos cortos, profusamente ilustrados con dibujos y fotografías.

2 0 C E N T I M O S



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los ESTUDIOS DE LA CEA están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfonos  
núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad  
Lineal  
(Madrid)

—¿Tomarme unas vacaciones?—exclamó el viejo doctor—. No. La montaña me intimida, el mar me entristece; nada más aburrido que una semana en el campo, y no me siento ahora con ganas de viajar...

—Pero en su juventud, Herr doctor, solía usted desaparecer meses enteros, y nadie sabía por dónde andaba usted.

—Ello es bien cierto—dijo el doctor, moviéndose sobre sus delgadas canillas para ir desde la mesa de nuestra tertulia de casa Rudolf a aquella donde tenía su vaso, pues gustaba de pasar de un lado a otro mientras hablaba, ya que hacía de este modo su único ejercicio del día.

Y añadió:  
—Ahora que caigo en ello, recuerdo que una vez pasé en la cárcel unas vacaciones interesantísimas. Os lo contaré.

Pero primero tuvimos que esperar a que el viejo doctor encendiera su cigarro. No era cosa de meterle prisa al simpático vejete, y por otra parte, nosotros no teníamos nada que hacer en aquel momento.

—Sí... De muchacho conocí el interior de media docena de cárceles. Yo siempre me encontraba de paso por alguna nueva ciudad, sobre todo de los Balcanes. Y entonces desconocía la virtud de callarse a tiempo. Cierta vez di con mis huesos en la ciudad de H. Una noche, en un café, me enredé en discusión con un oficial del ejército. Cosas de política, desde luego. Recuerdo que me levanté y le arrojé a la cabeza mi vaso, y que al mismo tiempo que él se abalanzaba sobre mí, se apagaron las luces y unos soldados irrumpieron en el local. No recuerdo más de aquel incidente sino que desperté a la otra mañana en una celda de la cárcel.

Me zumbaba la cabeza. Tenía un ojo pegado de un puñetazo y una mandíbula punto menos que rota. Quise orientarme y observé que el suelo era de tierra, y que por un ventanillo de barrotes, colocado muy alto, se filtraba un rayo de luz. De pronto, tras alargar el cuello repetidamente, noté que dormía cerca de mí otro detenido. Envuelto como un fardo en una manta oscura, yacía enovillado, estilo crisálida. Al oírme mover, el hombre miró a su alrededor y murmuró algo. Y entonces le vi el rostro, rojo, lleno, orondo. Unas cejas pobladísimas enmarcaban unos ojos negros sobre una nariz desproporcionada; su cabello se encrespaba en un gran mechón negro, y sobre los labios caían en cascada los pelos de un abundante bigote. Para ser breve, diré que aquel sujeto no era un Adonis. Su actitud hacia mí fué de lo más cordial, pero tropezábamos con la dificultad de que ninguno entendía jota del idioma del otro. ¡Estábamos lucidos!

De repente percibimos unas pisadas tremendas a lo largo del pasillo. Ruido de llaves, y se abrió la puerta de la celda. Aparecieron unos soldados, quienes nos arrojaron de nuestros camastros, que amarraron a la pared, llevándose las mantas. Tuvimos que sentarnos en el suelo. Nos dieron luego un recipiente de café negro, o algo así, y un trozo de pan también negro. Pero yo no tenía apetito. Ofrecí mi corteza a mi compañero, que, tras un momentáneo titubeo de cortesía, me lo arrebató y lo devoró con fruición. Desde aquel momento nos hicimos grandes amigos.

El viejo doctor hizo una pausa, chupó desesperadamente su puro y prosiguió su narración:

—Parecía ser que se trataba de un asesino. Se llamaba Isel. Me contó su crimen por señas, y aunque perdí muchos detalles, llegué a saber que había estrangulado a un hombre. Sentados uno frente

## ¡AQUELLAS VACACIONES!

por G. L. GIBSON

al otro sobre el piso húmedo, yo contemplaba fijamente sus manos, preguntándome cómo era posible que un tipo tan fornido y vulgar poseyera unas manos tan finas, una muñeca tan perfecta, unos dedos tan ágiles. Aquellas manos no eran de asesino, sino de cirujano o de escultor.

Solía mi compañero coger montoncitos de tierra del suelo y hacer con ellos figuritas: perros, pajaritos, soldados... Una mañana me sorprendió al modelar algo fácil de reconocer también: un obispo. Y entonces se me ocurrió si no jugaría aquel hombre al ajedrez. Con un trocito de madera que encontré tracé en la arena del suelo un tablero de ajedrez. Sus ojos fulguraron de contento. Asintió con un gesto y sonrió mientras se ponía a modelar febrilmente un juego de piezas de ajedrez. Yo traté de ayudarle; pero los peones modelados por mí no podían sostenerse en pie; así que dejé a mi compañero que hiciera él solo las piezas.

Cuando aparecieron los soldados con nuestra sopa de mediodía, nos encontraron tendidos en el suelo, uno frente al otro, ante el tablero y absortos en el juego. El más viejo de aquellos guardianes se quedó un momento pensativo, mientras se retorció un pequeño bigote, y nos observaba con ojos sospechosos. Y antes de decidirse a entregarnos el condumio, salió para avisar a un oficial. Los soldados se quedaron a la puerta de la celda, desenvainando sus sables. Apareció, todo crujiente y fulgurante sobre sus espuelas, un oficial bajito, que interrogó a Isel, el cual contestó algo en tono indiferente. Atacado de súbita fiera, el oficialito estampó sus botas relucientes sobre el tablero y las piezas, tras lo cual desapareció, lanzando una carcajada indignante.

Vi cómo temblaban de ira las manos de Isel, aquellas sus manos de pianista famoso, y cómo giraban sus ojos en las órbitas. Pero no dijo nada. Se tragó ávidamente aquella sopa, que sabía a hueso

TRADUCCIÓN ESPECIAL PARA "CIUDAD



y a coles putrefactas, y se dispuso a modelar otro juego de piezas de ajedrez mientras yo trazaba un nuevo tablero. Os hago gracia del número de veces que nos destruyeron el tablero y las piezas, siempre repuestas por nosotros pacientemente. A tablero destruido, nuevo tablero nuestro. Al fin, nuestros guardianes se aburrieron, y encogiéndose de hombros ante nuestra insistencia, terminaron por dejarnos en paz.

Isel resultó ser un jugador de ajedrez magnífico. Clarividente, ingenioso, cortés como vencedor, generoso en la alabanza, siempre dispuesto a servirme de tutor: lo que yo sé de ajedrez, a él se lo debo. Muy pronto ya no vivimos más que para el ajedrez. Compartíamos el poco tabaco que yo pude hacer que nos trajera un guardián, a quien soborné con las últimas monedas que me quedaban. Isel me enseñó trucos muy ingeniosos para protegerme del gran frío de aquellas noches, y en dos o tres ocasiones tuvo la gentileza de levantarse a oscuras para arrebujarme en mi manta con tal destreza, que adquirí buen calor y pude dormir. Una mañana, que amaneció gris y tristonía, el preso que ocupaba la celda contigua a la nuestra empezó a lanzar gemidos angustiosamente. Era que le sacaban para llevarle al patíbulo. Yo me desmayé, y luego estuve sollozando desesperadamente, hasta que los ininteligibles consuelos de Isel, prodigados esta vez en aluvión, calmaron mi terror.

Y pronto nos olvidamos por completo del mundo exterior. Nuestra familia, nuestros amigos, todo lo que teníamos allí fuera, se esfumaba en una vaga región irreal. Sólo vivíamos para nosotros mismos y para el ajedrez. A despecho de aquel frío cruel, la exigua pitanza, las ratas que salían por las noches, la humedad y la fetidez de la celda y otras cosas, estábamos mejor que queríamos. Y era que sentíamos desaparecer de nuestros hombros toda sensación de responsabilidad. Hasta un rey padece preocupaciones de Estado; pero nosotros no teníamos ninguna. Sólo yo, a veces, me sobrecogía a la idea de que tal vez alguna mañana vendrían por Isel, lo sacarían de la celda y se lo llevarían por el mismo camino que a nuestro vecino de la celda contigua, para mi mayor soledad, que me sumiría en la locura.

Pasó el tiempo. Pero nunca se nos ocurrió contar los días. Ya habíamos conseguido entender algunas palabras del idioma respectivo. Y yo sentía por aquel compañero un verdadero afecto; yo le profesaba una sincera amistad a aquel tipo tan interesante, a aquel Isel de las cejas pobladas, asesino y jugador de ajedrez.

El viejo doctor suspendió su relato, chupó infructuosamente su puro y prosiguió:

—Un día en que, como de costumbre, estábamos enfrascados en nuestro ajedrez, entraron los guardianes y el oficial bajito. Y me anunciaron que estaba en libertad. Me despedí de Isel con un largo apretón de manos, y el rostro de mi amigo palideció intensamente. Pero aún tuvo fuerzas para desearme buena suerte. Un soldado me echó a empellones de la celda. Y me encontré bamboleándome en la luz cegadora de la calle, triste y abatido, con la sensación de que se me acababa de arrojar cruelmente del Paraíso.

El cigarro del doctor continuaba apagado. Al encenderlo de nuevo, la diestra del viejo galeno temblaba.

—Cualquier ruido puede retrotraernos a veces a cosas pasadas—terminó el doctor—. Cuando oigo el tintinear de un manojo de llaves, recuerdo aquella celda de la cárcel y al mejor amigo que he tenido en mi vida. Yo salí de H. el día en que Isel fué ejecutado. Y no he vuelto más por allí.

Ayuntamiento de Madrid





En Nueva York, dos o tres manzanas al Norte del Parque Central, a lo largo de la Quinta Avenida, existe una nueva ciudad, olorosa como el Viejo Pueblo de Caracas, y de una sonora turbulencia parecida a la de cualquier calle secundaria de La Habana. Sus habitantes la llaman "Pequeña España", un poco sin saber por qué, ya que no residen allí españoles auténticos, y aunque esos cien mil ciudadanos que la pueblan hablen algo de castellano, lo suficiente sólo para entenderlos.

Mi visita inicial y nocturna a este peregrino paraje comenzó por un vasto establecimiento público, el "Billar Moderno", sala de grandes dimensiones, donde hombres negros y cobrizos, blancos y rubios, de un rubio albino extraordinario, se mezclaban con enorme gritería. Y toda aquella diversidad de razas, aquel heterogéneo montón humano, se hallaba extraña y casi misteriosamente unido por el nexo cordial de la noble lengua española, llevada en triunfo por Cortés y sus hombres de hierro hasta los picachos de Darien.

Casi todos eran portorriqueños. Y de aquellas gargantas, más a propósito para entonar los guturales lamentos de la canción negra "Old man river" escuchaba yo, absorto, viejos conceptos del idioma cervantino. Después, mi analítica atención fué separando de aquella algarabía casi todos los "dejes" americanos característicos, pero presidiendo siempre por el acento portorriqueño, ya familiar a mi oído.

La música en el "Billar Moderno" procedía de un viejo fonógrafo, que funcionaba con ligeras interrupciones. De su ronca laringe brotaban melodías pegajosas, repetidas luego entre burlonas voces de la concurrencia. Sobre el mostrador del bar, un cartel lucía esta advertencia: "Vaso grande de cerveza de barril, cinco céntimos." "Fábrica de Jacobo Rupert."

El juego del "pool" que allí se practicaba era distinto a todos los juegos similares que conozco. Y el perfume que los parroquianos usaban en el pelo y en la ropa era también más apremiante y menos sutil que cualquier otro conocido. Pero la conversación, purificada apenas de tanto giro extraño y típico, era la misma vieja conversación masculina de cualquier rincón del mundo: mujeres, política, deporte... y nuevamente mujeres.

La "Pequeña España" es una superficie que comprende treinta y cinco manzanas de edificios. Desde la Octava Avenida hasta Lexington, y entre las calles 110 y 117. En su vecindad, sin fronteras precisas, la población se compone de criados, obreros, empleados de restaurantes y porteros. Dentro de "la colonia" existen dos fantásticos cabarets nocturnos: "El Toreador" y "Cubanacan", no muy adecuados precisamente para la gente tranquila. El gusto chillón de sus decoraciones y orquestas, de sus bailarines y menús, está sujeto a las preferencias de los concurrentes de la parte baja de la ciudad.

Más para el español "genuino" existen otros mejores lugares de diversión. Un palacio cinematográfico, por ejemplo, llamado teatro Campoamor. Se encuentra un poco más lejos de la Quinta Avenida que el "Billar Moderno". Y allí, en aquella pantalla, los caballeros de las sombras realizan sus magníficas batallas por el amor y la fama, mientras el oculto altavoz carraspea algunas palabras en castellano.

Los films llegan desde Méjico, y la estrella más brillante para estas gentes es un argentino, Carlos Gardel, que canta sus tangos vestido de gaucho. Este artista se presentó no hace mucho en el teatro Campoamor, y alcanzó un triunfo sin precedentes. Catorce mil felices espectadores asistieron a la representación, mientras 10.000 personas se afanaban en los alrededores del coliseo, intentando conseguir acceso. Fué un problema inusitado para la Policía restablecer el orden, alborotado por aquella masa humana. Los cuchillos y navajas hicieron su aparición, y más de veintiocho admiradores del astro argentino resultaron heridos.

José Mojica, un mejicano parecido a Ramón Novarro, fué el favorito que rivalizó con Gardel. Pero su fama se derrumbó enseguida. Sus dos últimas películas, acaso excesivamente afeminadas, no fueron gratas para los habitantes de esta pequeña Babel.

La guitarra es el gran instrumento musical de la "Pequeña Es-

## EL BARRIO ESPAÑOL DE NUEVA-YORK

POR MORRIS MARKEY  
UNA FIRMA NORTEAMERICANA

pañía". Un poco influida por el "clima", tiene cierta diferencia de compás y de ritmo, aunque siempre conserva el sentido dramático nativo.

Las calles de esta zona pintoresca de la gran urbe norteamericana están llenas de vida. Frente a una docena de tiendas de fonógrafos he visto a hombres y mujeres detenidos—las mujeres en mayoría y con carritos de niños a su cuidado—escuchando aquellas audiciones gratuitas.

Los hombres bullen por todas partes, y fuman el tabaco adquiri-



do en minúsculas "factorías" instaladas con profusión a ambos lados de las calles.

Sobre las ventanas abiertas de la iglesia cristiana, situada en un segundo piso, encima de una barbería, las gentes se recuestan y observan el desfile ciudadano. La entrada al Club Mella hállase siempre congestionada por una masa humana que entra y sale.

Los comerciantes, rutinarios, siguen sin grandes afanes sus negocios. Posiblemente hay aquí más establecimientos comerciales de los necesarios. Para estas tiendas existen pequeños locales, de renta escasa, que en otras épocas estuvieron destinados a viviendas.

Doblando una esquina me hallé una vez ante un cartel que anunciaba: "J. López. Refrescos y comidas." Más arriba leí, en grandes titulares: "La Flor de Quintana Roo. Bodega y carnicería", y el nombre de López, escrito en letras menores, como una garantía de calidad. Existe además una casa titulada "La Siempreviva", y el número de Las Carmelitas, Las Palmas y Las Antillas no tiene fin. Todos estos negocios están abarrotados de mercancías para la venta, y no hay ninguna puerta que no deje escapar el fino aroma de la carne fresca recién asada y la picante fragancia del buen café.

También me encuentro con rótulos ingleses que rezan: "Charles and Company" y "Park and Tilford", nombres que ahora me resultan extranjeros, a pesar de que se trata de familiares casas antiguas especializadas en desayunos, meriendas, comidas rápidas, sopas y fritos. Pero resultaban siempre mercaderías demasiado exóticas para quienes traían de las verdes islas del mar Caribe apetito de manjares tropicales. En aquel barrio se han popularizado las yams y las yucas. Las yucas saben a patata dulce con raíz de canela en polvo mezclada con leche. Allí hay calabazas y chirimoyas que proceden de Puerto Rico; galletas de jengibre y diversas creaciones gastronómicas de enorme fantasía, que unifican su estructura siempre verde bajo la denominación de "ensaladas". Las comidas se han americanizado merced a un excelente tasajo argentino y a conservas de lengua preparadas al estilo sudamericano.

Las boticas ocupan otro interesante plano comercial. Venden sólo medicamentos raros y anuncian en gran escala toda clase de inciensos, ungüentos, hierbas, raíces, aceites medicinales y recetas para todos los usos. Tropezamos también, en número de uno a dos por manzana, con negocios de dulces y bebidas tropicales. Y alguna vez, al pasar frente a una freiduría, el recuerdo de España desaparece al leer un cartel como éste: "Hog maw, 10 cts." (Callos de cerdo, a 10 céntimos): una concesión a la familiar influencia de Harlem, el barrio negro.

Tampoco falta aquí la venta del inevitable y famoso "Woolworth", a cinco y diez céntimos. Todos los carteles con anuncios y reclamos suelen estar redactados en un inglés desabrido. Y los comerciantes le observan a uno siempre con la misma preocupación de vender. Pero cuando yo—recurriendo a los restos de mi español escolar—pregunté por un lapicero y un cuaderno de notas, obtuve ambas cosas. Y con ellas, una buena lección de castellano, que me hizo marchar tan pronto como pude, porque no me pareció prudente afrontar tan riguroso examen.

La vida social en "Pequeña España" es simple y elemental. Se trata de una civilización aparte, donde no existen hombres ricos, y en la cual el promedio semanal de ingresos es aproximadamente de veinticinco dólares por persona.

La conversación incansable, los amores y el baile son las diversiones mejor queridas por esta gente, que en esto no se diferencia mucho de cualquier otro pueblo. En cambio, los bebedores tienen una gran afición a embriagarse solos. La "bolita" es el juego preferido por los habitantes de "Pequeña España". Este juego, parecido al que los negros juegan en Harlem, refleja sus resultados en la última página de *La Prensa*, el diario español de Nueva York.

Los interesados en las apuestas pululan por las calles día y noche, llenando las cigarrerías, billares, cafés y otros establecimientos. El mínimo de la apuesta es un céntimo, y el máximo, 50, pagándose los números premiados en la proporción de 600 a uno.

Como regla general, uno o dos de los cafés principales celebran todas las noches una fiesta aparatosa, que paga el ganador del concurso diario.

Otra forma de diversión en la "Pequeña España" es fumar o ver fumar marihuana. Cuatro cigarrillos cuestan 25 céntimos, y pueden adquirirse en cualquier parte. En una reunión de marihuana existe generalmente la costumbre de prender los cigarrillos con la colilla del anterior. Esta hierba causa "desilusiones" de las más grotescas variedades, pero ninguna de ellas peligrosa para la salud.

La "Pequeña España" es, en fin, harapienta y de escasa dignidad urbana. Pero, de todas maneras, la calidad de la gente que allí vive y sus negocios constituyen un espectáculo interesantísimo.

Todo este pueblo negro, marrón, blanco y rubio deslíe su vida monótona sin mayores complicaciones de tipo espiritual. Es una humanidad sin raza, definida por la paradoja tremenda de que ha sido formada con la más heterogénea mezcla de tipos humanos.

En un rincón de nuestra gran ciudad ha instalado sus dominios este pueblo. Cualquier norteamericano es extranjero allí. Y cualquiera también sentirá, recorriendo sus calles, nostalgia de las cosas patrias observando tantas escenas pintorescas y escuchando tantas voces extrañas.







La famosa Jeannette MacDonald, luciendo un sencillísimo y atractivo modelo ideado exclusivamente para su vestuario particular. Los detalles inferiores de la falda son de una gran originalidad.



## MODAS



Virginia Bruce luce un precioso modelo ideado sobre las líneas de las vestimentas rusas, tan de moda hoy día. Se complementa el atavío con un sombrero de astracán y guantes negros. Los botones de la casaca son de metal.



## INTRODUCCION A GRANADA

POR  
ANTONIO  
OTERO  
SECO

I.

En Granada hay dos ciudades. Una, la de la Gran Vía, la de las calles rectas y amplias, la municipal. Otra, la vieja, la auténtica, la que huye de la nueva trepando colinas rojas, al hombro los fusiles con bayoneta de los cipreses más altos.

Granada es la ciudad que no se resigna. La que llora todavía en los cuadriláteros de sus viejas plazas lágrimas y suspiros de fuentes antiguas. La que lanza sobre la otra a los burritos portadores de agua del Avellano y al vendedor que pregona todavía a la vieja usanza, con alamares de "cante jondo", entre el clamor mecánico de los automóviles. La que todavía soborna con monedas de sol a sus casas más viejas y representativas para que asomen, por el laberinto de sombras de las callejas, a los lugares más modernos.

(Así esta "Casa del Carbón", mirando a la calle de Reyes Católicos con los ojos extáticos de su ventana partida y su aire cándido de viejo telón de galería fotográfica en espera del artista ambulante que quiera colocar su trípode ante ella.)

2.

Granada, vista desde cualquier mirador de la Alhambra, es un tablero de ajedrez. Para que la imagen sea más exacta, se alza con frecuencia, sobre el negro cuadrado de un "carmen", el alfil de un ciprés. Y da gusto contemplar la pelea desde una de estas torres bermejas, replegadas al comienzo del cuadrilátero de juego.

3.

Los cipreses han perdido en Granada su aire fúnebre, para convertirse en un sobrio motivo ornamental. Hasta los pájaros cantan y alborotan en sus ramas. Y parece que, con el pico, van arrancando poco a poco las últimas hilachas de latines funerarios adheridos a la copa.

4.

En el "Patio del Estanque" hay un enorme ciprés que llama a la "Reina Sultana". A su sombra, los rivales de los abencerrajes sorprendieron a la esposa de Boabdil entregada a livianos amores con el caudillo Aben-Amet.

(Ahora se explica uno la afición a suspirar que tenía el último rey moro de Granada.)

5.

Nunca sabremos quién ganará el duelo del Patio de las Acequias, en el Generalife. Por los siglos de los siglos seguirán en alto y en choque las espadas de agua de los surtidores, frente al juez de campo, que es la fuente de la entrada.

6.

Si yo fuera poeta en vez de viajero; si yo no hubiera venido a Granada con los ojos limpios de intenciones poéticas, hubiera hecho el romance de estos cipreses granadinos

Un romance con ritmo y rumor infantiles, como el que cantan todavía, para oídos del XIX, las niñas de la Plaza de Bibarrambla, recordando a Marianita Pineda. Un romance que podría empezar así:

Ved cómo tiembla el ciprés  
—dedo en los labios del viento—;  
miradle cómo recoge  
los mensajes de los muertos.  
Ciprés: pirulí de luto  
para los ángeles negros;  
ciprés: pirulí de luto  
para el Angel del Infierno.

7.

El tranvía de cremallera que sube hasta la Alhambra lleva siempre fatiga de "cante jondo".

8.

A la "Fuente de los Leones" le da guardia un bosque espeso de alabardas de mármol (palmeras con los brazos en alto y en curva, para hacer los arcos; que es, al fin y al cabo, la obligación primordial de las palmeras).

9.

Hay que saber mucha zoología para creer que son leones estos leones del "Patio de los Leones".



10.

¿Habrán en España otro caso como éste? En la calle más céntrica de la ciudad hay un gitano que es guardia de la porra.

11.

Hay que venir a Granada para darse cuenta de hasta qué punto es exagerada la famosa frase "Tanto monta, monta tanto". Hablad aquí de doña Isabel, a secas, y todos sabrán que os referís a la Reina Católica. Nombrad a don Fernando, y pensarán que habláis de don Fernando de los Ríos

(Por algo lo primero que hacen los granadinos con el forastero es llevarle a la Capilla Real, para que vea que el almohadón de piedra en que descansa la cabeza de la reina está más hundido que el del rey)

12.

Para saber en Granada quién es indígena y quién forastero, basta observar la actitud del transeúnte cuando pasa un turista estrafalario.

Sólo el que es forastero vuelve la cabeza o hace comentarios.

13.

Hay un rincón, en los jardines del Generalife, al que no llegan los ruidos de fuera. Una fuente sin agua guarda el reposo del rincón.

¡Buen lugar para meditar y descansar!

Yo he pensado siempre que aquí no hubiera podido suicidarse Ganivet. ¡Hubiera sentido tanta pereza de morirse y de moverse!...

14.

Medina Alhambra—Ciudad Rubia. Así en la denominación de Abdallah-ben-Naser, su fundador. Y así en la realidad—. Rubia de soles pródigos y de recuerdos. Y de nostalgias. Sobre todo, los viernes, cuando todos los árabes del mundo piden a su dios la pronta restitución de su paraíso perdido.





**Guillermo Hildebrandt, nuevo presidente de la Federación Castellana de Natación "Amateur", dice:**

La Federación Castellana de Natación ha renovado los cargos de su Junta directiva. Y pronto nos enteramos de la presidencia vuelve a ser designada para el Lago N. C., en la persona de don Guillermo Hildebrandt.

Nos complace esta designación. Hombres que hayan desarrollado una labor tan edificadora en el terreno del deporte *amateur* como la que durante toda su vida ejecutó este gran deportista, no hay muchos.

Y con este motivo, vamos a buscar al Sr. Hildebrandt para que nos haga algunas declaraciones.

—¿Estará contento con su nuevo cargo?

—Mucho. No obstante, es grave la responsabilidad que contraigo. No hay que olvidar la acerbada labor realizada por mi antecesor, don Mariano Gómez, culminante en el hecho de alcanzar para Castilla los pasados campeonatos de España. Por mucho que yo trabaje al frente de la Federación, será difícil que supere un esfuerzo como el suyo. Por mi parte, pondré mi mejor empeño para que continúen esta serie de triunfos y que puedan tener un remate brillante en la próxima Olimpiada de 1936, que ha de celebrarse en Berlín, donde ya, este verano, he visitado las obras del futuro estadio.

—¿Qué opina usted del estado de la natación castellana y de su competencia con la catalana?

—Con el concurso de los expertos entrenadores que actualmente tenemos, y dada la gran valía de muchos de nuestros elementos, no dudo ver pronto esta competencia resuelta muy favorablemente de nuestra parte. Y más si la esfera oficial (como parece apuntar ahora el alcalde de Madrid) ofrece su valiosa cooperación. Claro que esta competencia se refiere solamente a la natación masculina, porque en la femenina y en *water-polo* nos quedan aún muchas cosas que aprender.

—¿Cómo cree usted que pudiera darse un gran impulso al deporte de la natación?

—Multiplicando las piscinas. Este es el factor básico. Creo que los grandes clubs—Gimnástica, Madrid, Atlético, etc.—debieran tener una sección de natación y preocuparse por el desarrollo de este deporte tan bello. Hasta en las escuelas sería preciso practicar la natación, como se hace en las naciones que están a la cabeza en la cultura mundial. Y lamento también mucho que obra tan magna como nuestra Ciudad Universitaria, vanguardia de nuestra cultura, carezca aún del detalle de una piscina.

—¿Piensa usted, por ahora, en alguna reforma de carácter federativo?

—Sólo una me preocupa, y es que no podamos tener en Madrid la Federación Nacional. De lo demás no creo que haya que reformar nada, pues el camino seguido por mis antecesores, aparte de que ha dado muy buenos frutos, es el único practicable.

—Y para el porvenir, ¿qué proyectos tiene?

—Seguir laborando en beneficio del deporte *amateur* para no perder la costumbre, haciendo cuanto pueda especialmente por la natación y procurando levantarla hasta el lugar que merece.

El Sr. Hildebrandt no dice más. Le agradecemos mucho el modo amable y cordial con que se ha prestado a nuestra inquisitoria.

L. A.

## Cómo se efectúa un descenso en esquíes

La habilidad del esquiador se demuestra en la prueba del descenso. A primera vista, la cosa parece muy sencilla, y, sin embargo, es preciso mucha práctica y seguridad, equilibrio y decisión y, ante todo y sobre todo, mucho valor.

Una vez adquirido cierto equilibrio y dominio de movimientos, es preciso estudiar las formas más fáciles de parada, de frenar y de dar la vuelta. El principiante debe buscar, para sus primeros experimentos, declives suaves, que terminen en terreno llano, en donde no haya árboles ni plantas. No hay que tener la preocupación de llegarse a caer, porque entonces es casi seguro que se consigue... lo que se teme. Aparte de que, para llegar a ser un buen esquiador, es forzoso caerse muchas veces. Lo importante es caer bien.

La posición habitual para el desliz es la de tener los esquíes paralelos, aproximadísimo el uno al otro, hasta el punto de no dejar más que una



sola huella sobre la nieve. De todos modos, estará bien avanzar un poco el derecho o el izquierdo. Las rodillas deben quedar flexibles, elásticas y apretadas con fuerza; el cuerpo—sin rigidez—ligemente inclinado hacia delante; la cabeza erguida; la vista fija hacia delante, sin mirar nunca los esquíes. Los brazos deben colgar a lo largo del cuerpo, y el peso de este último, repartido entre los dos esquíes en partes iguales.

Durante el descenso no se deben emplear los bastones, que se llevan sujetos atrás, casi paralelos al terreno, y con la punta rayando la nieve.

El esquiador debe tener presente el poder ir adonde quiera y no donde quieran los esquíes. Por lo tanto, repetimos, hay que ser dueño de los nervios. Para pararse, para frenar y para dar la vuelta, se usan tres métodos diferentes: el frenazo, el *telemark* y el *christiania*. De estos métodos tendremos ocasión de hablar detalladamente más adelante.

## ¿Es esta la última temporada de fútbol para el internacional Jaime Lazcano?

El popular equipier del Madrid F. C. quiere dedicar toda su actividad a la Medicina

EL DOCTOR LAZCANO

En el Puente de Toledo hay una casita reducida, modesta, insignificante, y en ella un letrero, que dice: "Policlínica de Urgencia." Acabamos de detenernos frente a este pequeño edificio, tan humil-



Atendiendo a un cliente.

de como las gentes que le frecuentan. Y me afirman:

—Esta es la clínica del doctor Lazcano.

—Lazcano—replico—. ¿Es ya doctor Lazcano?

—Sí—me aseguran—; hace pocos meses inauguró esta casa. Al frente de un cuadro de médicos, constituido por muchachos trabajadores, entusiastas y deseosos de abrirse camino, se encuentra nuestro buen futbolista.

Y mi informador agrega al momento, para rectificar:

—Pero aquí, ¿sabes?, no hay que hablar de fútbol.

—¿Prohibido?

—No. Pero el fútbol, para estos muchachos, es una broma, una distracción de chiquillos. Y esto, la clínica, en cambio...

—Comprendido.

—Lazcano—continúa—es un muchacho muy serio, que ha ganado esta carrera, de la que ya es profesional, a fuerza de estudiar con entusiasmo, de tener verdadera afición a la Medicina. Aquí está su verdadero mundo. El otro, el del fútbol, tiene forzosamente que morir; quizás inicia ya la agonía.

—Pero yo he conceptuado siempre—me atrevo a replicar—a Jaime Lazcano como un aficionado "incurable" del deporte. Me sorprende que pueda pensar ahora así.

—Lazcano—me responde—ha cumplido ya los veinticinco años. Y ahora, que ya es un hombre, comprende que el fútbol profesional no tiene razón de ser a ciertas edades.

Ni sabía que el navarro fuera ya todo un doctor ni conocía este pensamiento suyo de dedicarse exclusivamente a la Medicina. Ahora tengo doble interés en charlar con el famoso futbolista. Pasamos a la clínica. Una breve antesala. Invocamos la profesión para no esperar al médico como un paciente más. Y al momento, D. Jaime—que ya ha conquistado de lleno el don—nos recibe afectuoso.

UN MÉDICO POPULAR

Nos dice Lazcano:

—El día 2 del pasado diciembre abrió sus puertas esta casa, para recibir a estas gentes modestas, a quienes no se debe regatear ayuda. De estudiante, era una de mis ilusiones ser médico de las personas humildes, para favorecerlas en lo posible con mis trabajos. Quien suponga que colaboro en esta clínica para practicar la Medicina, para ampliar mis conocimientos, se equivoca. Aspiro a ser un médico popular, al alcance de cualquier fortuna. Si llegara a ser famoso y a beneficiar con mi trabajo, efectivamente, al público más modesto, habría alcanzado uno de mis más firmes propósitos.

—¿Cómo se lanzó a esta empresa?

—En primer lugar, con la colaboración de amigos trabajadores, inteligentes y entusiastas. Sin ellos, nada hubiera hecho. Lo demás fué fácil; esto que ustedes ven vale bien poco: se obtiene a base de buena voluntad.

—¿Cuántos médicos son en la clínica?

—Hay en ella diez especialistas; tenemos médicos de guardia permanente. Y, para evitar a estos colaboradores la molestia que supone pasar la consulta a nuestros pacientes, me encargo yo solo de esa tarea.

—¿Muchos clientes?

—Muchos. En tan escasos meses de trabajo, ya son numerosos los enfermos que concurren a esta casa y los que nos requieren desde las suyas.

—¿Satisfecho, entonces?

—Empiezo a estarlo.

—¿Cuándo terminó usted la carrera, exactamente?

—El año pasado obtuve el título de doctor en Medicina.

—¿Luego el fútbol no perjudicó en ningún momento sus estudios?

—En absoluto. Tuve el buen tacto de no dejarme arrastrar por esa gloria pasajera del deporte ni de ese dinero que con facilidad se gana en el fútbol. Si hubo momentos en que me dejé llevar de mis pocos años y de la escasa popularidad alcanzada como futbolista, supe enseguida reaccionar y no perder cursos. Gracias a esta tenacidad,



Jaime Lazcano en la puerta de su consultorio.

he llegado al final de mi trabajo de estudiante con éxito.

¿TERMINA EL FUTBOLISTA?

No puedo evitar la pregunta. El mismo me ha hablado de su, hasta hoy, profesión de futbolista. Animado por sus palabras, le interrogo, decidido:

—Y ahora, sinceramente, ¿piensa dedicarse nada más que a la Medicina?

—Ese es mi proyecto.

—Pero ¿por incompatibilidad con el fútbol?

—Sí. Afortunadamente, no me faltan todavía facultades. Y digo, afortunadamente, porque me preocupa abandonar a la fuerza una profesión en la que se ha alcanzado algún nombre y se han escuchado aplausos en muchas ocasiones; retirarse del deporte cuando aún se puede dar rendimiento es agradable, porque de esa forma puede perdurar el buen recuerdo. De otra manera es, además de angustioso, triste.

—¿Y por qué establece usted esa incompatibilidad?

—Porque la Medicina requiere, además de una atención decidida, un estudio constante. Yo tengo muchas aspiraciones, y para realizarlas no puedo dedicar mis actividades más que a esta profesión. El fútbol distrae excesivamente; hace falta, además, tiempo para los entrenamientos, fechas libres para los viajes, descansos determinados. El fútbol no es sólo lo que ve el público los domingos sobre el terreno. Y la Medicina tampoco es lo que ve el enfermo cuando le visita el médico.

—Y esa retirada, ¿cuándo será?

—Ya no sé responderle. Mi propósito es prescindir del fútbol; pero le tengo tanto cariño, que me cuesta mucho trabajo hacerlo. Desde luego, no podré abandonarle con premeditación. Ha de ser un día, el menos pensado, cuando al terminar un partido decida no volver a salir más al campo de juego.

—¿Un día, después de un partido?

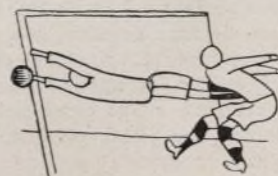
—Sí; quizás el día que mejor haya jugado, quizás la tarde de menos acierto; no sé.

—¿Y tampoco sabe usted cuándo podrá suceder esa sensible retirada?

—Quizás esta misma temporada. El año 1935 acaso sea el último...

El fútbol nacional, si Lazcano se retira, perderá uno de sus mejores elementos. Como deportistas, tenemos que señalar la pérdida. Pero, al mismo tiempo, es justo alabar a este muchacho por ese gesto de hombre consciente y laborioso, que siente el orgullo de una brillante carrera obtenida por su propio esfuerzo...

C E S A R I N D A R T E



## EMPORIO de VENTAS de MUEBLES

Santiago López-Maroto

Compra, venta y cambio.

Hay guardamuebles.

LEGANITOS, 35.-Teléfono 11915

Carrera de San Jerónimo, 38 (antigüedades).

## PELUQUERÍA DE SEÑORAS ROSITA SALAS

ESPECIALIDAD EN PERMANENTES - TINTES Y DEPILACIÓN -

MENÉNDEZ PELAYO, 4, D<sup>PO</sup>. Tel. 50360. - MADRID

Lea en el próximo número

"Todo un Stadium para Madrid"

Por MANUEL SERDAN

## FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884





# DESENGAÑENSE

Está la vida tan cara por el cúmulo de intermediarios que mantenemos los consumidores por no comprar los artículos al fabricante.

Y si no: ¿Quién hizo abaratar el calzado en toda España?

## ¡¡SEGARRA!! ¡¡SOLO SEGARRA!!

¿Por qué? Porque CALZADOS SEGARRA poseen una fábrica de Curtidos y una fábrica de Calzados en Vall de Uxó (Castellón), que son las de mayor producción de España y una de las primeras organizaciones del Mundo, cuyos productos vende directamente al consumidor en sus Establecimientos propios abiertos al efecto en las principales poblaciones de España.

Los mejores calzados de todas clases.

El surtido más completo para Señora, Caballero y niños.

Los modelos última palabra de la moda.

Los más cómodos y los más baratos.



LA MAYOR PRODUCCION DE ESPAÑA

SUCURSALES EN LAS POBLACIONES MAS IMPORTANTES DE ESPAÑA

En MADRID

Avenida Pi y Margall, 17

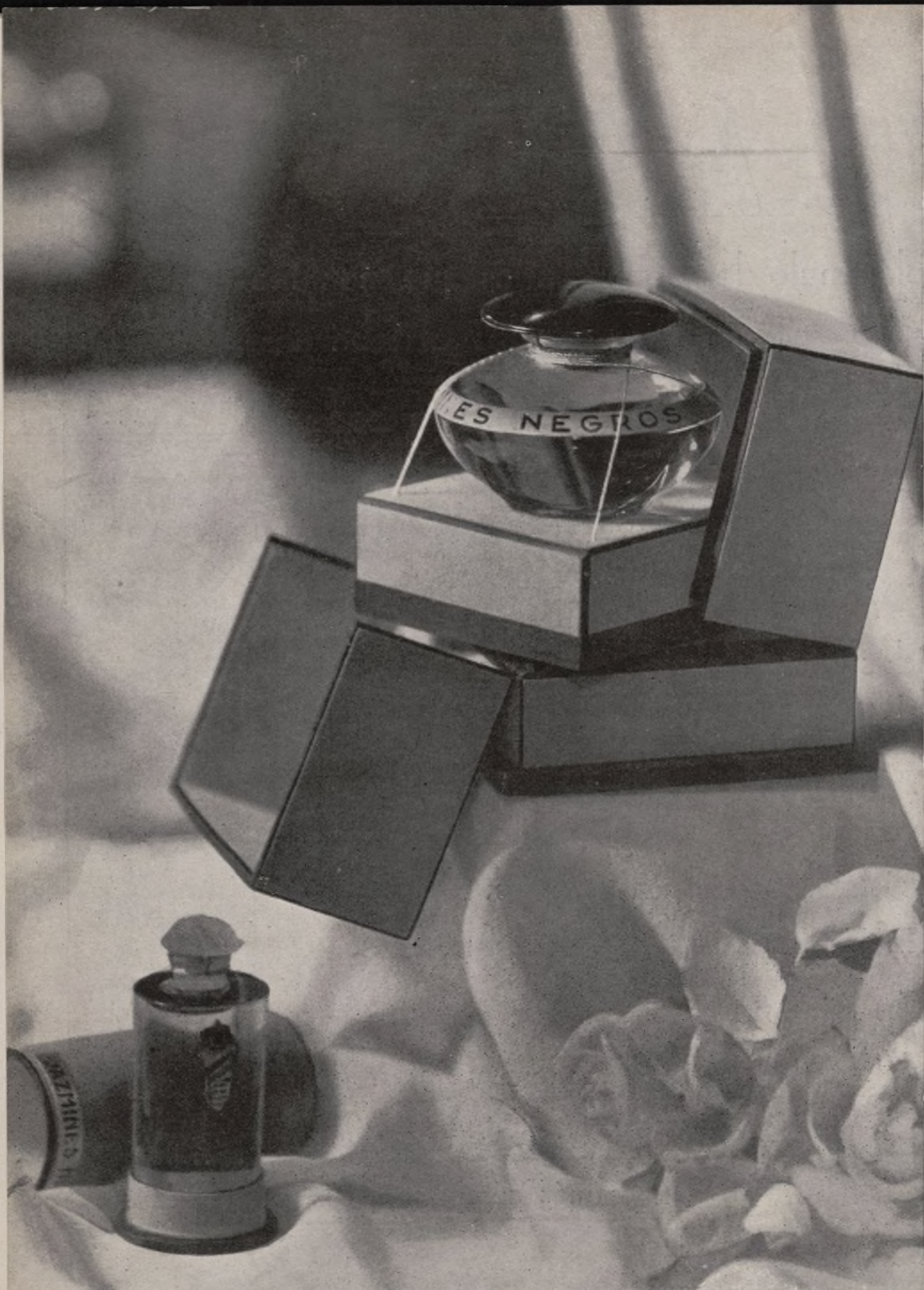
Teléfono 22395

Calle de Alcalá, 21

Teléfono 20744

LIMPIEZA GRATUITA DE SUS CALZADOS





# JAZMINES NEGROS

*Perfume de la mas alta distinción*

PERFUMERIA **KABY**

M A D R I D

Ayuntamiento de Madrid

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50. Madrid. Fotograbados "Trust Gráfico".